

IDAD AU
CCIÓN GE

William
L. C.

PQ2065

.P3

S7

1887

C.1

10333



1080024130



ITER PARATIUM

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ON
z



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Núm. Clas. _____
Núm. Autor 5148
Núm. Adg. 10678
Procedencia -6-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PABLO

Y

VIRGINIA

POR

BERNARDÍN DE SAINT-PIERRE

Nueva edición corregida, é ilustrada con
25 magnificas láminas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
1925 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

LIBRERÍA DE CH. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTH, 23
MEJICO
14, CINCO DE MAYO, 14

101593

1887

PROPIEDAD DEL EDITOR

10678



PA2065
.P3
57
1887

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ No 178.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Braine-le-Comte (Bélgica). — Imp. de Ch. Bouret

DEDICADA



À LA MEMORIA

DE BERNARDÍN DE SAINT-PIERRE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

PABLO Y VIRGINIA

CAPÍTULO PRIMERO.

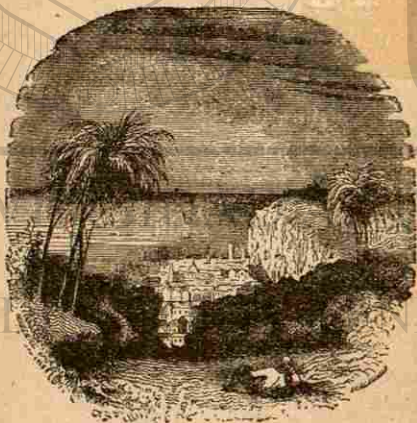
~~~~~

En la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas de Puerto-Luis en la isla de Francia, se ven, en un terreno antiguamente cultivado, las ruinas de dos chocillas situadas casi en el centro de una ensenada rodeada de escarpadas rocas, y con sola una entrada al norté. Á la izquierda de este sitio, se descubre la montaña llamada el Morro de la Descubierta, que es la atalaya desde donde se señalan las naos que aportan á la isla, y al pie de ella, la ciudad nombrada Puerto-Luis; sobre la derecha, el camino que va de Puerto-Luis al arrabal de los Pamplemusas; en seguida, la iglesia de este nombre, que se eleva,

010678



con sus avenidas de bambúes ó cañas, en medio de una espaciosa llanura; y más allá, un bosque que se extiende hasta las extremidades de la isla. Enfrente se distingue la Bahía del Sepulcro en la playa del mar; un poco más á la derecha, el Cabo Desgraciado, y después de éste, el anchuroso Océano, donde aparecen á flor de agua varios islotes yermos, entre otros, el llamado Mira, que parece un baluarte en medio de las olas.



Á la entrada de esta especie de ensenada, desde donde se descubre tanta variedad de objetos, los ecos del monte repiten sin cesar el zumbido de los vientos que agitan los bosques inmediatos, y el ruido de las olas que se estrellan á lo lejos en los arenales y peñascos. Mas al pie de las chozas, no se siente ningún ruido, ni se descubren en todo su contorno más que enormes riscos, escarpados á manera de murallas, á raíz de los cuales en sus grietas, y hasta en sus cimas, crecen grupos de árboles donde se detienen las nubes. Las lluvias atraídas por sus picos, retratan muy á menudo, en las verdinegras lomas del monte, los colores del Iris, y proveen de agua las fuentes de que se forma en la falda el pequeño río nombrado de los Lataneros.

En su circunferencia reina un profundo silencio, y todo es apacible, el aire, la luz y las aguas. El eco apenas repite allí



el murmullo de las palmeras, que crecen en la eminencia, cuyas largas hojas, rematando en forma de flecha, se ven continuamente agitadas por los vientos. Una apacible claridad ilumina el fondo de este recinto, adonde no penetra el sol hasta el mediodía; pero desde que apunta la aurora, bañan sus rayos toda la cumbre, cuyos elevados picos, sobrepujando á las sombras del monte, parecen de oro y púrpura sobre el azul de los cielos.

Me complacía en frecuentar este sitio, donde gozaba á un mismo tiempo de la vista de un inmenso horizonte, y de la soledad más profunda. Estando, pues, sentado un día al pie de estas chozas examinando sus ruinas, pasó no lejos de mí un hombre de avanzada edad, descalzo, con calzón largo y chaqueta según la costumbre de los antiguos habitantes del país, y en la mano un cayado de ébano en que se apoyaba. Eran sus

cabellos blancos como la nieve y su fisonomía majestuosa y noble. Saludéle con respeto y él me correspondió con el mismo; y habiéndose parado á mirarme con atención un breve rato, se dirigió adonde yo estaba y se sentó á mi lado. Animado yo con esta demostración de confianza, le dirigí la palabra en estos términos:

« ¿ No me diréis, buen amigo, á quién  
 » han pertenecido estas chozas? y él me  
 » respondió: Estos escombros, señor,  
 » y este terreno inculto, fueron habita-  
 » dos veinte años por dos familias que  
 » habían encontrado aquí la felicidad.  
 » Su historia es de las más tiernas; pero  
 » en esta isla, que está al tránsito para  
 » las Indias Orientales, ¿ qué europeo  
 » puede interesarse en la suerte de  
 » algunos particulares oscuros? ¿ Quién  
 » querría vivir aquí feliz, pero ignorado  
 » y pobre? Los hombres sólo desean  
 » saber las historias de los grandes y

» poderosos de la tierra, que acaso no  
» son de tanto provecho. »

« Ya conozco, amigo, le contesté, en  
» vuestro semblante y modo de expre-  
» saros, que poseéis gran caudal de  
» razón y de experiencia, y así, si no  
» estáis de prisa, os ruego me digáis  
» todo lo que sabéis acerca de los anti-  
» guos moradores de esta serranía; y  
» creed que el hombre, aun el más  
» depravado por las preocupaciones del  
» mundo, se complace oyendo hablar de  
» la felicidad que proporcionan la natu-  
» raleza y la virtud, dirigidas por la  
» religión. »

Entonces el anciano, después de haber  
tenido aplicada breve rato la mano á la  
frente, como en ademán de quien procura  
traer á la memoria diversas circunstan-  
cias de algún hecho, me refirió lo  
siguiente:

En el año de 1726, un joven natural  
de Normandía, llamado M. de La Tour,

después de haber solicitado inútilmente  
entrar en el servicio del rey de Francia,  
y los auxilios necesarios de su familia  
para este fin, determinó pasar á esta  
isla con el objeto de mejorar su suerte.  
Traía en su compañía á una hermosa  
joven, á quien amaba con ternura, y era  
igualmente correspondido de ella, con  
la cual se había casado en secreto y  
sin ninguna dote; porque siendo ella  
de una rica y antigua casa y familia de  
su provincia, se habían opuesto al casa-  
miento los parientes, con el pretexto  
de que M. de La Tour no era de noble  
linaje y caballero. Dejólo en Puerto-Luis  
á pocos días de su llegada, y se embarcó  
para Madagascar, con la esperanza de  
comprar en aquella isla algunos negros,  
y volverse prontamente á hacer aquí  
un establecimiento. En efecto, desem-  
barcó en Madagascar á mediados de  
octubre, que es allí la estación más peli-  
grosa; y á pocos días de haber desem-



barcado, murió de las fiebres pútridas que reinan en aquella isla casi los seis meses del año, y que impedirán siempre á las naciones europeas formar en ella establecimientos fijos.

Todos sus efectos fueron disipados después de su fallecimiento, como ordinariamente sucede á los que mueren lejos de su patria. Su mujer se halló sola en Puerto-Luis, viuda, en cinta, y sin más bienes propios que una negra, en un país extraño, sin crédito ni recomendación alguna. Decidida en tan triste situación á no mendigar favores de ningún hombre, después de la muerte del único á quien tiernamente había amado, é inspirándole valor su misma desgracia, determinó cultivar con su esclava una corta porción de terreno, á fin de adquirir su subsistencia con el sudor de su frente.

En una isla casi desierta, cuyo suelo estaba á discreción del primero que

llegaba, no quiso esta pobre viuda elegir los parajes más feraces, ni los más proporcionados para el comercio, sino que, buscando alguna quebrada de monte, algún asilo encubierto donde poder vivir desconocida y sola, se encaminó á estas breñas, para guarecerse en ellas como en un nido.

Es como una especie de instinto común á todos los seres sensibles y afligidos, el refugiarse en los sitios más ásperos y desiertos; como si los peñascos fuesen baluartes contra el infortunio, ó como si la tranquilidad de la naturaleza pudiese calmar la inquietud y zozobras del ánimo conturbado. Pero la providencia que viene en nuestro auxilio cuando sólo buscamos los bienes necesarios, tenía reservado uno á madama de La Tour, que no dan ni pueden dar el poder y las riquezas. ¿Y cuál era este bien? Una amiga.

Un año había que habitaba en este



mismo sitio una buena mujer, activa y sensible, llamada Margarita. Era natural de la Bretaña, hija de unos pobres labradores que la amaban como á las niñas de sus ojos, y la hubieran hecho feliz, si ella incauta no hubiera tenido la flaqueza de dar crédito á las insinuaciones amorosas de un caballero de su vecindad, aseguradas con la promesa de futuro matrimonio. Mas este inhumano, habiendo saciado su libidinosa pasión, la abandonó con crueldad y aun se negó á asegurarle una subsistencia para el fruto que ya llevaba en sus entrañas. Ella entonces, persuadida de su desgracia, se resolvió á dejar para siempre el lugar de su nacimiento y venir á ocultar su fragilidad á las colonias, lejos de su patria donde había perdido la única dote de una doncella honrada y pobre, la reputación. Un negro ya de edad que Margarita había adquirido con algún dinero prestado, cultivaba con ella una rincón

nada de este terreno y vivían felices.

Madama de La Tour, seguida de su negra, halló en este sitio á Margarita que estaba dando de mamar á su hijo; y alegrándose extraordinariamente de encontrar á una mujer en situación tan parecida á la suya, le significó en pocas palabras su estado antiguo y sus necesidades actuales. Inmediatamente que oyó Margarita la relación de madama de La Tour, quedó penetrada de compasión hacia ella; y queriendo merecer su confianza, más bien que su estimación, le confesó sin disimularle nada, la imprudencia que había cometido, añadiendo: ; Yo sí he merecido la suerte que me cabe; pero vos, señora... sin culpa y desgraciada! Y después de esto le ofreció con lágrimas su choza y amistad.

Madama de La Tour, penetrada de gratitud al ver tan tierna y generosa acogida, le dijo estrechándola entre sus brazos: «; Ay buena amiga! sin duda

» quiere el cielo poner término á mis  
 » crueles penas; pues os inspira mucha  
 » más compasión hacia mí, siendo como  
 » soy para vos una persona extraña, que  
 » la que he hallado hasta ahora en mis  
 » deudos más cercanos. »

Yo conocía á Margarita y la visitaba como amiga, pues aunque vivo legua y media de aquí en el bosque que está de la otra parte de la Montaña Larga, me consideraba como vecino suyo. En las ciudades de Europa, una calle, un simple muro impiden á los miembros de una misma familia juntarse y comunicarse años enteros; pero en las nuevas colonias se miran como vecinos aquellos que sólo viven separados por alguna montaña ó bosque. En aquel tiempo con particularidad, en que esta isla apenas tenía comercio con las Indias, la simple vecindad era un título para la amistad, y la hospitalidad con los extranjeros una obligación y un placer.

Cuando supe que mi vecina tenía compañera, vine á visitarla para ofrecerle mis servicios y ser de alguna utilidad á entrambas. Hallé en madama de La Tour una mujer de una fisonomía atractiva, llena de dignidad y melancolía, y en días de parir. Yo les dije que convenía (por el interés de sus hijos y particularmente para evitar que otro colono se apoderara del terreno) partiesen entre sí el fondo de este valle, cuya extensión es de cerca de veinte yugadas.

Ellas se pusieron en mis manos para esta división, y yo formé dos porciones casi iguales. La una contenía la parte superior de este recinto desde la extremidad de esos peñascos cubiertos de nubes, donde tiene su nacimiento el río de los Lataneros, hasta aquella abertura escarpada que veis en lo alto del monte, llamada la Cureña, porque efectivamente se semeja á una cureña de cañón. El fondo de este suelo es un puro pedregal,



por el cual apenas se puede caminar; pero no obstante, produce frondosos árboles, y está manando en fuentes y arroyuelos.

En la otra porción entraba toda la parte interior, que se extiende á lo largo de las márgenes del río de los Lataneros, hasta esta garganta donde nosotros estamos, desde la cual comienza á correr el río entre dos colinas hasta el mar. Ya alcanzáis á ver desde aquí aquellos listones ó fajas de prados, y un terreno bastante igual y llano; pero ni por eso es mejor que el otro, porque en lloviendo se vuelve pantanoso y en tiempo de sequedad duro como un guijarro.

Verificadas estas divisiones, persuadí á las dos echaran suertes sobre su propiedad. Cupo en suerte la parte superior á madama de La Tour, y la inferior á Margarita, quedando una y otra contentas con su parte; pero me pidieron que no me alejara de estas inmediaciones, con el

fin de que pudiéramos vernos á menudo, ayudarnos y valernos mutuamente en nuestras cuitas.

Pero todavía se necesitaba una habitación particular para cada una. La de Margarita estaba situada en medio del llano, precisamente en los confines de su terreno. Determiné, pues, construir otra igual, allí inmediato, en los lindes del de madama de La Tour para su habitación; por manera, que estas dos amigas vivían vecinas una de otra, y en la propiedad respectiva de sus familias. Yo mismo corté las maderas en el monte y conduje de la ribera del mar las hojas de los lataneros, para levantar esas dos chozas que tenéis á la vista, sin puertas ni tejado. ¡ Ay de mi triste! ¡ demasiado vestigios existen todavía para tormento de mi memoria! ¡ El tiempo que con tanta rapidez reduce á polvo los monumentos de los imperios, parece que respeta en este lugar solitario los de la amistad,



para perpetuar mi dolor hasta el fin de mis días!

Apenas había yo concluído la segunda choza, cuando madama de La Tour dió á luz una niña; y como yo había sido padrino del hijo de Margarita, que se llamaba Pablo, me rogó madama de La Tour lo fuese también de su hija, juntamente con su amiga. Esta puso por nombre á la recién nacida, Virginia, y dijo: « Ella » será virtuosa y feliz; yo no conocí la » desgracia hasta que me extravié del » camino de la virtud. »

Luego que madama de La Tour hubo convalecido de su parto, empezaron á tomar incremento estas dos pequeñas posesiones, con el auxilio que yo de tiempo en tiempo las presentaba, y principalmente con el trabajo continuo de sus esclavos. El de Margarita, llamado Domingo, era un negro todavía robusto, bien que ya de días, lleno de experiencia y dotado de un entendimiento bastante

despejado. Cultivaba indiferentemente los dos terrenos, según le parecían más ó menos feraces, sembrando en ellos las simientes para que eran más proporcionados. En las tierras medianas sembraba mijo y maíz; algo de trigo en las buenas; arroz en las pantanosas; y á raíz de las peñas, pepinos, calabazas y cohombros, que tienen la propiedad de trepar, serpeando hasta lo más encumbrado de ellas. En los terrenos secos plantaba batatas, donde se dan dulces como la miel: el árbol del algodón en las eminencias; cañas de azúcar en las tierras recias, el café en las colinas, cuyo grano sale muy menudo, pero de excelente calidad; en las márgenes del río (y alrededor de la habitación bananas, que dan varias veces al año abundante fruto y deliciosa sombra; y finalmente, algunos pies de la planta del tabaco para divertir con la pipa sus propios cuidados y los de sus buenas amas. Iba al monte á cortar leña.

para la lumbre, componía y allanaba los caminos fragosos con las piedras que arrancaba de ésta y de la otra parte; y ejecutaba todas estas obras con inteligencia y actividad, porque las hacía con celo.

Quería mucho á Margarita y no menos á madama de La Tour, con cuya negra se casó cuando nació Virginia. Amaba apasionadamente á su mujer, que se llamaba María, y era nativa de Madagascar, de donde trajo alguna industria, como la de hacer canastillos de junco y telas de hierbas silvestres. Era María hacendosa, limpia, sumamente fiel, mañosa para hacer de comer, criar gallinas, é ir á vender de tiempo en tiempo á Puerto-Luis el sobrante de las dos familias, que ya veis cuán poco sería. Si á esto agregáis dos cabras criadas para dar leche á los hijos, y un mastín que guardaba de noche las posesiones, tendréis una idea cabal de toda la riqueza y

menaje de estas dos pequeñas caserías.

Ocupábanse las dos amigas en hilar algodón, desde por la mañana hasta la noche, de cuyo trabajo sacaban lo más preciso para sustentarse á sí y á sus familias; pero por otra parte carecían de las demás comodidades de la vida, siendo tal su pobreza, que sólo se ponían zapatos los días festivos para ir á oír misa muy de madrugada, á la iglesia de las Pamplermusas, que veis allá abajo. Verdad es que hay mucha más distancia desde aquí á la citada iglesia que á Puerto-Luis; pero ellas iban muy rara vez á este último pueblo, por evitar el desprecio de las gentes, viéndolas vestidas de tosco algodón azul de Bengala, que es la tela ordinaria de que aquí se visten los esclavos.

Pero, en buenos términos, ¿ la opinión y estimación de las gentes pueden equivaler jamás á la felicidad doméstica? Si estas buenas mujeres pasaban un poco



de mortificación fuera de su casa, encontraban en ella á la vuelta tanta más satisfacción y consuelo. Apenas las alcanzaban á ver Domingo y María desde esta altura, por el camino de las Pamplenas, bajaban al punto muy alegres hasta la falda, para ayudarles á subir ; y leyendo ellas en los ojos de sus esclavos el gozo que tenían en verlas volver, hallaban en sus casas el aseo, la franqueza, y los bienes que únicamente debían á sus propias fatigas, y á las de unos criados como los suyos penetrados de verdadero celo y cariño. Unidas ambas por las mismas necesidades é infortunios, dándose mutuamente los dulces nombres de amiga, hermana y compañera, no tenían más que una voluntad, un interés y una mesa, siendo todo común entre las dos. Una religión pura, acompañada de costumbres castas é irreprehensibles, dirigía su espíritu hacia la vida futura, como la llama que vuela hacia el cielo

cuando le falta pábulo sobre la tierra.

El desempeño de las obligaciones de la naturaleza aumentaba la felicidad de su sociedad, y su amistad mutua se redoblaba á la vista de sus hijos, fruto de unos amores igualmente malogrados. Se complacían en lavarlos en un mismo baño, en acostarlos en una misma cuna, y en cambiarles á veces de pecho ; y en semejantes ocasiones solía decir madama de La Tour á Margarita : « Amiga, cada una de nosotras tendrá » dos hijos, y cada uno de nuestros » hijos dos madres. » Ambas reclinadas sobre las cunas de sus hijos, hablaban ya de su casamiento ; y esta perspectiva de felicidad conyugal, con que ellas engañaban sus propias penas, remataba comunmente por hacerlas llorar, acordándose la una de que sus males le habían sobrevenido por haber mirado con descuido el himeneo, y la otra por haberse sometido á sus leyes ; aquélla



por haber querido elevarse sobre su estado, y ésta por haber bajado de él. Pero en medio de estas consideraciones, se consolaban con la dulce idea de que sus hijos más felices que ellas, gozarían algún día de los puros y sabrosos placeres del amor conyugal, y de la venturosa paz que resulta de la igualdad en los matrimonios.

En efecto, nada era comparable al amor que los dos niños empezaban á tenerse. Si Pablo se quejaba, le presentaban á Virginia, y al punto que la veía, se sonreía y callaba. Si Virginia se hallaba en algún apuro, inmediatamente se advertía por los gritos de Pablo ; pero esta amable niña disimulaba al instante cualquiera desazón, porque él no participara de ella. Nunca llegaba yo á estas ehozas que no los encontrase abrazados en medio del campo, sosteniéndose uno á otro por debajo de los brazos, cuando apenas podían tenerse de pie, bien así

como suele representarse en el cielo, la constelación de Géminis. ¡ Cuántas veces me he deleitado en verlos tendidos en el suelo, profundamente dormidos y soñando, hasta tener que despertarlos, para libertarlos de la pesadilla de los sueños,



que regularmente perturban la imaginación de los muchachos !

Luego que empezaron á hablar, los primeros nombres que aprendieron á darse, fueron los de hermano y hermana, que son los más dulces que conoce la

infancia. Su educación no hizo más que redoblar su amistad, dirigiéndola hacia sus necesidades recíprocas. Virginia se halló muy temprano en estado de gobernar la casa, cuidar de su aseo y disponer una comida campestre, siendo elogiada siempre por su hermano en todo lo que hacía. Pablo todo el día en continuo movimiento cavaba en el jardín con Domingo, ó le seguía al monte con una hachuela en la mano; y si por el camino avistaba una hermosa flor, alguna fruta rara, ó un nido de pajarito, aun cuando estuviera en la cima de un árbol, trepaba á él para cogerle y llevarsele á su hermana.

Cuando se le encontraba al uno en algún paraje, era seguro que el otro no estaba lejos. Un día que yo bajaba de la cumbre de ese monte, divisé á Virginia al extremo de la huerta, que corría hacia casa con el zagalejo por encima de la cabeza para defenderse del agua

de una nube pasajera. De lejos la creí sola; pero habiéndome acercado para conducirla de la mano y ayudarla á caminar, vi que llevaba del brazo á Pablo, casi todo tapado con el zagalejo y muy ufanos los dos de verse á cubierto del aguacero debajo de aquel paraguas de su invención. Los dos graciosos niños cobijados con el ahuecado zagalejo, me hicieron acordar entonces de los hijos de Leda, encerrados en una misma concha.

Todo su estudio le ponían en complacerse uno á otro y ayudarse mutuamente. No sabían leer ni escribir, eran ignorantes como los criollos, y no vivían inquietos por averiguar lo que había pasado en tiempos remotos ó lejos de ellos, ni se extendía su curiosidad más allá de este monte. Creían que el mundo no pasaba de las extremidades de su isla, y no se figuraban que hubiese cosa buena ni apetecible donde ellos no esta-



ban. Su afecto mutuo y el de sus madres ocupaban toda la actividad de sus almas. Ignoraban lo que era robo, porque todo era común entre ellos; no conocían la mentira, porque no tenían verdades que disimular; ni menos la gula y la intemperancia, porque tenían á su discreción manjares simples é inocentes. Sus religiosas madres les habían enseñado á temer y amar á Dios, inspirándoles una sublime idea de sus atributos; y veneraban á la divinidad en la iglesia, en su casa, en los campos y en los bosques, levantando á todas horas al cielo sus manos inocentes, y un corazón penetrado del amor de sus madres.

Así se pasó su primera infancia, como una bella aurora que anuncia un día mucho más hermoso y apacible. Ya llegó el tiempo de aliviar á sus madres en el cuidado de los negocios domésticos. Inmediatamente que el canto del gallo anunciaba la venida de la aurora, se levantaba

Virginia, iba por agua á la vecina fuente y volvía con ella á casa para disponer el desayuno. De allí á poco, luego que el sol doraba con sus rayos de fuego las cimas de este recinto, se pasaban Margarita y su hijo á la choza de madama de La Tour, donde daban gracias á Dios todos juntos antes de ponerse á almorzar. Comunmente se desayunaban á la puerta de casa, sentados sobre la verde alfombra, de fragante hierba, debajo de los frondosos bananos, que á un mismo tiempo les suministraban manjar preparado en su sabrosa fruta, y delicado mantel en sus anchas y lustrosas hojas.

Un alimento abundante y saludable contribuía á que medraran rápidamente los dos jóvenes, y una educación dulce pintaba en su fisonomía la pureza y contento de sus almas. Virginia no tenía más que doce años, y su estatura era ya más que mediana. Sus largos y rubios cabellos le sombreaban la frente, y sus

ojos azules y labios de coral brillaban con apacible esplendor sobre la blanca y fresca tez de su semblante. Las niñas de sus ojos se sonreían de concierto siempre que hablaba; mas cuando estaba callada, su obliquidad natural hacia el cielo, les daba toda la expresión de una sensibilidad extremada; y aun de una ligera melancolía.

En Pablo se descubrían ya todos los caracteres de un hombre en medio de las gracias de la adolescencia. Su estatura era mayor que la de Virginia, el color de su rostro más atezado, su nariz más aguileña, y sus ojos, que eran negros como el azabache, tendrían algún tanto de allivez, si las largas pestañas, que á manera de pinceles brillaban en contorno de ellos, no les hubieran comunicado la mayor apacibilidad y dulzura. Aunque todo el día estaba en continuo movimiento, se sosegaba al instante que veía á su hermana, é iba á

sentarse á su lado. En la mesa apenas se decían una palabra; y en su silencio, en la naturalidad de sus posturas, como en la hermosura de sus pies descalzos, me parecía estar viendo varias veces uno de aquellos grupos antiguos de mármol blanco, que representa algunos de los hijos de Niobe.

Aunque madama de La Tour observaba con complacencia el aumento de las gracias y atractivos de su hija, sentía sin embargo cierta inquietud secreta, igual á su ternura, que la hacía decirme algunas veces: « ¿Qué sería de la pobre » Virginia, si yo faltase? »

Tenía en Francia madama de La Tour una tía, de distinguido nacimiento, rica, vieja y solterona, la cual se había negado cruelmente á socorrerla, cuando se casó en secreto; y á quien, desde entonces, había jurado no recurrir en su vida, aunque se viese reducida á la última miseria. Pero desde que fué madre, ya no



temió el sonrojo de ser desatendida.

Escribióle á su tía la inesperada muerte de su marido, el nacimiento de su hija, y la triste situación en que se hallaba en su país tan distante del suyo, sin amigos ni parientes, y con la nueva carga de una niña; pero no tuvo respuesta. Á pesar de este desaire, y de ser madama de La Tour de un carácter firme y elevado, no temió humillarse y exponerse á las injurias de su tía, que nunca la había perdonado el haberse casado con un hombre que, aunque honrado, era de nacimiento inferior al suyo; y así continuó escribiéndole, siempre que hallaba ocasión, á fin de excitar su compasión á favor de Virginia. Pero se pasaron algunos años sin recibir de ella la menor señal de reconciliación.

Últimamente en 1738, á los tres años de haber llegado á esta isla su gobernador, M. de La Bourdonnais, supo madama de La Tour que este señor tenía para

ella una carta de su tía. Corrió al instante á Puerto-Luis, sin reparar en aquella ocasión en presentarse mal vestida, haciéndola superior á todos los respetos mundanos la alegría maternal que la alentaba.

El contenido de la carta de la tía se reducía decir á la sobrina: « Que era » merecedora de la suerte que tenía, por » haberse casado con un aventurero libertino; que las pasiones llevaban en » pos de sí el castigo, que la muerte » prematura de su marido era uno de los » más justos del cielo; que había hecho » muy bien en pasar á las islas, antes » que deshonorar á su familia en Francia; » finalmente que estaba en buena tierra, » donde todo el mundo hacía fortuna » menos los holgazanes. »

Después de haberla vituperado de este modo, concluía alabándose á sí misma, y diciendo: « Que ella, para evitar las consecuencias, casi siempre funestas del

» matrimonio, no había querido casarse  
 » jamás. » Pero la verdad del hecho es  
 que, como tenía una ambición desorde-  
 nada, no había intentado casarse sino con  
 un hombre de muchas circunstancias ;  
 mas, á pesar de sus grandes riquezas y  
 de que en la corte todo se mira con indi-  
 ferencia, menos el dinero, no hubo quien  
 quisiera tomar por esposa á una mujer  
 tan fea y de entrañas tan crueles.

En post-data añadía : « Que sin em-  
 » bargo de todo lo dicho, la había reco-  
 » mendado eficazmente á M. de La Bour-  
 » donnais. » Y en efecto lo había hecho  
 así ; pero según la costumbre demasiado  
 recibida hoy día, que hace á un protector  
 más temible que un enemigo declarado.  
 El caso es, que á fin de justificarse para  
 con el gobernador de la crueldad con que  
 había tratado á su sobrina, la había calumi-  
 niado, aparentando compadecerse de ella.

Madama de La Tour, á quien cualquiera  
 otro hombre indiferente no hubiera podido

mirar sin interés y respeto, fué recibida  
 con mucha frialdad por M. de la Bour-  
 donnais, prevenido de antemano contra  
 ella ; y sólo contestó á la patética expo-  
 sición que le hizo de su triste situación y  
 de la de su hija, con estas enfáticas y  
 duras expresiones, propaladas interrumpi-  
 damente : « Yo veré... discurremos...  
 » con el tiempo... ; son muchos los nece-  
 » sitados !... ¿ por qué disgustar á una  
 » tía respetable ?... vos sois la que tenéis  
 » toda la culpa. »

Volvióse madama de La Tour á su  
 choza con el corazón anegado en senti-  
 mientos y traspasado de amargura. Inme-  
 diatamente que entró en casa se sentó,  
 arrojó la carta de su tía sobre la mesa, y  
 exclamó á su amiga : « ¡ Hé aquí el fruto  
 » de once años de paciencia ! » Pero  
 como ninguna sabía leer sino ella, volvió  
 á tomar la carta, y se la leyó á Margarita  
 á presencia de sus hijos.

Apenas hubo acabado, cuando Marga-



rita le dijo con desenfado : « ¿ Qué necesidad tenemos nosotras de vuestros parientes ? ¿ Nos ha abandonado Dios por ventura ? Él sólo es nuestro padre. ¿ No hemos vivido felices hasta el día de hoy ? Pues ¿ por qué os angustiáis ? » ¡ vaya, que no tenéis valor ! » Y viendo que lloraba madama de La Tour, se arrojó á su cuello, y estrechándola entre sus brazos, exclamó : « ¡ Querida amiga mía ! ¡ Querida amiga ! » Pero sus propios sollozos no le permitieron articular otra palabra.

Al ver esto Virginia, derramando copiosas lágrimas, apretaba alternativamente las manos de su madre y de Margarita contra su boca y corazón ; y Pablo, con los ojos inflamados de cólera, gritaba, apretaba los puños y pateaba, sin saber á quién atribuir la culpa de lo que pasaba. Acudieron á las voces Domingo y María, y no se oía en toda la casa más que estos acentos de dolor : « ¡ Ay,

» señora !... ¡ Ay, ama de mi vida !... » Madre mía, no lloréis. »

Estas demostraciones tan tiernas de afecto, mitigaron la pesadumbre de madama de La Tour, la cual, tomando en sus brazos á Pablo y Virginia, les dijo con semblante placentero : « Hijos míos, » vosotros sois la causa de mi aflicción ; » pero también lo sois de mi alegría. » ¡ Oh amados hijos míos ! la desgracia » me ha venido de lejos ; la felicidad la » tengo alrededor de mí. »

Pablo y Virginia no la comprendieron, pero así que la vieron contenta y sosegada, empezaron á sonreirse y hacerle caricias. Así continuaron todos siendo felices, no habiendo sido aquel accidente, sino como un turbión en un día sereno y despejado de primavera.

Cada día manifestaban más y más estos dos jóvenes la bondad natural de sus corazones. Un domingo, al rayar el alba, habiendo ido sus madres á la primera

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

10678  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

misa, á la iglesia de las Pamplemusas, se presentó una negra marrona debajo de los bananos que circundaban la casa, la cual parecía un esqueleto de puro flaca, y no llevaba más ropa sobre su cuerpo, que un pedazo de arpillera alrededor de la cintura. Se echó la negra á los pies de Virginia que estaba disponiendo de almorzar para la familia, y le dijo :

« Caritativa señorita mía, compadeceos  
 » de una pobre esclava fugitiva, que  
 » hace un mes anda errante y casi muerta  
 » de hambre por estas sierras, y á veces  
 » perseguida de los cazadores y de sus  
 » perros. Vengo huyendo de mi amo, que  
 » es un colono rico de las riberas de Río  
 » Negro, el cual me ha tratado como  
 » veis. » Y al mismo tiempo le mostró  
 su cuerpo surcado de arriba abajo de cicatrices y costurones, efecto de los fuertes latigazos que había recibido de su amo.

Virginia, toda condolida y penetrada

de lástima, exclamó : « ¡ Anímate, pobre-  
 » cita negra ! come, come. » Y le dió el almuerzo que tenía dispuesto para los de casa. La esclava lo devoró todo en breves instantes ; y viéndola Virginia harta y satisfecha, volvió á exclamar :

« ¡ Pobrecita, pobrecita esclava ! im-  
 » pulsos me dan de ir á pedir á tu amo  
 » que te perdone, pues en viéndote, no  
 » es posible que deje de moverse á com-  
 » pasión. ¿ Quieres guiarme adonde él  
 » tiene su morada ?

» Ángel del cielo, replicó la negra,  
 » por lo que á mí toca estoy muy pronta  
 » á seguiros adonde queráis ; pero la  
 » posesión de mi amo está distante de  
 » aquí. »

« No importa, no importa, » respondió Virginia, con una viveza hija de la ternura de sus entrañas. Y en esto llamó á Pablo, y le rogó que la acompañara.

La esclava los fué conduciendo por sendas muy fragosas, atravesando selvas



y escarpados montes, que treparon con mucha dificultad, y vadeando ríos profundos, hasta que finalmente llegaron cerca del mediodía á la colina que está sobre la ribera de Río Negro, desde donde descubrieron una casa bien construida, grandes plantíos y una caterva de esclavos ocupados en todo género de trabajos. Su señor, que andaba paseándose por medio de ellos, con una gran pipa en la boca y un látigo en la mano, era un hombre alto, seco, amulatado, de ojos hundidos y cejjunto.

Virginia, toda inmutada y asida al brazo de Pablo, se acercó al colono, y le suplicó que por amor de Dios perdonara á su esclava, que quedaba un poco más atrás. Al pronto no hizo mucho caso el colono de los dos muchachos, viéndoles probremente vestidos, pero habiendo observado después el delicado talle de Virginia, y sus hermosos cabellos rubios que salían por debajo del pañuelo azul

que llevaba alrededor de la cabeza, y oído el metal de su dulce voz que le temblaba, como todo su cuerpo, al tiempo de pedirle por la esclava, se



quitó la pipa de la boca y levantando el látigo en alto, y prorrumpiendo en una execrable maldición, prometió perdonarla, no por el amor de Dios, sino por Virginia. Fuera de sí la muchacha con esta gracia, hizo seña á la esclava para

que se acercara á su amo: y en esto echó á correr aceleradamente, siguiéndola Pablo.

Volvieron á subir el monte por donde habían bajado, y llegando á la cumbre se sentaron al pie de un árbol, muertos de cansancio, de hambre y de sed, después de haber andado en ayunas al pie de cinco leguas. Hallándose de aquella manera fatigados, dijo Pablo á Virginia:

« Hermana mía, ya son más de las » doce, y tú tienes hambre y sed. Aquí » es imposible que hallemos de comer; y » así mejor será que volvamos á bajar á » la ribera, y pidamos al amo de la » esclava nos dé alguna cosa para des- » ayunarnos. »

« ¡ Ay! eso no, Pablo, respondió Vir- » ginia, ¡ todavía estoy temblando con el » susto que he pasado al hablarle! » Acuérdate si no de su figura, de aque- » llo que suele decir mamá. El pan del » malo, llena la boca de arena. »

« Pues ¿ qué hemos de hacer? replicó » Pablo, estos árboles no producen nin- » guna fruta buena, y por aquí ni siquiera » se descubre un tamarindo ó un naranjo, » para poder refrescar la boca. »

« Dios se compadecerá de nosotros, » contestó Virginia, pues oye el piar de » los pajarillos, que le piden de comer. »

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando sintieron el ruido de una fuente que caía de lo alto de un peñasco inmediato. Corrieron allá y después de haber apagado la sed en sus aguas más puras que el cristal, cogieron un manojo de berros de los que crecían en sus bordes, y comieron de ellos.

En esto, como anduviesen de una parte á otra, por ver si encontraban más sustancioso alimento, descubrió Virginia entre la espesura de los árboles una palmera nueva. El cogollo ó cebolleta que arroja este árbol junto á los arranques de las ramas, es de muy buen



comer; pero aunque el tronco apenas era más grueso que un muslo, tenía más de sesenta pies de elevación. Por otra parte, bien que la madera de este árbol sea un tejido de filamentos ó hebras delicadas, su núcleo ó corazón es tan duro, que rechaza y embota las mejores hachas, y Pablo ni siquiera llevaba una mala navaja. Ocurrióle pues, pegarle fuego al pie, pero se halló con la nueva dificultad de que le faltaba eslabón; y por otro lado no creo que en esta isla, que es toda ella un puro peñascal, se encuentre un solo pedernal.

La necesidad es madre de la industria, y por lo común las invenciones más útiles se han debido á los hombres más miserables. Resolvió Pablo sacar lumbre al modo de los negros; y á este fin hizo un agujerito con la punta de una piedra en una rama muy seca, y aguzando después con el corte de la misma piedra un palito igualmente seco, pero de árbol de espe-

cie diferente, sujetó la rama entre las rodillas. Hecho esto, introdujo el palito en aquel agujero, dándole vueltas entre las manos como quien bate chocolate; no tardó en ver salir chispas y humo del punto de contacto. Juntando entonces hierbas y ramas secas de árboles, encendió una hoguera al pie de la palmera, la cual en breve tiempo dió consigo en tierra con grande estrépito.

El fuego le sirvió también para despojar la cebolleta de las largas hojas leñosas y picantes en que está envuelta; y habiéndola comido él y Virginia, parte cruda, y parte asada en el rescoldo, fué para su paladar el manjar más sabroso y delicado. Hicieron aquella comida frugal con la mayor alegría, acordándose de la buena acción que habían practicado por la mañana; pero les turbaba su alegría el recuerdo de la pena que tendrían sus madres por su larga ausencia de casa, y Virginia hablaba de esto á cada instante.

Pero Pablo, sintiéndose más reforzado, le aseguró que no tardarían en sacarlas de aquel cuidado.

Después de haber comido se vieron de nuevo embarazados, pues les faltaba quien les enseñase el camino para volverse á su casa. Mas Pablo, á quien nada de este mundo acobardaba, dijo á Virginia :  
 « Nuestra posesión cae al sol de medio-  
 » día; nosotros debemos atravesar, como  
 » esta mañana, la cumbre de aquella  
 » sierra que ves allá abajo con sus tres  
 » picos. Vamos pues, Virginia, echemos  
 » á andar. »

Positivamente, la sierra ó montaña que decía Pablo, era la de los Tres Pechos, así nombrada por los tres picos que sobresalen en ella en figura de pechos. Bajaron por consiguiente al morro ó collado de Río Negro de la parte del norte, y llegaron, de allí á una hora, á la orilla de un río que les cortaba el paso.

Esta gran parte de la isla, cubierta de

selvas y malezas, es, aun en el día, tan poco conocida, que muchos de sus montes y ríos carecen de nombre propio. El que ellos encontraron corre despeñado entre rocas, y el ruido de su corriente asustó de tal modo á Virginia, que no se atrevía á vadearlo. Pero Pablo, tomándola en sus hombros, pasó así cargado por los resbaladizos guijarros del río, á pesar del ímpetu de sus aguas.

« No tengas que temer, Virginia, la  
 » decía, que no me pesas nada, antes  
 » me siento más animoso contigo á  
 » cuestras. Si el colono de Río Negro  
 » te hubiera negado el perdón de la  
 » esclava, las hubiera habido conmigo  
 » esta mañana. »

« ¡ Cómo ! exclamó Virginia : ¿ con  
 » aquel hombre tan alto y de ingenio  
 » tan malo ? ¡ Jesús ! ¿ á qué te he  
 » expuesto ? Válgame Dios. ¡ Cuán difícil  
 » es hacer bien, y cuán fácil lo con-  
 » trario ! »

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



Cuando Pablo llegó á la orilla opuesta, quiso continuar el camino cargado con su hermana, lisonjeándose de que podría subir así la montaña de los Tres Pechos que veía enfrente, como á media legua de distancia. Pero faltándole las fuerzas á poco rato, se vió precisado á bajarla de sus hombros y sentarse á descansar á su lado.

Virginia le dijo entonces : « Hermano, » el día comienza ya á declinar : tú » todavía tienes fuerzas para caminar, y » á mí me faltan. Déjame aquí, y ve » tú solo á casa para tranquilizar á » nuestras madres. »

« ¡ Irme yo solo ! exclamó Pablo : no, » no me apartaré de ti, hermana. Si » nos coge la noche en esta serranía, » encenderé lumbre, derribaré con ella » otra palmera, tú comerás el cogollo, » y yo te haré con las hojas una ajúa » para que duermas al abrigo. »

Entretanto Virginia, habiendo des-

cansado un poco, cogió algunas hojas de escolopendra de una rama de este árbol, que pendía sobre el río, y se las ajustó á las piernas á manera de borceguíes, porque las piedras del camino de tal modo le habían lastimado los pies, que le corrían sangre ; pues con la precipitación y deseo de ser útil, se le había olvidado calzarse. Y sintiéndose más consolada con la frescura de las hojas, arrancó una caña de bambú, se puso en camino apoyada una mano en la caña y otra en el hombro de su hermano.

Así iban caminando paso entre paso por medio de las selvas, cuando la altura de los árboles y la espesura de sus hojas les hicieron perder de vista la montaña de los Tres Pechos, que era el punto de su dirección, y aun el sol que iba ya á tocar al término de su carrera. De allí á poco rato se extraviaron, sin advertirlo, de la senda trillada que hasta entonces habían seguido, y se encontraron

metidos en un laberinto sin salida de árboles, de breñas y matorrales. En tan gran conflicto, dijo Pablo á su hermana que se sentara, y él empezó á correr de una parte á otra, como fuera de sí, buscando arbitrio como salir de aquella espesura; pero se fatigó en balde. Subióse á lo último de un árbol muy alto para descubrir á lo menos la montaña de los Tres Pechos; pero no vió alrededor de sí más que las cimas de otros árboles más elevados, algunos de los cuales estaban iluminados por los últimos rayos del sol casi traspuesto.

Á este tiempo la sombra de los montes cubría ya los bosques y arboledas de los valles; el aire iba calmando poco á poco, como suele acontecer al ponerse el sol; un profundo silencio reinaba en aquellos páramos, y sólo se oían los bramidos de los ciervos que iban á buscar sus madrigueras nocturnas entre la

espesura de aquellos tan yermos lugares. Pablo, con la esperanza de que algún cazador pudiese oírle, gritó entonces con todo su vigor: « Venid, venid al socorro



de Virginia; » pero los ecos del monte fueron los únicos que respondieron á su voz, repitiendo otras tantas veces: « Virginia... Virginia... »

Bajóse en esto del árbol muy acongojado, y comenzó á buscar medios de pasar



la noche en aquel sitio ; pero no había ni fuente, ni palmera, ni aun leña seca con que hacer lumbre. Entonces conoció por propia experiencia la debilidad de sus recursos, y se puso á llorar.

Virginia le dijo : « No llores, Pablo, » si no quieres afligirme más : yo soy la » que tengo la culpa de todas tus penas, » y de la que á estas horas estarán sintiendo nuestras madres ; nada se debe » hacer, ni aun el bien, sin consultar á » los padres : ¡ qué imprudencia la » mía ! » Y en esto echó también á llorar.

Mas de allí á poco rato, dijo á Pablo : « Encomendémonos á Dios, hermano, y » se compadecerá de nosotros. » Y apenas habían acabado su oración cuando oyeron ladrar un perro.

« Sin duda, dijo Pablo, este es perro » de algún cazador, que viene por la noche á matar ciervos al acecho. » Los ladridos se aumentaron de allí á poco.

« Me parece, dijo Virginia, que es Leal, » el mastín de nuestra casa... sí... le » conozco en el ladrar... si estaremos ya » en nuestra posesión. »

En esto se presentó á sus pies Leal, ladrando, aullando y comiéndoselos á caricias. Ellos estaban fuera de sí viendo á su mastín y las fiestas que les hacía, sin acertar á salir de aquel sobresalto. En este intermedio avistaron á Domingo que corría hacia ellos ; y á la llegada de este buen negro, que lloraba de gozo, echaron á llorar ellos también sin poderle decir una palabra.

Luego que Domingo tomó un poco de aliento, exclamó : « ¡ Ah, hijos míos ! » ¡ qué sentimiento tienen vuestras madres ! ¡ cómo se quedaron sorprendidas, cuando al volver de la iglesia » adonde yo las había acompañado, no os » encontraron en casa ! María no les » supo decir adónde habíais ido, porque » estaba trabajando en un rincón de casa.

» Yo andaba de aquí para allí sin saber  
 » dónde buscaros, hasta que últimamente  
 » tomé vuestra ropa vieja, y se la di á  
 » oler á Leal; y el pobre animalito  
 » como si me hubiese entendido, inme-  
 » diatamente empezó á rastrear vuestras  
 » pisadas, y me condujo, dando sin cesar  
 » á la cola, hasta Río Negro, donde me  
 » dijo un colono que le habíais llevado  
 » una negra á quien por vuestros ruegos  
 » había concedido el perdón. Pero, ¡ qué  
 » perdón! Allí me la mostró atada á un  
 » madero con una cadena al pie y un  
 » collar de hierro á la garganta con tres  
 » escarpas. Desde allí se dirigió Leal  
 » rastreando siempre, á la montaña de  
 » Río Negro donde se detuvo algún  
 » tiempo ladrando con la mayor fuerza  
 » en el borde de una fuente junto á una  
 » palmera recién caída, y cerca de una  
 » hoguera que todavía humeaba. Final-  
 » mente, acaba de traerme aquí, que es  
 » la falda de la montaña de los Tres Pe-

» chos, y todavía faltan cuatro leguas  
 » largas hasta nuestra posesión. Vaya,  
 » vaya: comed ahora, y tomad ánimo. »

Y diciendo esto, sacó una torta de pan, varias frutas, y una gran calabaza llena de un licor compuesto de agua, vino, zumo de cidra, azúcar y nuez moscada, que sus madres habían preparado para darles refrigerio y confortarlos.

Virginia suspiraba acordándose de la pobre esclava y de la inquietud de sus madres, y repetía muchas veces: « ¡ Qué difícil es hacer bien! »

Mientras los dos tomaban alimento, sacó lumbre Domingo, y habiendo buscado una especie de madera tortuosa, llamada de arder, hizo un hachón y le encendió, porque era ya noche. Pero se halló sumamente embarazado, cuando se trató de ponerse los tres en camino.

Pablo y Virginia no podían dar un paso, porque tenían los pies muy hinchados y de color de sangre. El pobre Domingo



no sabía si volverse á casa á buscar auxilio para los niños, ó pasar allí la noche con ellos; y en aquel conflicto exclamaba: « ¡ Adónde se ha ido aquel tiempo en que yo os llevaba á los dos juntitos en mis brazos! Pero ahora, vosotros ya sois grandes, y yo viejo. »

Estando así perplejo, se apareció una cuadrilla de negros cimarrones á corta distancia de ellos, y acercándose el caudillo á Pablo y Virginia, les dijo: « No os asustéis, mis buenos niños blancos: esta mañana os vimos pasar con una esclava de Río Negro, y sabemos que habéis ido á pedir perdón para ella á su mal amo; y así, en reconocimiento de tan generosa acción, nosotros os conduciremos á vuestra posesión en nuestros propios hombros. » Y á una señal suya, cuatro negros de los más robustos formaron al instante una especie de andas de ramas de árboles entretejidas con lianas ó enredaderas; colocaron en

ellas á los dos muchachos y precediéndoles Domingo con su hacha de viento, partieron de allí en medio de repetidos gritos de júbilo de toda la cuadrilla, que les colmaba de bendiciones. Virginia, enternecida, dijo á Pablo: « ¡ Oh hermano



» mío! nunca deja Dios sin galardón una acción buena. »

Llegaron á medianoche al pie de su

montaña, cuya cumbre estaba iluminada con varias hogueras; y al tiempo de subir oyeron que les gritaban y decían: « ¿ Sois vosotros hijos míos? » Y ellos respondieron á una con los negros: « Sí, señoras, ¡ nosotros somos, nosotros somos! ».

Acercáronse más, y vieron á sus madres y á María, que les salían al encuentro, con teas encendidas. « ¿ De dónde venís, hijos cuitados, exclamó madama de La Tour? »

« Venimos, respondió Virginia, de Río Negro, de pedir el perdón para una esclava, á quien he dado esta mañana todo el desayuno de la familia, porque la probrecita estaba cayéndose muerta de hambre; y estos negros reconocidos nos han traído en hombros hasta aquí. »

Madama de La Tour abrazó á su hija sin poder articular palabra; y Virginia, que sentía humedecerse sus mejillas con

las lágrimas que corrían por las de su madre, la dijo: « Vos me indemnizáis con exceso, madre mía, de los trabajos que hoy he pasado. »

Margarita enajenada de gozo, estrechaba á Pablo entre sus brazos, y le decía: « ¿ Y tú también, hijo mío, has hecho una buena acción? »

Luego que llegaron con sus hijos á casa, dieron bien de comer á los negros, los cuales se volvieron á las selvas, deseándoles toda suerte de prosperidades.



DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



## CAPÍTULO II.

Todos los días eran para estas familias días de dicha y de paz inalterable. La envidia ni la ambición no las atormentaban. No deseaban una vana reputación exterior que da la intriga y quita la calumnia; bastábales ser ellas mismas los testigos y jueces de sus acciones. En esta isla donde (como en todas las colonias europeas) sólo se desea saber anécdotas malignas, sus virtudes y aun sus nombres eran ignorados y desconocidos. Solamente cuando algún pasajero preguntaba desde el camino de las Pamplenas á los habitantes del llano: «¿Quién vive» en aquellas dos chozas que están allá» en el alto?» Éstos respondían sin conocerlas: «Son unas buenas gentes.» Á este modo las violetas ocultas entre zar-

zas y espinos exhalan á lo lejos aromas suaves.

Ellas habían desterrado de sus conversaciones la maledicencia y la murmuración que, so color de justicia, disponen necesariamente el corazón á la disimulación ó al aborrecimiento; porque es poco menos que imposible dejar de aborrecer á los hombres, si se piensa mal de ellos, y vivir con los malos, si no se les oculta el odio con falsas apariencias de benevolencia. De aquí es que la maledicencia nos obliga á estar mal con nuestros semejantes, ó con nosotros mismos.

Pero madama de La Tour y su compañera, sin juzgar á los hombres en particular, sólo se ocupaban en buscar los medios de hacer bien á todos en general, y aunque esto no estaba en su mano, tenían á lo menos una voluntad constante de hacer bien, que les inspiraba una benevolencia dispuesta siempre á extenderse á todos. Por consiguiente,

viviendo en la soledad, lejos de ser feroces é intratables, se hicieron más compasivas y humanas.

Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia á su conversación, la de la naturaleza arrobaba sus almas en dulces éxtasis. En este reducido espacio admiraban con respeto y reconocimiento, el poder de una providencia cuya mano había derramado en medio de la aridez de estos peñascos la abundancia, las gracias y los placeres siempre puros, y siempre renacientes.

Pablo á la edad de doce años, más robusto y más inteligente que los europeos á la de quince, hermo seab a por sus manos lo que Domingo no hacía más que cultivar. Iba con él á los vecinos montes á desarraigar al tierno timonero, al naranjo, al tamarindo, cuya coronilla es de un verde muy hermoso, y al atero, cuya fruta, llena de una substancia azucarada despide de sí la fragancia del azahar.

Trasplantaba estos árboles ya crecidos alrededor de este recinto, y sembraba las simientes de otros que, al segundo año, llevan flores ó frutos, como el agatío, alrededor del cual penden en figura circular, á manera de colgantes de araña de cristal, largos racimos de flores blancas; el lila de Persia, que eleva verticalmente sus girándulas de color morado; el papayo, cuyo tronco sin ramas, en forma de columna claveteada toda de melones verdes, remata en un capitel de muy anchas hojas parecidas á las de la higuera.

También había sembrado varias pepitas y huesos de árboles, como mangles, guayabos, paltos, jaceros y jamberos, de los cuales la mayor parte daban ya sombra y fruta á su joven amo, cuyas laboriosas manos derramaron la fertilidad hasta en los parajes menos fecundos de esta quebrada. Diversas especies de aloes, la raqueta cargada de flores amarillas



matizadas de encarnado, los cirios espinosos, se elevaban sobre las negras cimas de los peñascos, y parecía que querían competir y enlazarse con las largas lianas de flores azules y escarlata, que pendían acá y allá por todo el repecho de la montaña.

Había distribuido y colocado con tal orden aquellos vegetales, que se podía gozar de su vista á la primera ojeada, porque en el centro estaban las plantas que se elevan poco : después los arbustos, luego los árboles medianos, y últimamente los grandes en toda la circunferencia. Por manera que este vasto circuito, mirado desde el centro, presentaba á la vista un anfiteatro de verdor, de frutas y de flores, que contenía al mismo tiempo hortalizas, praderías, y campiñas de arroz y trigo.

Pero Pablo sujetando los vegetales á su plan, no se apartaba del de la naturaleza, antes por el contrario siguiendo sus

lecciones plantaba en las eminencias aquellos cuyas semillas son volátiles, y á la orilla del agua los que las tienen propias para sobrenadar. De esta manera cada vegetal crecía en su sitio proporcionado, y cada sitio recibía del vegetal su adorno natural. Las aguas que bajan de la cumbre de estos montes, formaban en el fondo del valle aquí fuentes, allí estanques, que á manera de espejos, en medio de la frondosidad, duplicaban en el cristal de su corriente los árboles en flor, las rocas y el azul de los cielos.

Á pesar de la enorme desigualdad del terreno, todos aquellos plantíos eran, por la mayor parte, tan accesibles al tacto, como á la vista. Bien es que todos nosotros le ayudábamos con nuestros consejos y trabajo, para llevar á cabo sus empresas. Él practicó una senda todo en rededor de este recinto, de la cual muchos ramales llegaban ya de la circunferencia al centro ; y por otra parte supo sacar par-

tido de los parajes más fragosos, y conciliar con la más feliz armonía la aspereza del suelo, y los árboles domésticos con los silvestres. De la enorme cantidad de piedras movedizas que embarran estos caminos como la mayor parte del terreno de esta isla, formó acá y allá pirámides, en cuyas bases, rellenas de guijo y tierra, plantó rosales, poinciana y otros arbustos que se crían bien entre peñas; y á poco tiempo estas pirámides informes y de sombrío aspecto, se cubrieron de verdor y del esmalte de las flores más bellas.

Las hondonadas y barrancos guarnecidos de árboles antiguos, cuyas ramas inclinadas sobre los bordes formaban como bóvedas subterráneas impenetrables al calor, eran lugares de asilo contra los rayos del sol, donde tomaban el fresco por el día las dos familias. Una vereda conducía á un soto de árboles silvestres, en cuyo centro crecía, al abrigo de los

vientos, un árbol doméstico cargado de fruta. Aquí había una mies, allá un verjel: por esta calle se descubrían las cabañas, por aquélla las cimas inaccesibles de la montaña. Había un bosquecito tan espeso de tacamacos entretejidos con lianas ó enredaderas, que no se distinguía en él ningún objeto en la mayor fuerza de la luz del día.

Desde la extremidad de ese gran peñasco que sale del monte, se descubrían todos los objetos de este recinto, con el mar á lo lejos donde aparecía de cuando en cuando alguna nave que venía de Europa ó regresaba á ella; y allí era donde se juntaban las dos familias al caer el día, y gozaban en reposo de la frescura del aire, de la fragancia de las flores, del murmullo de las fuentes, y de las últimas armonías de la luz y de las sombras.

Hasta los nombres de la mayor parte de los encantadores sitios de este labe-



rinto, eran los más agradables y expresivos. El peñasco de que acabo de hablaros, desde donde á larga distancia me veían venir, se llamaba la Atalaya de la Amistad. Pablo y Virginia en uno de sus inocentes entretenimientos, discurrieron plantar allí un bambú, en cuya cima enarbolaron un pañuelito blanco para anunciar mi llegada luego que me avistaban: á la manera que en la montaña inmediata se enarbola una bandera cuando se divisa alguna nave en el mar.

Vínome un día á la idea grabar una inscripción en la corteza de aquel bambú, pues siempre han sido tan de mi gusto las inscripciones, que por mucho placer que haya tenido en mis viajes, al ver una estatua ó monumento de la antigüedad, os aseguro que no es comparable con el que me causa leer una inscripción bien hecha. Entonces me parece que una voz humana sale de la piedra, se

hace oír por entre los siglos, y dirigiéndose al hombre que habita en los desiertos, le dice que no es él solo, y que otros semejantes suyos han sentido, pensado y padecido como él en aquellos mismos lugares. Y si la inscripción es de alguna nación antigua, que ya no existe, hace que se dilate nuestra alma por los campos de lo infinito, y le comunica el sentimiento de su inmortalidad mostrándole que un pensamiento ha sobrevivido á la ruina de todo un imperio.

Escribí pues, en el bambú de Pablo y Virginia, estos versos de Horacio:

*Fratres Helena, lucida sidera  
Ventorumque regat pater  
Obstrictis aliis, præter Iapyga.*

« Que los hermanos de Helena, astro  
» brillante como vosotros, y el padre de  
» los vientos, dirijan vuestros pasos y  
» no permitan os sople otro que el céfiro  
» blando. »

En la corteza de un tacamaco á cuya sombra solía sentarse Pablo para contemplar desde lejos el mar agitado, grabé este verso de Virgilio :

*Fortunatus et ille deos qui novit agrestes!*

« Dichoso tú, hijo mío, en no conocer » más que las divinidades campestres! »

Y este otro encima de la puerta de la cabaña de madama de La Tour :

*At secura quies, et nescia fallere vita.*

« Aquí habita una buena conciencia, y » una vida que no sabe engañar. »

Pero Virginia que no aprobaba mi latín, decía que el que yo había puesto en el bambú ó veleta de señales, era demasiado largo y erudito. Yo hubiera preferido, añadió la muchacha :

*Siempre agitada, pero enostante.*

Y habiéndole contestado yo : « Esa

» divisa convandría más bien á la virtud, » se puso sonrosada con mi reflexión.

Estas venturosas familias, extendiendo la sensibilidad de sus almas, á cuanto las rodeaba, habían dado los nombres más tiernos á los objetos que parecían más indiferentes. Un vallado de naranjos, bananos y jamberos, plantados en el entorno de una explanada de céspedes donde solían bailar Pablo y Virginia, se llamaba la Concordia. El árbol antiguo, á cuya sombra se contaron mutuamente sus desgracias madama de La Tour y Margarita, tenía por nombre las Lágrimas enjugadas. Llamábanse Bretaña y Normandía dos rinconadas sembradas de trigo, fresas y guisantes; y á imitación de sus amas, Domingo y María, deseando traer á la memoria los lugares de su nacimiento en África, dieron los nombres de Angola y Fouillepointe, á dos terrenos que producían los juncos de que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO



hacian los canastillos, y donde habían sembrado un calabazar. Así que, con la vista de las producciones de sus climas respectivos, conservaban estas familias expatriadas las dulces ilusiones de su país, y suavizaban, en cierto modo, la pena de vivir en una tierra extraña. ¡Ay de mí triste! yo he visto animarse con mil denominaciones encantadoras los árboles, las fuentes, las rocas de este recinto delicioso, en otro tiempo; cuando Dios quería! y actualmente tan desfigurado y destruído está, que, semejante á un campo de la Grecia, no ofrece más que nombres tiernos, escombros y tristes ruinas.

Pero de cuantas situaciones deliciosas ofrecía este circuito, ninguna igualaba á la llamada el Recreo de Virginia. Al pie del peñasco de la Atalaya de la Amistad, hay una concavidad de donde sale una fuente, que, á pocos pasos de su nacimiento, forma una especie de laguna en

medio de un prado de hierba fina. Cuando Margarita dió á luz á Pablo, le regalé un coco de Indias que me habían dado, y ella sembró sus pepitas á la orilla de las aguas con el fin de que el árbol que produjeran, sirviese de época algún día al nacimiento de su hijo; y madama de la Tour, siguiendo el ejemplo de Margarita, plantó allí otro con el mismo intento, cuando parió á Virginia. Nacieron, en efecto, dos cocoteros que componían los únicos archivos de la familia, y se llamaba el uno cocotero de Pablo, y el otro de Virginia. Crecieron uno y otro casi en la misma proporción que sus inocentes dueños; y aunque no perfectamente iguales en la altura, excedían ya á los doce años á la de las cabañas de sus madres, y entretejiendo mutuamente sus palmas, dejaban colgar sus tempranos racimos de cocos sobre la misma taza de la fuente.

Á excepción de los dos cocoteros, todo

lo demás de la caverna conservaba el mismo adorno que le había dado la naturaleza, brillando en sus dos lados húmedos y pardo-oscuros, anchos culantrillos con verdinegra flor en figura de estrellas. Espesas matas de escolopendra fluctuaban en unas partes, á merced de los vientos, suspendidos en el aire á manera de listones de color verdepúrpura; y en otras crecía en abundancia la pervinca ó hierba doncella, cuya flor es muy parecida á la del clavo, ó á la de los pimientos de corteza color de sangre, y más brillante que el coral. En su circunferencia la hierba balsamina, cuyas hojas vienen en figura de corazón, y los basiliscos del olor de la pimienta, exhalaban la más dulce fragancia. Del repecho de la montaña pendían las lianas ó enredaderas, á manera de undosos tenderos de ropa, y formaban en lo escarpado de las rocas dilatadas cortinas de verdor. Las aves de mar, atraídas de la apacibilidad de aquella caverna, iban

á pasar la noche en ella; y al poner del sol se veían volar hacia allí á lo largo de la ribera el cuervo y la conjugada marinos, y en lo alto de los aires la negra fragata y el pájaro blanco del trópico que, como el astro del día, abandonaban las soledades del Océano indiano.

Tenía Virginia sumo deleite en ir á reposar en la margen de aquella fuente decorada con una pompa magnífica y silvestre á un tiempo. Muchas veces lavaba en ella la ropa de la familia á la sombra de los dos cocoteros, y otras llevaba á pacer allí las cabras, y se entretenía mientras preparaba los quesos con su leche, en verlas levantarse en dos pies para rozar las hojas del culantrillo, y sostenerse como en el aire, en las cornisas de las peñas, haciendo hincapié en ellas como sobre un pedestal.

Viendo Pablo que aquel sitio era el privilegiado de Virginia, llevó allí del bosque inmediato nidos de toda especie



de pájaros, cuyos padres atraídos del amor de sus hijuelos, fueron al instante á establecerse en aquella nueva colonia, donde Virginia les echaba, á ciertas horas, granos de arroz, de maíz y mijo. De modo, que luego que ella se presen-



ta, los mirlos silbadores, los bengalíes, cuyo gorjeo es tan delicioso, los cardenales de plumaje color de fuego, dejaban

los zarzales; los papagayos verdes como esmeraldas bajaban de los lataneros inmediatos, las perdices corrían por entre la hierba, y mezclados unos con otros llegaban, como si fuesen gallinas, hasta sus mismas plantas. Ella y Pablo se entretenían, por lo regular, en observar sus juegos, sus inclinaciones y sus amores.

¡ Amables niños! vosotros pasabais así los primeros días en la inocencia, ejercitándoos en hacer el bien! ¡ Cuántas veces vuestras madres estrechándoos tiernamente en sus brazos en este mismo sitio, bendecían al cielo por el consuelo que preparabais á su vejez, viéndoos entrar en la vida, bajo de tan felices auspicios! ¡ Cuántas, á la sombra de estos peñascos, he participado con ellas de vuestras comidas campestres, que á ningún animal habían costado la vida! Calabazas llenas de leche, huevos frescos, tortas de arroz en hojas de banano, cestos colmados de batatas, de ambas, de naranjas, de gra-

nadas, de plátanos, de ananas y de atas, nos ofrecían á un mismo tiempo los manjares más saludables, los colores más alegres, y jugos los más substanciosos.

La conversación que tenían era tan inocente y agradable, como los mismos manjares de que usaban en estos festines. Por lo común, Pablo no hablaba en ellos, sino de lo que había trabajado aquel día, y de lo que tenía que trabajar el siguiente; y continuamente estaba pensando en algún trabajo útil para la comunidad. «Aquí, según él, las sendas » no son cómodas; allá los asientos no » son del todo blandos; estos nuevos » emparrados no dan la sombra necesaria; Virginia estará mejor allí.» Y otras reflexiones á este tenor.

En tiempo de lluvias pasaban el día todos juntos en casa, ocupados á hacer esteras de hierbas y canastillos de hojas de bambú. En las paredes se veían colocados con el mejor

orden, rastrillos, hachas, azadones; y al lado de estos instrumentos de agricultura, las producciones correspondientes á cada uno de ellos, como sacos de arroz, gavillas de trigo y cuelgos de plátanos, tan delicado todo, como abundante. Virginia enseñada por su madre y por Margarita, aprovechaba estas temporadas en hacer compotas, licores y bebidas cordiales con el jugo de las cañas de azúcar, limón y de cimbogas.

Por la noche cenaban á la luz de una lamparilla, y después de cenar solía contar madama de La Tour ó Margarita la historia de varios caminantes extraviados en los bosques europeos, infestados por la mayor parte de ladrones, ó el naufragio de alguna nave arrojada por la tempestad contra las rocas de una isla desierta; y con aquellas relaciones se inflamaban más las almas sensibles de sus hijos, y rogaban al cielo les otorgase la gracia de poder ejercitar algún



día la hospitalidad con semejantes desgraciados. Á cierta hora se despedían las dos familias para ir á reposar; mas siempre con la impaciencia de volver á verse al día siguiente. Algunas veces se quedaban dormidos al ruido de la lluvia que se desgajaba á mares sobre el techo de sus cabañas, ó de los vientos impetuosos que les traían desde lejos el murmullo de las olas estrelladas contra los peñascos de la ribera; y en tales casos bendecían al autor de la naturaleza por la seguridad de sus personas, siendo tanto mayor su reconocimiento, cuanto se consideraban más distantes del peligro.

De cuando en cuando leía madama de La Tour en comunidad algún pasaje tierno de la historia del antiguo ó nuevo testamento, y se enardecían sus almas con la contemplación de las cosas celestiales. Su moral no era especulativa, sino práctica como la del evangelio; no había

entre ellos días destinados para la alegría ni para la tristeza: sino que todos eran igualmente llenos y festivos para sus corazones. La naturaleza entera era para ellos un templo augusto donde admiraban sin cesar una inteligencia infinita, omnipotente y amiga de los hombres; y este sentimiento de confianza en el poder supremo los llenaba de consuelo respecto de lo pasado, de valor para lo presente, y de una dulce esperanza para lo venidero. Así es que estas mujeres, precisadas por los infortunios á seguir el orden de la naturaleza, hallaron en sí mismas, y excitaron en sus hijos estos sentimientos que inspira en todos la misma naturaleza para preservarnos de que seamos desgraciados.

Pero, como muchas veces en las almas más bien acondicionadas y de mejor temple, suelen levantarse nubes que perturbaban su serenidad, cuando alguno de la familia se mostraba triste, se reunían

todos á fin de distraer su ánimo, y no paraban hasta conseguirlo, más bien con obras que con reflexiones, empleando cada cual en esto su carácter particular. Margarita, su alegría y viveza natural: madama de La Tour, una moral dulce: Virginia, tiernas caricias: Pablo, franqueza y cordialidad; y hasta Domingo y María contribuían por su parte, contristándose con el que veían llorar. Á este mismo modo las plantas débiles entretejen unas con otras sus ramas, para oponer más resistencia al ímpetu de los huracanes.

En tiempo sereno iban á misa todos los días festivos á la iglesia de las Pamplemusas, cuya torre veis allá abajo en el llano, adonde concurrían colonos muy poderosos, conducidos en hombros de esclavos, algunos de los cuales se empeñaron varias veces en tener conocimiento y trato con aquellas familias tan unidas, convidándolas á diversiones

y partidas de campo. Pero ellas desecharon siempre sus ofrecimientos con cortesanía y respeto, persuadidas de que los ricos sólo buscan á los pobres para tener complacientes, que es imposible



ser complaciente, sino adulando las pasiones de otro, buenas ó malas. Por otra parte, evitaron con no menor cui-



dado la familiaridad con los colonos medianamente acomodados, por lo común, envidiosos, murmuradores y groseros. Al principio pasaron por tímidas en el concepto de los primeros, y por altaneras en el de los segundos; pero su conducta reservada estaba acompañada de tales demostraciones de urbanidad y atención, particularmente para con los miserables, que insensiblemente se conciliaron el respeto de los ricos, y la confianza de los pobres.

Comúnmente al salir de misa iban á buscarlas las gentes desvalidas para que ejercieran con ellas algún oficio de caridad; ya se presentaba un afligido pidiéndoles consejo, ó ya un niño que les rogaba con lágrimas pasasen á visitar á su madre enferma en alguna de las aldeas de la comarca. Á este fin llevaban siempre consigo varias recetas de remedios caseros, los más acomodados para la curación de las enfermedades del país,

y las distribuían con aquel agrado que da tanto precio á los menores servicios. Sobre todo, tenían particular talento para disipar las penas é inquietudes del ánimo, tan insoportables en la soledad y en un cuerpo enfermo. Madama de La Tour hablaba con tanta confianza de la divinidad, que oyéndola discurrir así los pacientes, les parecía que la tenían allí presente. Virginia volvía comunmente de aquellas visitas con los ojos arrasados de lágrimas, pero con el corazón penetrado de alegría, porque había tenido ocasión de hacer bien. Ella era la que disponía de antemano los remedios necesarios para los enfermos, á los cuales se los administraba con indecible afabilidad y buen afecto.

Después de estas visitas de caridad, alargaban á veces su camino por el valle de la Montaña Larga hasta mi posesión, donde yo las esperaba á comer á las orillas del riachuelo que pasa por las

inmediaciones, y para aquellos casos procuraba tener reservada alguna botella de vino añejo, á fin de aumentar la alegría de nuestras comidas indianas, con estas dulces y pectorales producciones de la Europa. Otras veces nos citábamos para la playa del mar, en la desembocadura de algún río, de los que en esta isla sólo merecen el nombre de grandes arroyos, adonde llevábamos de nuestra casa provisiones vegetales que juntábamos á los que el mar nos suministraba en abundancia; en cuyas riberas pescábamos barbos, salmonetes, pulpos, langostas, esqui-nes, cangrejos, ostras y mariscos de toda especie. Muchas veces los sitios más terribles por su naturaleza, nos proporcionaban los placeres más tranquilos. Sentados por lo común sobre un peñasco, á la sombra de un sauce, veíamos venir desde muy lejos las olas del mar á estrellarse á nuestros pies con horrible estrépito. Por otra parte Pablo, que nadaba

como un pez, se internaba á veces en la playa saliendo al encuentro á las olas; y cuando éstas se acercaban, huía hacia nosotros, delante de sus grandes volutas ó roleos espumosos y bramantes, que le perseguían gran trecho tierra adentro. Pero Virginia, toda inmutada al ver aquello, daba agudísimos chillidos, y decía que semejantes juegos le causaban mucho sobresalto.

Á nuestras comidas sucedían los cánticos y danzas de los dos jóvenes. Virginia cantaba la felicidad de la vida campestre, y las desgracias de los marineros, á quienes incita la codicia á navegar sobre el furioso elemento, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra que da apaciblemente tantos bienes. Á veces ejecutaba con Pablo alguna pantomima al modo de los negros. La pantomima es el primer lenguaje del hombre, conocida de todos los pueblos, y tan natural y expresiva, que los hijos de los



blancos suelen aprenderla, á poco que la vean practicar á los de los negros. Virginia, trayendo á la memoria las historias leídas por su madre que más impresión le habían hecho, representaba con mucha naturalidad los principales sucesos de ellas. Unas veces al son del tambor de Domingo, se presentaba en la era de su casa con un cántaro vacío en la cabeza, y se acercaba con timidez á la fuente inmediata, en ademán de ir á coger agua. Domingo y María, haciendo el papel de los pastores de Madián, se oponían á su paso, y asiéndola del brazo, aparentaban que la echaban de allí. Llegaba en esto Pablo de repente á su defensa, contenía á los pastores, llenaba el cántaro de Virginia, y poniéndosele en la cabeza, ceñía su frente con una corona de pervinca ó hierba donecilla, que daba nuevo realce á la blancura de su rostro. Entonces prestándome yo á sus juegos, me encargaba de hacer el perso-

naje de Raquel, y concedía á Pablo mi hija Séfora en matrimonio.

En otras ocasiones representaba á la infeliz Rut, cuando volvió viuda y pobre á su país, donde después de una larga ausencia se vió tratada como forastera. Domingo y María representaban los segadores: Virginia figuraba que iba recogiendo detrás de ellos las espigas dejadas aquí y allí; y Pablo, imitando la gravedad de un patriarca, le hacía varias preguntas, á que ella respondía como temblando de miedo. Movidó al fin de compasión concedía asilo á la inocencia y hospitalidad al infortunio: llenaba el delantal de Virginia de toda suerte de provisiones, y la conducía á nuestra presencia, como ante los ancianos del pueblo, declarando que la elegía por esposa á pesar de su indigencia.

Madama de La Tour, representándosele vivamente con esta escena el abandono de sus mismos padres, su viudez, y el

buen recibimiento que había tenido de Margarita, acompañado á la sazón de la esperanza de un dichoso himeneo entre sus hijos, no podía dejar de llorar; y este confuso recuerdo de males y de bienes, nos hacía derramar á todos lágrimas mezcladas de gozo y de sentimiento.

Se representaban estos dramas con tanta propiedad, que yo me creía transportado á los campos de la Siria ó de la Palestina. Ni faltaba la decoración, iluminación y orquesta conveniente á semejante espectáculo; pues el lugar de la escena era, por lo común, en el centro de un bosquecito, cuyas entradas formaban alrededor de nosotros muchas galerías de frondosidad y de follaje, donde pasábamos la mayor parte del día resguardados del calor. Mas cuando el sol se aproximaba al horizonte, sus rayos refractados en los troncos de los árboles se hacían divergentes entre las sombras de la

floresta, en largos manojitos luminosos que producían el efecto más apacible y majestuoso. Algunas veces presentándose su disco entero al extremo de una calle, la hacía parecer toda ella como de fuego. Las hojas de los árboles iluminadas por la parte inferior con sus rayos azafranados, brillaban á manera del topacio y la esmeralda; y sus pardos y mohosos troncos parecían como convertidos en columnas de un bronce antiguo. Las avecitas retiradas en silencio debajo de la frondosa hoja para pasar allí la noche, sorprendidas de volver á ver una segunda aurora, saludaban á la par al astro del día con mil y mil cantares diferentes.

La noche nos sorprendía muy á menudo en estas fiestas campestres; pero la pureza del aire y lo templando del clima nos permitía dormir en medio del campo, debajo de un árbol, sin el menor recelo de ladrones, ni allí, ni en nuestras casas, adonde volviendo cada uno el día



siguiente, las hallaban como las habían dejado. Tal era en aquel tiempo la buena fe que reinaba en esta isla sin comercio, que las puertas de la mayor parte de las casas no se cerraban con llave, y una cerradura era un objeto de curiosidad para muchos eriollos.

Pero en el discurso del año había días para Pablo y Virginia del mayor regocijo, que eran los del cumpleaños de sus madres. Virginia no dejaba de amasar y cocer la víspera tortas de flor de harina para las pobres familias de aquellos blancos nacidos en la isla, que no habiendo probado jamás pan europeo, destituidos de todo auxilio por parte de los negros, y reducidos á alimentarse de la yuca en medio de las selvas, no tenían para sobrellevar la miseria, ni la estupidez compañera de la esclavitud, ni el valor que inspira la educación. Estas tortas eran el único regalo que la situación de su familia la permitía hacer á

Virginia, pero las repartía con tal agrado, que les añadía un precio y condimento extraordinario. Pablo era el que se encargaba de llevárselas á sus mismas habitaciones; y las pobres familias reconocidas, prometían, al tiempo de recibirlas, ir á pasar todo el día siguiente en casa de madama de La Tour y Margarita. Allí era ver llegar una madre con dos ó tres hijos amarillentos, descarnados, y tan tímidos que apenas osaban levantar los ojos. Pero Virginia al punto los colocaba cómodamente, y les servía ciertos refrescos, cuya bondad realizaba ella por alguna circunstancia particular, que en su concepto, acrecentaba su valor, diciéndoles: « Este licor lo ha hecho » Margarita: este otro mi madre: mi » hermano ha cogido por su misma » mano esta fruta en la cima de un » árbol. » Y otras cosas á este modo.

Después incitaba á Pablo á que les hiciera bailar, y no se apartaba de su

lado mientras no los veía satisfechos y contentos. Todo su empeño era que estuvieran alegres con la alegría de su familia, y decía: « No es posible hacer » la felicidad propia, sin ocuparse en la » de los demás. » Y así, cuando se habían de volver á sus habitaciones, les ofrecía aquel mueble ó muebles á que los había visto inclinados desde el principio, cubriendo la necesidad de que agradecieran sus dádivas, con el pretexto de su singularidad ó extrañeza. Si los veía muy andrajosos, escogía algunas de sus ropas viejas, y mandaba á Pablo las fuese á poner secretamente á la puerta de sus casas, con el permiso de su madre. De esto modo hacía el bien, á ejemplo de la divinidad, mostrando el beneficio, y ocultando la mano bienhechora.

Vosotros los europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias á la felicidad, no podéis concebir que la naturaleza sea capaz de

proporcionar tantas luces y placeres. Vuestro espíritu ceñido á una estrecha esfera de conocimientos, toca bien pronto al término de sus gustos artificiales; pero la naturaleza y el corazón son inagotables. Pablo y Virginia no tenían relojes, ni libros de cronología, de historia ni de filosofía. Los períodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza; conocían las horas del día por la sombra de los árboles; las estaciones por el tiempo en que dan sus flores ó frutos; y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes hacían muy delicioso su modo de expresarse: « Ya es » hora de comer, decía Virginia á los » suyos, pues á los bananos les da la » sombra á los pies: se acerca la noche » porque los tamarindes cierran sus » hojas. ¿Cuándo vendrás á vernos? le » preguntaban algunas amigas de las » inmediaciones. Para las cañas del » azúcar, respondía Virginia. Tu visita,



» contestaban las muchachas, será para  
 » nosotras tanto más gustosa y apre-  
 » ciable. »

Cuando la preguntaban su edad y la de Pablo, respondía: « Mi hermano » tiene los mismos años que el cocotero » alto, y yo que el más bajo: los man- » gles han dado doce veces su fruto, » y los naranjos veinte y cuatro veces » la flor, desde que estoy en este » mundo. » De suerte, que su vida parecía que estaba identificada con la de los árboles, como la de las Driadas y Faunos. No conocían más épocas históricas que las de las vidas de sus madres, otra cronología que la de sus verjeles, ni más filosofía que el hacer bien á todos, y resignarse á la voluntad de Dios.

Pero, de buena fe ¿ qué necesidad tenían estos niños de ser sabios y ricos al modo que nosotros lo somos? Sus mismas necesidades é ignorancia aumen-

taban en cierto modo su felicidad; y no había día para ellos en que no se prestaban uno á otro oficios de la más tierna amistad. Ellos crecían en edad y experiencia, siguiendo fielmente las leyes de la naturaleza y de la religión, sin que ningún cuidado arrugara su frente, ninguna intemperancia corrompiera su sangre, ninguna pasión funesta depravara su corazón. El candor, la inocencia, la piedad y el amor desplegaban de día en día la belleza de sus almas en gracias inefables, expresadas en todas sus actitudes y movientos.

En medio de esta felicidad que gozaban los dos jóvenes, empezó Virginia á experimentar sucesivamente una especie de melancolía. La edad de las pasiones produce en el hombre una metamorfosis ó transformación extraña, que causa tantos bienes ó tantos males, según el impulso y dirección de las circunstancias. Virginia era víctima de sí misma,

sin conocerlo; y en aquél estado, ni sabía á qué atribuir la inquietud interior que experimentaba, ni sentía aquella alegría que desde la niñez la había acom-



pañado. Sus ojos se marchitaron insensiblemente, la palidez fué cubriendo su rostro, y una languidez y desmadejamiento universal acabaron de apoderarse de todo su cuerpo.

Bien penetraba la madre la causa del mal de su hija, pero, como prudente y experimentada, la decía: « Dirígete á » Dios, hija mía, que es quien dispone » á su arbitrio de la salud y de la vida » de los mortales, y quiere experimentar » hoy tu constancia para premiarte » mañana: acuérdate de que no hemos » venido á este mundo, sino para ejer- » citar la virtud. »

En este intermedio los excesivos calores que de tiempo en tiempo desolan las tierras situadas entre los trópicos, vinieron á ejercer aquí sus estragos. Cuando el sol toca al signo de capricornio á fines de Diciembre, sus ardientes rayos cayendo verticalmente sobre la isla de Francia, la abrasan por espacio de tres semanas consecutivas, causando en toda ella un calor extraordinario. Los vapores del Océano, elevados por la intensión de los rayos solares, cubrieron un día toda la isla como un vasto



parasol, de resultas de haber calmado el viento sudeste, que es el que reinando aquí casi la mayor parte del año, disipa las tempestades. Las cimas de los montes cubiertas de estos negros vapores despedían de sí globos de fuego; y los bosques, el llano y los valles resonaban con los horribles truenos de las nubes agitadas. Bien pronto comenzaron á caer torrentes de agua, como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo. Los arroyos espumosos bajaban precipitados por las quebradas de este monte, formando un mar de todo el valle, una isleta de esta explanada donde están las cabañas, y de este valle una esclusa por donde salían mezclados indistintamente con las tumultuosas aguas, los árboles, las tierras y los peñascos.

Toda la familia intimidada se encomendaba á Dios en la cabaña de madama de La Tour, cuyo techo crujía horrible-

mente con la violencia de los aires; siendo tan fuertes y repetidos los relámpagos que entraban por las rendijas, que sin embargo de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, se distinguía con el resplandor cuanto había dentro de ella. Pablo, intrépido como él mismo, andaba con Domingo de cabaña en cabaña, á pesar del furor de la tempestad, apuntalando aquí una viga, y fijando allí una estaca; y si alguna vez entraba en la de madama de La Tour, sólo era con el fin de consolar á la familia, con la esperanza próxima de la serenidad deseada. En efecto, á la tarde-cita cesó la lluvia, y tomó su curso ordinario el ligero viento del sudeste; los nubarrones tempestuosos corrieron hacia el nordeste, y apareció en el horizonte el sol poniente.

El primer deseo de Virginia fué ir á ver el lugar de su recreo. Pablo se acercó á ella con cierto aire de timidez,

y le presentó el brazo para ayudarla á caminar. El aire ya era fresco y sonoro, y en las cimas del monte surcado en varias partes de la espuma de los torrentes, que sensiblemente iban menguando, se elevaban blancos vapores, anuncios de la serenidad. Todo el jardín estaba trastornado, desarraigados la mayor parte de los árboles, y los prados cubiertos de arena. Solamente los dos cocoteros se conservaban verdes é intactos, sin que hubiesen quedado en sus alrededores, ni céspedes, ni emparrados, ni pájaros: á excepción de algunos bengalíes que en las extremidades de las vecinas peñas lloraban la pérdida de sus hijitos con acento lamentable.

Á vista de tanta desolación, dijo Virginia á Pablo: « Ya ves cómo el » huracan ha quitado la vida á los paja- » ritos que tú trajiste á este sitio, y » cómo ha destruido el jardín hecho por » tu mano. En esta vida no hay cosa

» que no sea perecedera, y sólo son » inmutables las del cielo. »

« ¡ Que no tuviera yo para podértela » ofrecer, le contestó Pablo, alguna » cosa del cielo! pero es tanta mi po- » breza, que ni siquiera poseo la menor » prenda de valor sobre la tierra. »

« Bien lo sé, replicó ella, medio son- » rosada, pero tú tienes la efigie de San » Pablo. » No bien oyó aquello Pablo, cuando se echó á correr en busca del retrato que tenía en casa de su madre.

El retrato era una especie de miniatura que representaba á San Pablo, primer ermitaño, á quien Margarita profesaba particular devoción; y después de haberle llevado muchos años al cuello, siendo soltera, se lo puso al hijo luego que fué madre. Sucedió también que estando ella en cinta de Pablo y viéndose desamparada de todos (á fuerza de contemplar en la imagen del santo anacoreta), se le parecía en alguna manera su hijo



Pablo : cuya circunstancia la había decidido á ponerle su nombre, y darle por patrono un santo que pasó su vida apartado del mundo y lejos de los hombres, los cuales después de haberle seducido, pérfidamente le abandonaron. Virginia al recibir aquella efigie de mano de Pablo, le prometió no quitársela del cuello mientras viviera, ni olvidar que Pablo le había dado la única prenda que poseía sobre la tierra.



### CAPÍTULO III.

En este intermedio instaba Margarita á madama de La Tour á que trataran de casar á sus hijos, en atención á la pasión con que se miraban, y á la edad que ya tenían proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban expuestos. Pero madama de La Tour la respondió : « Todavía son demasiado jóvenes y pobres » para eso. ¡ Qué sentimiento no tendríamos en ver á Virginia cargada de » hijos, que tal vez no podría criar por » falta de fuerzas ! Vuestro negro » Domingo ya está bastante cascado, y » María enferma : por otra parte, amiga » mía, yo me siento muy débil y deteriorada, al cabo de quince años que » vivo en un clima ardiente como éste,

Pablo : cuya circunstancia la había decidido á ponerle su nombre, y darle por patrono un santo que pasó su vida apartado del mundo y lejos de los hombres, los cuales después de haberle seducido, pérfidamente le abandonaron. Virginia al recibir aquella efigie de mano de Pablo, le prometió no quitársela del cuello mientras viviera, ni olvidar que Pablo le había dado la única prenda que poseía sobre la tierra.



### CAPÍTULO III.

En este intermedio instaba Margarita á madama de La Tour á que trataran de casar á sus hijos, en atención á la pasión con que se miraban, y á la edad que ya tenían proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban expuestos. Pero madama de La Tour la respondió :  
 « Todavía son demasiado jóvenes y pobres  
 » para eso. ¡ Qué sentimiento no ten-  
 » dríamos en ver á Virginia cargada de  
 » hijos, que tal vez no podría criar por  
 » falta de fuerzas ! Vuestro negro  
 » Domingo ya está bastante cascado, y  
 » María enferma : por otra parte, amiga  
 » mía, yo me siento muy débil y dete-  
 » riorada, al cabo de quince años que  
 » vivo en un clima ardiente como éste,



» donde se envejece más pronto que en  
 » los fríos, y mucho más con los  
 » quebrantos y pesares. Pablo es nuestra  
 » única esperanza, y debemos aguardar  
 » por lo mismo á que medre y adquiera  
 » el vigor necesario para que sea capaz  
 » de sostener nuestra vejez. En el día  
 » bien sabéis que sólo tenemos lo necesario  
 » para vivir: dentro de poco  
 » dispondremos que Pablo pase á las  
 » Indias por cierto tiempo, donde  
 » adquiera con el comercio la suficiente  
 » cantidad de dinero para comprar un  
 » esclavo; y á la vuelta le casaremos  
 » con Virginia, pues considero que es el  
 » único hombre que puede hacer feliz á  
 » mi amada hija. Mas esto lo consulta-  
 » remos después con nuestro vecino.»

En efecto, habiéndolo hecho ellas así,  
 fuí de su mismo dictamen, y les dije  
 que los mares de la India eran muy  
 bonancibles, particularmente sabiendo  
 elegir la estación proporcionada para el

embarco, en cuya navegación se tardaba  
 seis semanas, cuando más, á la ida, y  
 casi lo mismo á la vuelta: que yo bus-  
 caría persona que habilitase á Pablo,  
 pues era estimado de cuantos le conocían;  
 y que aun cuando no le diésemos más  
 que algodón en rama, del cual no se hace  
 en esta isla ningún uso por falta de  
 máquinas para limpiarle; palo de ébano,  
 tan común aquí que se usa para la lum-  
 bre, y algunas resinas que se pierden en  
 nuestros bosques; todo esto lo vendería  
 en las Indias á un precio más que  
 moderado. Me encargué al mismo tiempo  
 de pedir á M. de La Bourdonnais el  
 pasaporte para el viaje, y antes de todo  
 quise tratar con Pablo este pensamiento.

Pero me quedé absorto de admiración  
 cuando este joven me dijo, con una ma-  
 durez muy superior á sus años: «¿Por  
 » qué queréis que yo deje á mi familia,  
 » por no sé qué proyecto de fortuna?  
 » ¿Hay por ventura en el mundo un

» comereio más lucrativo que el cultivo  
 » de la tierra que da cincuenta, y aun  
 » ciento por uno? Si queremos comerciar  
 » ¿no podremos hacerlo llevando á  
 » vender á Puerto-Luis lo que nos sobra,  
 » sin necesidad de que yo vaya á  
 » correr las Indias? Nuestras madres  
 » dicen que Domingo está viejo y cascado,  
 » pero yo soy muchacho, y cada día me siento  
 » más robusto. ¿Y si durante mi ausencia les  
 » sucediese alguna desgracia, particularmente á  
 » Virginia, que de algún tiempo á esta parte  
 » anda tan triste y desazonada? ¡Ah! eso no;  
 » no lo penséis; ¡es imposible que me resuelva á ausentarme de su vista! »

Esta respuesta de Pablo me puso en la mayor perplejidad, porque madama de La Tour no me había ocultado la situación de Virginia y sus deseos de ganar algunos años más sobre los que ellos tenían, separando al uno del otro;

cuyos motivos no me atrevía yo á descubrir á Pablo, ni era conveniente que aun los llegara á sospechar.

En estas circunstancias, recibió madama de La Tour una carta de su tía, por una embarcación que acababa de llegar de Francia. El temor de la muerte, sin el cual serían siempre insensibles los corazones duros, se había apoderado del de aquella vieja; de resultas de haber salido de una grave enfermedad, la cual, degenerando en extenuación, se hacía incurable por lo avanzado de su edad. El objeto de su carta se reducía en substancia á decir á su sobrina: « Que se » volviese á Francia, ó que, en el caso » de no permitirle su salud emprender » un viaje tan dilatado, le enviara á » Virginia, á quien pensaba dar una » buena educación y destino decente » en la corte, con la posesión de todos » sus bienes; y aun añadía, que en el » cumplimiento de aquellas sus órde-



» nes, consistía la continuación de sus  
» favores. »

No bien había acabado de leer madama de La Tour la referida carta á la familia, cuando todos se quedaron suspensos y en la mayor consternación. Domingo y María comenzaron á llorar: Pablo, inmóvil sin saber lo que le pasaba, parecía como dispuesto á enfurecerse: Virginia, con los ojos fijos en su madre, no se atrevía á proferir una palabra. En este estado, dijo Margarita á madama de La Tour: « ¡Será posible que nos  
» dejéis al cabo de tantos años! »

« No, amiga mía, no, hijos míos,  
» exclamó madama de La Tour, no os  
» abandonaré jamás. Yo he vivido con  
» vosotros y con vosotros quiero morir,  
» porque no he conocido la dicha sino  
» en vuestra compañía. Si mi salud está  
» deteriorada, tienen la culpa de ello  
» los antiguos disgustos. La crueldad  
» de mis parientes y la pérdida de mi

» amado esposo, me penetraron hasta  
» lo más íntimo del alma; pero después,  
» acá he experimentado más satisfacción  
» y consuelo con vosotros, debajo de  
» estas humildes chozas, que cuantos  
» bienes y felicidades pudieran, ni pue-  
» den prometerme en mi patria las  
» riquezas de mi familia. »

Acabando de decir estas palabras empezaron todos á verter lágrimas de gozo. Pablo arrojándose en los brazos de madama de La Tour, la decía: « No  
» me separaré jamás de vos, ni iré á  
» las Indias; todos trabajaremos aquí  
» para vos, amada mamá, y nada os  
» faltará en nuestra compañía. » Pero la que manifestó menos alegría que los demás, sin embargo de que era la que la había sentido más viva, fué Virginia, la cual se conservó lo restante del día con la misma serenidad, colmándose con esto la satisfacción de todos.

Á la mañana siguiente, al salir el sol,

acabando de encomendarse á Dios en comunidad, antes de ponerse á almorzar, según lo tenían de costumbre, les avisó Domingo que un señor de á caballo, seguido de dos esclavos, se acercaba á la posesión. En efecto, el tal caballero era M. de La Bourdonnais, el cual habiéndose entrado de improviso en la cabaña, encontró á toda la familia almorzando alrededor de una mesa, donde Virginia acababa de servir café, arroz cocido en agua, batatas asadas y bananas frescas. La única vajilla de que se servían eran cascos de calabaza, y por mantel hojas de banano.

Manifestó el gobernador por el pronto su sorpresa, viendo la pobreza de aquella familia, y dirigiéndose después á madama de La Tour, la insinuó que los negocios generales de su empleo le habían estorbado algunas veces de pensar en los particulares; pero que ella era acreedora á toda su atención. « Vos tenéis, madama,

» añadió, á una tía muy rica y distinguida en París, que os deja por heredera de todos sus bienes, y os espera cuanto antes á su lado. »

Contestóle madama de La Tour, que su salud achacosa no le permitía emprender un viaje tan expuesto como largo.

« Pero á lo menos, replicó el gobernador, no podréis privar, sin injusticia, de una herencia tan crecida, á una hija tan joven y amable como os ha concedido el cielo. Yo no debo ocultaros que vuestra tía se ha valido de la autoridad para llevársela, y que á este fin me escribe use de todas mis facultades en caso necesario. Mas como yo no las ejerzo sino para hacer felices á los habitantes de esta isla, espero de vuestra voluntad sola un sacrificio de algunos años, del cual dependen el establecimiento de vuestra hija, y vuestro bienestar para toda la vida. ¿ Á qué se viene á las islas? ¿ no es



» para enriquecerse en ellas? Pues ¿no  
 » será mejor y mucho más gustoso el ir  
 » á encontrarlas en su patria?» Diciendo  
 estas palabras, y mandando á uno de sus  
 negros dejar sobre la mesa un gran talego  
 de pesos que llevaba, añadió: « Aquí  
 » tenéis ese dinero que vuestra tía ha  
 » destinado para los preparativos del  
 » viaje de la chica. »

Después comenzó á reconvenir con  
 cortesanía y atención á madama de La  
 Tour, porque no había recurrido á él en  
 sus necesidades; aunque elogiando al  
 mismo tiempo su valor noble y constante.

Tomó á esto Pablo la palabra, y dijo  
 á M. de La Bourdonnais: « Señor gober-  
 » nador, mi mamá ha recurrido á vos,  
 » y la habéis recibido mal. »

« ¿Tenéis á otro hijo? preguntó  
 » prontamente el gobernador á madama  
 » de La Tour. »

« No, señor, contestó ella; éste es el  
 » hijo de mi amiga Margarita, y á él y

» á Virginia los amamos igualmente, y  
 » son para nosotras hijos comunes. »  
 « Niño, dijo el gobernador, encarán-  
 » dose con Pablo, cuando llegues á tener  
 » experiencia del mundo, conocerás la  
 » desgracia de los que mandan, y la  
 » facilidad con que son engañados, dando  
 » al vicio intrigante é impudente, lo que  
 » sólo pertenece al mérito que se  
 » oculta. »

Convidó entonces madama de La Tour  
 á M. de La Bourdonnais á almorzar, cuyo  
 convite aceptó el gobernador sentándose  
 á su lado, y tomando café mezclado con  
 arroz cocido en agua, á la manera de los  
 criollos. El cual quedó tan encantado del  
 orden y aseo de la cabaña, de la unión  
 edificante de las dos familias, y hasta  
 del celo de sus ancianos criados, que  
 dijo: « Aquí no hay sino muebles de  
 » madera, pero se ven rostros serenos,  
 » y corazones de oro. »

Pablo prendado de la popularidad y

llaneza del gobernador, le dijo que deseaba ser su amigo, porque era hombre de bien ; y M. de La Bourdonnais recibiendo con gusto aquella señal de sinceridad isleña, le dió un abrazo, y apretándole la mano, le aseguró que podía contar con su amistad.

Acabado el almuerzo, llamó á parte á madama de La Tour, y la dijo que había ocasión en el día de enviar á su hija á Francia en un navío que estaba pronto á hacerse á la vela : que la recomendaría á una parienta suya, que iba de pasajera en el mismo buque ; y que no era cosa de abandonar una herencia inmensa por una satisfacción de algunos años.

« Vuestra tía, añadió al tiempo de partir, » no podrá vivir más de dos años, según » me escriben sus amigos ; miradlo bien, » y consultadlo allá para con vos, pues » no todos los días se muestra risueña » la fortuna. No habrá persona de juicio » que no piense como yo. »

Madama de La Tour respondió, « Que » no deseando en este mundo más felicidad que la de su hija, dejaría absolutamente al arbitrio del señor gobernador » su partida para Francia. »

Como á madama de La Tour no le disgustaba encontrar ocasión de separar por algún tiempo á Pablo y Virginia, para proporcionarles en lo sucesivo su felicidad mutua, llamó á parte á su hija de allí á pocos días, y la habló en estos términos :

« Hija mía, ya ves que nuestros » criados son ancianos, que Pablo es » muy joven, que su madre va siendo » vieja, y que yo estoy muy achacosa » de males, ¿ qué sería de ti entre estas » breñas, si yo llegase á morir ? » ¿ Podrías resistir sola y sin ninguna » otra persona que te ayudase, viéndote » precisada á trabajar continuamente la » tierra como una mujer mercenaria, » para ganar el sustento diario ? ¡ Ah !



» ¡ esta reflexión, Virginia mía, me  
» traspasa las entrañas de dolor ! »

Al oír esto Virginia le replicó : « Dios  
» nos ha condenado á todos al trabajo,  
» y vos, madre mía, me habéis enseñado  
» á trabajar, y á bendecirle cada día.  
» Hasta aquí no nos ha abandonado, ni  
» nos abandonará en adelante, pues su  
» providencia vela particularmente sobre  
» los infelices, según millares de veces  
» me lo habéis insinuado. ¡ No es posi-  
» ble que yo me determine á dejaros ! »

Madama de La Tour, conmovida con  
semejantes razones, la contestó sin de-  
tenerse : « No creas, hija mía, sea otro  
» mi intento que hacerte feliz, y casarte  
» algún día con Pablo, que no es her-  
» mano tuyo : considera ahora que tienes  
» en tu mano su felicidad y la tuya. »

Con semejante confianza de una madre  
amorosa y compasiva, no tuvo dificultad  
Virginia en abrirle de par en par su  
corazón, declarándole sin disfraz ni

rebozo, la inclinación hasta entonces  
secreta de su alma ; y viendo que su  
madre la aprobaba y dirigía á un fin  
honesto con sus consejos, la ofreció  
nuevamente no apartarse jamás de su



lado, y vivir en su compañía sin agita-  
ción en cuanto á lo presente, ni temor  
respecto de lo futuro.

Viendo madama de La Tour que su  
confianza había producido un efecto con-

trario al que ella se esperaba, aseguróla que no quería violentar su inclinación, sino que deliberara maduramente y á su salvo; pero la encargó que ocultase siempre su amor á Pablo, porque, como ella decía, « cuando el corazón de una » doncella está cautivo, ya no le queda » al amante otro sacrificio que exigir » de ella. »

Á este tiempo se dejó entrar por la puerta el confesor de madama de La Tour, enviado por el gobernador para acabar de persuadirla y hacerle fuerza con sus razones, las cuales se redujeron á que era forzoso someterse á las órdenes de la providencia que tenía dispuesto hacer feliz á Virginia por aquel camino; y que supuesto que madama de La Tour no podía emprender el viaje por el mal estado de su salud, debía hacerlo sin más dilación su hija Virginia, á fin de complacer á su tía y mejorar al mismo tiempo su propia suerte.

Habiendo oído semejantes razones la obediente Virginia, bajó los ojos, y con voz desmayada y trémula respondió al confesor: « Si así lo dispone el cielo, á » nada me opongo: hágase la voluntad » del Señor, añadió, exhalando un » profundísimo suspiro. »

En aquel estado, me envió á decir madama de La Tour con Domingo, la hiciese el favor de pasar á su cabaña, pues tenía que consultarme acerca del viaje de Virginia. En efecto, habiendo tratado los dos el asunto, fuí de opinión que no emprendiera semejante viaje. Porque habéis de saber que yo tengo por un principio cierto de la felicidad humana, que son preferibles los bienes de naturaleza á los de fortuna, y que no debemos ir á buscar lejos de nosotros lo que tenemos dentro de nosotros mismos; y esta máxima la extiendo yo á todas las cosas de este mundo, sin excepción ni diferencia.



Pero ¿qué eficacia podían tener mis consejos contra las fundadas esperanzas de una fortuna tan brillante y halagüeña? Consiguientemente madama de La Tour sólo me consultó por puro cumplimiento, y ya no fué más dueña de deliberar por sí, desde el instante que oyó el dictamen de los dos personajes que acabo de nombraros.

La misma Margarita, quien, á pesar de las felicidades que esperaba para su hijo de la fortuna de Virginia, se había opuesto muy seriamente á su partida, dejó de insistir sobre ello. Pablo, ignorando el partido que sus madres tomarían, estaba admirado de las conversaciones secretas de madama de La Tour con su hija; y entregado á los impulsos de la tristeza, decía: « Algo se trama contra mí, cuando tanto se recatan de que yo las oiga. »

Al punto se extendió la voz por toda la isla de que la fortuna había visitado

estas breñas, treparon á ellas mercaderes de todos géneros, que desplegaron delante de estas miserables chozas las estofas más preciosas de la India; magníficas cotonías de Goudelour, pañuelos de Paliacate y Mazulipatán, muselinas de Dacca, bordadas, lisas, rayadas y transparentes como la luz, camisas de Surate muy blancas, indianas de todos colores y las más raras, de fondo obscuro con ramos verdes, magníficas telas de seda de China, en suma, todas las producciones más exquisitas del arte, que el lujo y la industria han inventado en las cuatro partes del mundo.

Quiso madama de La Tour que Virginia comprase á su arbitrio lo que más le agradara, y sólo se encargó ella de que no la engañasen en el precio ni en la calidad del género. En efecto, Virginia comenzó á elegir todo aquello que le parecía era del gusto de su madre, de Margarita y de su hijo, destinándolo todo

para ellos, y nada para sí, y diciendo siempre: « Esto es muy bueno para » muebles, aquello para el uso de María » y de Domingo. » Por manera que ya se había empleado todo el talego de pesos, y nada había comprado de lo que necesitaba para sí, habiendo sido preciso sacar la parte que á ella le tocaba de los regalos distribuidos entre los de casa.

Pablo penetrado de dolor al ver aquellos dones de la fortuna que le presagiaban la partida de Virginia, se presentó de allí á pocos días en mi casa, y me dijo con tono desmayado y lastimero: « Mi hermana sin duda va á partir, pues » la veo hacer los preparativos para el » viaje. Ruégoos paséis á nuestra posesión, y empleéis todo el ascendiente » que tenéis sobre el ánimo de su madre » y de la mía, para que no se vaya. » Movido yo de las instancias del pobre muchacho, me presté al punto á sus deseos, aunque bien persuadido de que

todas mis representaciones serían completamente inútiles y desaprobadas.

Os confieso que si Virginia me había encantado hasta entonces con el vestido de algodón azul de Bengala, y el pañuelo encarnado alrededor de la cabeza, me pareció mucho más hechicera cuando la vi engalanada al modo de las damas de este país. Llevaba un vestido de muselina blanca, forrado de tafetán color de rosa, y sus rubios cabellos trenzados en dos órdenes á la espalda, hacían la más perfecta armonía con su virginal cabeza. Sus hermosos ojos azules rebosaban melancolía, y su corazón agitado de una pasión reprimida, comunicaba á su rostro un color animado, y á su voz dulces y penetrantes sonidos. Hasta el contraste de su vistosa gala, que ella llevaba contra todo su gusto, hacía tan interesante su languidez y desmayamiento, que nadie podía verla ni oirla sin que se sintiera enternecido y encantado.



Acrecentóse con esto la tristeza de Pablo, y afligida cada vez más Margarita de ver la situación de su hijo, determinó, por último remedio, descubrirle el secreto que hasta entonces le había ocultado. Llamóle, pues, á parte un día, y le dijo :

« ¡Á qué fin, hijo mío, alimentarte  
 » por más tiempo de vanas esperanzas,  
 » que no habiendo de realizarse nunca,  
 » te serán después tanto más amargas ?  
 » Ya ha llegado el tiempo de que te  
 » revele el arcano de tu vida y de la mía.  
 » Virginia es parienta, por parte de  
 » madre, de una señora rica y de alto  
 » linaje ; y tú no eres más que el hijo  
 » de una pobre aldeana, á quien el amor  
 » hizo cometer una flaqueza, de que tú  
 » has sido triste fruto, privándote mi  
 » culpa, ¡ fatal memoria ! de tu familia  
 » paterna, y mi arrepentimiento de la  
 » materna. ¡ Ay infeliz ! por mi desven-  
 » tura y la tuya, no tienes más parientes  
 » que yo en este mundo. » Y al llegar

aquí comenzó á derramar copiosas lágrimas.

Pablo abrazando estrechamente á su madre, procuraba consolarla diciéndola que no llorase, y que pues no tenía más parientes que ella en este mundo, por lo mismo la amaría mucho más en adelante.

« Pero ¡ qué secreto, añadió, el que  
 » acabáis de revelarme ! Ahora entiendo  
 » por qué hace dos meses que Virginia  
 » anda huyendo de mí, y en el día está  
 » resuelta á dejarme. ¡ Ah sin duda me  
 » desprecia la ingrata ! »

Llegó entretanto la hora de cenar, y agitados todos de pasiones diferentes, comieron poco, y no hablaron palabra durante la cena. Virginia fué la primera que se levantó de la mesa y se encaminó á este mismo sitio en que estamos, donde se sentó. Siguióla Pablo prontamente y fué á sentarse junto á ella, guardando uno y otro un profundo silencio por largo rato.

Era esto en una de aquellas deliciosas noches, tan comunes entre los trópicos, cuya belleza no es dado retratar al pincel más diestro y amaestrado. La Luna parecía que ocupaba el centro del firmamento, rodeada de nubes y celajes que sus rayos iban disipando por grados, dejándose caer insensiblemente su luz sobre los picos de los montes de la isla, que brillaban con un verde plateado. Los vientos retenían su aliento; y solamente se oían en los bosques, en el hondo de los valles, y en las puntas de los peñascos, las piadas y el dulce murmurar de las avecillas, que, regocijadas con la claridad de la noche y la apacibilidad del aire, se arrullaban en sus nidos ó nocturnas moradas. Todos, hasta los insectos, susurraban debajo de la hierba. Las estrellas centelleaban en el cielo y reverberaban en el hondo del mar, el cual reflejaba sus imágenes tremulantes.

Recorría Virginia con ojos distraídos

todo el horizonte cuando avistó, á la entrada del puerto, una luz y una sombra, que eran el fanal y el casco del navío en que había de embarcarse para Europa; y que dispuesto á hacerse á la vela se mantenía al ancla, hasta que cesaran las calmas. Á vista de esto se le conmovieron las entrañas, y volvió la cabeza á otro lado, porque no la viera llorar Pablo.

Madama de La Tour, Margarita y yo, nos habíamos sentado á pocos pasos de ellos, debajo de los bananos; y con el silencio de la noche, oímos tan claramente su conversación, que desde entonces nunca la he olvidado.

« He oído, Virginia, comenzó Pablo, » que te vas dentro de tres días; ¿ no temes exponerte á los riesgos de la » mar... de la mar que tanto horror te » causa? »

« Es forzoso, respondió ella, que obedezca á mi madre, y cumpla con lo que le debo. »



« Pero ¿ será posible que nos dejes,  
 » replicó Pablo, por una parienta, á  
 » quien no has visto jamás? »

« ¡ Ay de mí! exclamó Virginia, yo  
 » quería quedarme aquí toda mi vida,  
 » pero mi madre no lo ha tenido á bien.  
 » Por otra parte, me ha dicho mi con-  
 » fesor, que es voluntad de Dios el que  
 » yo parta, y que la vida no es más que  
 » una continua prueba... ¡ Ah, sin duda  
 » que es una prueba muy dolorosa! »

« Qué, repuso Pablo, ¿ hallas tantas  
 » razones para partir, y ninguna para  
 » quedarte! ¡ Ah! otra hay que me  
 » reservas: el atractivo de las riquezas  
 » es lo que te mueve. No dudo que  
 » lograrás en Francia un himeneo co-  
 » rrespondiente á tu nacimiento, y con  
 » todas las demás circunstancias que yo  
 » no puedo ofrecerte; pero ¿ adónde irás  
 » tú que seas más feliz? ¿ á cuál aporta-  
 » rás que te sea más amada que la tierra  
 » en que has nacido? ¿ dónde encontrarás

» gentes más amables que las que aquí te  
 » idolatran? ¿ cómo podrás vivir sin las  
 » caricias de tu madre, á que estás tan  
 » acostumbrada? ¿ qué será de la pobre  
 » vieja, cuando no te vea á su lado, ni  
 » en la mesa, ni en casa, ni en el paseo  
 » donde iba, apoyada siempre en tu bra-  
 » zo? ¿ y qué será de la mía, que te ama  
 » tanto como ella? ¿ qué les diré yo  
 » cuando las vea llorar por tu ausencia?  
 » ¡ Ah, cruel! no quiero hablarte de mí:  
 » pero ¿ qué haré cuando yo no te vea á  
 » la mañana, ni en la noche en nuestra  
 » compañía? ¡ Ay Virginia! permíteme  
 » á lo menos partir contigo en el mismo  
 » navío, ya que buscas una nueva suerte  
 » en un país extranjero para ti, y otros  
 » bienes que los que te produce mi tra-  
 » bajo, á lo menos te animaré en las  
 » borrascas que temes tanto, y te conso-  
 » laré en medio de las desgracias; y  
 » cuando yo te vea en Francia servida  
 » y adorada de todo el mundo, te haré

» el último sacrificio muriendo á tus  
» plantas. »

Al llegar aquí le embargaron la voz los sollozos, y de allí á poco oímos la de



Virginia que le decía estas palabras, interrumpidas con suspiros :

« Tú eres precisamente la causa de mi  
» partida... tú, á quien he visto diaria-  
» mente encorvado bajo el peso del tra-

» bajo para sustentar á dos familias  
» enfermas y necesitadas. Si yo he abra-  
» zado esta ocasión de ser rica, no es  
» sino para pagarte mil veces los benefi-  
» cios que hemos recibido de tu mano :  
» ¿ hay fortuna comparable á la de tu  
» amistad ? ¿ Á qué viene hablarme de tu  
» nacimiento ? ¡ Ah ! si me diesen á  
» elegir un hermano, ¿ elegiría otro que  
» á ti ? ¡ Ay, Pablo, Pablo ! cree á tu  
» hermana que te habla con el corazón  
» en las manos, y te asegura que si parte,  
» es precisamente por obedecer á su  
» madre, y hacerte á ti feliz. »

« Yo iré contigo, Virginia, iré con-  
» tigo, y no habrá quien pueda separarme  
» de ti, exclamó entonces Pablo con  
» gritos muy desaforados. »

Corrimos todos á él viéndole como fuera de sí, y madama de la Tour le dijo : « ¿ Qué será de nosotras, hijo mío,  
» si tú nos desamparas ? »

Al oír aquello, Pablo repitió como



horrorizado estas palabras : ¡ hijo mío !...  
 ¡ hijo mío !... y volviéndose repentinamente á madama de La Tour, la dijo :  
 « ¿ Vos, madre mía, siendo tan inhumana  
 » que separáis al hermano de la her-  
 » mana ? Los dos hemos mamado vuestra  
 » leche, nos hemos criado en vuestro  
 » regazo, y queréis ahora separarla de  
 » mí ? ¿ queréis enviarla á ese país bár-  
 » baro, que os ha negado un asilo en  
 » vuestros infortunios, y entre unos  
 » parientes que con crueldad inaudita os  
 » han abandonado ? No : Virginia no  
 » saldrá de aquí sin mí. ¿ Quién me  
 » podrá estorbar que yo la siga ? ¿ Acaso  
 » el gobernador ? pero no podrá impe-  
 » dirme él que me arroje al mar, y la  
 » siga á nado. Para mí no será más  
 » funesto el mar que la tierra. ¡ Qué  
 » crueldad de madre ! ¡ permita el cielo  
 » que el Océano á que la exponéis !... »  
 Y sin acabar de proferir lo que había  
 comenzado, le tomó una especie de arre-

bato : yo le cogí en mis brazos y le vi  
 enteramente enajenado de cólera. Sus  
 ojos arrojaban llamas, y un sudor frío y  
 muy copioso corría por todo su rostro  
 inflamado; temblábanle las rodillas, y en  
 su pecho abultado se le sentía latir el  
 corazón con palpitaciones duplicadas.

Asustada Virginia con aquel espectá-  
 culo, le dijo : « ¡ Oh amado Pablo ! yo te  
 » prometo por tus males y los míos, de  
 » no vivir sino para ti, si me quedo; y  
 » si parto, de volver algún día para ser  
 » tuya. Sedme testigos todos los que  
 » habéis dirigido los primeros pasos de  
 » mi infancia, que disponéis de mi vida,  
 » y veis mis lágrimas. Así lo juro por el  
 » cielo que me oye, por ese mar que voy  
 » á atravesar, por el aire que respiro, y  
 » que nunca he manchado con la menor  
 » mentira. »

Á la manera que el sol deshace y pre-  
 cipita una montaña de nieve de la cumbre  
 del Apenino, así ni más ni menos se

disipó la furia de Pablo, inmediatamente que oyó la voz del objeto de su amor. Su cabeza antes erguida, se inclinó sobre el pecho, y un torrente de lágrimas corría de sus ojos. Su madre, mezclando las suyas con las del hijo, le abrazaba tiernamente sin poder hablar; y madama de La Tour, sin saber lo que le pasaba, me decía: « Ya no puedo sufrir más... el corazón se me parte de dolor... este viaje de mis pecados no se verificará; vecino, procurad llevaros á mi hijo... ocho días ha que nadie duerme en esta casa. »

Yo entonces le dije á Pablo que se sosegase, pues á la mañana siguiente iríamos á ver al gobernador, y haríamos que Virginia se quedara: que dejase reposar á la familia, y fuese á pasar la noche á mi cabaña, pues eran ya más de las doce. Con lo cual se dejó llevar sin la menor repugnancia, y después de una noche muy agitada, se levantó al

rayar el día y se volvió á su cabaña. Pero, ¿ qué necesidad hay de continuar por más tiempo (me dijo al llegar aquí el anciano) la relación de este caso? En la vida humana sólo hay un lado agradable que conocer, pues el otro se presenta obscuro y tenebroso como la parte de la tierra que no está iluminada por el sol durante la noche. Así que el curso rápido de nuestra vida no es más que un día, y una parte de este día está envuelta para nosotros en obscuridades.

Os suplico, buen amigo, le contesté, me continuéis la relación del caso que habéis empezado á contarme de tan tierna é interesante manera. Las imágenes de la felicidad nos agradan, pero las de la desgracia nos instruyen. Contadme, pues, el paradero del infelice Pablo.

El primer objeto, continuó el anciano, que se presentó á los ojos de Pablo al volver de mi casa, fué la negra María que estaba sobre un peñasco mirando al



mar alto : al punto que la descubrió, comenzó á gritarle de lejos : « ¡ María, » María, ¿ dónde está Virginia ? »

La pobre María volvió la cabeza hacia su joven amo, y se puso á llorar. Inme-



diatamente que notó Pablo las lágrimas de María, volvió atrás todo desahogado, y se encaminó al puerto apresuradamente, donde le dijeron que Virginia se había

embarcado antes del alba, y no se divisaba ya la nave desde la bahía. Con tan inesperada noticia se volvió á la posesión, y la atravesó toda sin hablar á nadie.

Aunque esta cordillera de riscos parece de la parte de allá que está casi perpendicular, esas explanadas verdes que dividen su altura son como otros tantos pisos ó gradas por donde se sube, á favor de algunas sendas fragosas, hasta el pie de aquel cono inclinado é inaccesible llamado el Police. En la base de este cono ó pirámide, hay un llano cubierto de espesos árboles y tan elevado, que parece como un gran bosque suspendido en los aires, y está rodeado por todas partes de precipicios espantosos. Las nubes que la cima del Police atrae continuamente alrededor de sí, forman allí muchos arroyos que se despeñan á tal profundidad en el hondo del valle, situado á espaldas de esta montaña, que no se percibe desde la eminencia el

ruido que hacen al caer sus aguas. Desde este llano se descubre una gran parte de la isla con sus collados dominados de varios picachos, entre otros Piterboth y los Tres Pechos con todos sus bosques y valles, y enfrente el vasto Océano y la isla de Borbón, distante como cuarenta leguas al ocaso.

Allí adonde Pablo dirigió sus primeros pasos, desde cuya eminencia divisó en alta mar la nao conductora de Virginia, como un punto negro en medio del Océano. Así se estuvo la mayor parte del día sin dejar de mirarla, figurándosele que la veía, aun cuando había desaparecido, hasta que habiéndose ocultado del todo entre los vapores del horizonte, tomó el partido de sentarse en aquel sitio agreste y solitario, combatido siempre de los vientos, que agitan sin cesar las cimas de las palmeras y tacamacos, cuyo susurro sordo, pero armonioso, se semeja al ruido de los órganos tocados á lo lejos,

é inspira una profunda melancolía. Allí fué donde yo le hallé con la cabeza reclinada en un peñasco y los ojos clavados en la tierra, después de haber andado buscándole, desde la salida del sol. Al principio me costó mucho trabajo el persuadirle que tornara á su cabaña; pero al fin pude conseguirlo á fuerza de instancias. Llegamos á la posesión de su madre, y lo primero que hizo, al ver á madama de La Tour, fué quejarse muy amargamente de que ella le había engañado.

Madama de La Tour, muy contristada, nos refirió entonces que habiéndose levantado un viento favorable entre dos ó tres de la mañana, el gobernador de la isla, acompañado de varios oficiales, y del confesor de quien se habló antes, había ido á buscar á Virginia en litera; y que, á pesar de sus lágrimas y razones y de las de Margarita, se habían llevado á su hija, más muerta que viva, protestando



el gobernador y los de su comitiva que aquello lo hacían por el bien de toda la familia.

Á lo menos, le contestó Pablo, estaría yo ahora más tranquilo, si me hubiese despedido de ella. Yo le hubiera dicho : « Virginia, si en el tiempo que hemos » vivido juntos, se me ha escapado alguna » palabra que haya podido ofenderte, » dime que la perdonas antes de dejarme » para siempre. Le hubiera dicho : Ya » que estoy condenado á no volver á » verte, ¡ adiós ! amada Virginia, ¡ adiós ! » ¡ vive contenta y feliz lejos de mí ! »

Y como en esto viese que su madre y madama de La Tour lloraban hilo á hilo : « Buscad ahora, les dijo, otro que yo » que enjuge vuestras lágrimas. » Y al mismo tiempo, prorrumpiendo en tristes lamentos, se ausentó de su vista, y comenzó á vagar de una parte á otra por la posesión, recorriendo todos los parajes que habían sido más queridos de Virginia,

y diciendo á los corderos y cabritillos que le seguían balando : « ¿ Qué queréis » de mí ? ¡ ya no veréis más conmigo á » la que os daba de comer en sus pal- » mas ! »

Se encaminó después al sitio llamado el Recreo de Virginia, y viendo á los pajaritos que revoloteaban alrededor de él, les decía : « ¡ Pobres avecitas ! ya no » volveréis á poner os á las plantas de la » que os echaba migas de pan y granos » de trigo, para que no os faltase de » comer. » Y viendo á Leal que iba delante de él meneando la cola y olfateando por todas partes, dió un suspiro y dijo : « ¡ Ah ! no te cansas, pobre animalito, » que ya no volverás á encontrarla jamás. » Por último, fué á sentarse en la peña donde la había hablado la noche precedente, y á vista del mar, en que acababa de ver desaparecer el navío conductor de la prenda de sus entrañas, lloró amargamente su desgracia.

En este estado, temiendo nosotros alguna funesta resulta de la agitación de su alma, lo seguíamos á todas partes sin perderle nunca de vista. Su madre y madama de La Tour se valían de las expresiones más tiernas y afectuosas, para que su dolor no degenerase en desesperación; y al fin logró esta última tranquilizarle un poco, dándole los nombres más propios para animar sus esperanzas, llamándole á boca llena su hijo, su amado hijo, su yerno, para quien tenía destinada su hija.

Por aquel medio logró madama de La Tour hacerle entrar en casa, y que tomase algún alimento. En efecto, se sentó con nosotros á la mesa, inmediato al sitio que ocupaba antes la compañera de su niñez; y como si todavía lo ocupara Virginia, la dirigía la palabra y la presentaba los manjares que sabía la eran más gratos; pero inmediatamente que reconocía su ilusión echaba á llorar muy desconsolado.

En los días siguientes anduvo juntando todo lo que había servido al uso particular de Virginia, como los últimos ramilletes de flores que se puso, una taza de coco en que solía beber, y otros dijes á este tenor; y como si aquellas reliquias de su amiga fuesen las alhajas de más precio de la tierra, las besaba y las metía en el seno. Finalmente, conociendo que su pena aumentaba la de su madre y de madama de La Tour, y que las necesidades de la familia perdían un trabajo continuado, se puso á ayudar á Domingo en los reparos y cultivo del jardín.

Á poco tiempo, este joven indiferente hasta entonces, como criollo, á todo lo que pasa en el mundo, me suplicó le enseñase á leer y escribir, para poder corresponderse por escrito con Virginia, y después quiso instruirse en la geografía, para formar una idea del país adonde iba á desembarcar; y en la historia, para conocer las costumbres de la sociedad en



que había de vivir. Sin duda que el origen del maravilloso arte de leer y escribir, se ha debido al afecto de dos amantes ausentes ó imposibilitados de comunicarse mutuamente sus ideas, por alguna dificultad insuperable.

El estudio de la geografía no agradó mucho á Pablo, porque en lugar de describir la naturaleza de cada país, sólo trata de explicarnos sus partes y divisiones, según su respectivo estado político. La historia, en especial la moderna, tampoco le pareció más útil, no hallando en ella más que desgracias generales y periódicas, cuyas causas no llegaba á penetrar. Y así, como no encontraba en su lectura más que guerras sin motivo ni objeto, intrigas secretas y naciones sin carácter, prefería á los libros históricos, los de novelas y aventuras; porque tratando con particularidad de los sentimientos é intereses de los hombres, le ofrecían algunas veces lances y situa-

ciones parecidas á la suya. Por este motivo ningún libro le agradaba tanto como el Telémaco, por sus descripciones y pinturas de la vida campestre, y de las pasiones hijas del corazón humano. Muchas veces leía á su madre y á madama de La Tour pasajes del Telémaco que le hacían más impresión; y entonces, agitado de dulces memorias, se turbaba la voz y lloraba amargamente. Se le figuraba que hallaba reunidas en Virginia la dignidad y virtud de Antiope, con las desgracias y la ternura de Eucaris.

Pero por otra parte, quedó enteramente escandalizado leyendo las novelas del día, llenas de máximas perjudiciales y libertinas; y cuando supo que las tales novelas contenían una pintura fiel de los usos y costumbres de las naciones de Europa, temió, no sin alguna apariencia de razón, que el corazón de Virginia se corrompiera y olvidara su cariño.

En efecto, se pasó más de año y medio

sin que madama de La Tour tuviese noticias de su tía ni de su hija, y sólo por un medio extraño se sabía que Virginia había llegado felizmente á Francia. Última-



mente, por una embarcación que pasaba á las Indias, recibió una carta escrita de propio puño de Virginia, por la cual conoció desde luego que vivía infeliz, sin embargo de la circunspección y disimulo con que su amable é indulgente hija se

explicaba en ella. Tengo tan presentes casi todas las palabras de esta carta, por lo bien que pintaba en ella su situación y carácter, que voy á referiros la al pie de la letra.

« Mi más querida y estimada mamá :

» Después de mi llegada os escribí  
 » varias cartas de mi puño, y como á  
 » ninguna me habéis constestado, me  
 » temo no hayan llegado á vuestras ma-  
 » nos. Con la presente tengo mejores  
 » esperanzas, en virtud de las precau-  
 » ciones que he tomado para daros noticia  
 » de mi persona, y recibirla igualmente  
 » de la vuestra.  
 » ¡ Cuántas lágrimas he derramado,  
 » amada madre mía, después de vuestra  
 » separación, yo que apenas había llorado  
 » sino por los males de otro ! Mi tía se  
 » quedó muy admirada á mi llegada,  
 » cuando preguntándome las habilidades



» que tenía, la respondí que no sabía  
 » leer ni escribir : y replicándome ella,  
 » qué era lo que había aprendido en este  
 » mundo; la contesté que sólo sabía  
 » gobernar una casa, y hacer vuestra vo-  
 » luntad : á lo que me dijo, que me  
 » habían dado una educación de criada.

» Al día siguiente de mi llegada, me  
 » puso en un gran colegio cerca de París,  
 » donde tengo maestros de todas clases,  
 » que me enseñan, entre otras cosas, la  
 » historia, la geografia, la gramática, las  
 » matemáticas y á montar á caballo; pero  
 » tengo tan poca disposición para todas  
 » estas ciencias, que no me prometo ha-  
 » cer progresos con estos caballeros.  
 » Conozco que soy una pobre mujer de  
 » cortísimos alcances, como ellos suelen  
 » decir; sin embargo de esto, mi tía no  
 » lo lleva á mal, antes bien me asiste con  
 » todo lo necesario, enviándome trajes  
 » diferentes para cada estación, y man-  
 » teniendo dos doncellas, destinadas á

» servirme, que están tan bien vestidas  
 » como las señoras de más alto copete.  
 » Me ha hecho tomar el título de conde-  
 » sa, y dejar el apellido de La Tour,  
 » para mí de tanto aprecio como para  
 » vos, por la relación que me habéis he-  
 » cho de los disgustos que mi difunto  
 » padre sufrió por casarse con vos; y en  
 » lugar de aquel apellido, me ha mandado  
 » usar del de vuestra familia, que también  
 » aprecio mucho, por ser el que vos  
 » usabais cuando soltera. Viéndome en tan  
 » brillante situación, la he suplicado va-  
 » rias veces que os envíe algún socorro;  
 » mas, ¿ cómo haré yo para significaros  
 » su respuesta? Pero vos me habéis  
 » encargado que os diga siempre la ver-  
 » dad; me respondió que un socorro  
 » moderado, para nada os alcanzaría, y  
 » que uno grande no haría más que ser-  
 » viros de estorbo en el estado sencillo  
 » de vida que habéis elegido.  
 » Bien procuré al principio daros

» noticia de mi persona, valiéndome de  
 » ajena mano para escribiros; pero como  
 » no tenía aquí sujeto de quien poder  
 » fiarme, me he aplicado noche y día á  
 » aprender á leer y escribir; y Dios ha  
 » querido hacerme la gracia de conse-  
 » guirlo en cortísimo tiempo. Mis prime-  
 » ras cartas se las confié á las criadas  
 » que me asisten, para que os la dirigie-  
 » ran, y tengo sobrados fundamentos  
 » para sospechar que se las han remitido  
 » á mi tía. Esta vez me he valido de una  
 » colejiala, amiga mía, y os suplico me  
 » respondáis, dirigiendo á ella la carta,  
 » bajo del adjunto sobrescrito; pues mi  
 » tía me ha prohibido toda correspon-  
 » dencia fuera de casa, con el pretexto de  
 » que esto perjudicaría, según ella dice,  
 » á los altos pensamientos que tiene  
 » acerca de mí. No tengo más vista que  
 » la suya y la de un caballero anciano,  
 » amigo de la tía, -el cual, según ella se  
 » explica, me profesa mucha afición;

» pero, á decir la verdad, yo no le pro-  
 » fesaría á él ninguna, aun cuando yo  
 » fuese capaz de tenerla á alguno.

» Aunque vivo en medio de la opulen-  
 » cia, no puedo disponer de un maravedí.  
 » Dicen que el tener yo á mi disposición  
 » oro y plata, me podría acarrear graves  
 » consecuencias; y así en el centro de  
 » las riquezas, estoy mucho más pobre  
 » que cuando vivía en vuestra compañía,  
 » porque nada tengo para poder dar á  
 » otros. Mis mismos vestidos son más de  
 » mis doncellas que míos, pues se los  
 » disputan antes que yo los deje. Luego  
 » que vi que las grandes habilidades que  
 » me enseñaban, no me proporcionaban  
 » la satisfacción de hacer el menor bien,  
 » me apliqué á la aguja, cuyo uso me  
 » habéis enseñado por dicha mía.

» Ahí os envío varios pares de medias  
 » hechas por mi mano, para vos y para  
 » mamá Margarita, un gorro para Domin-  
 » go, y uno de mis pañuelos encarnados



» para María; y en el mismo paquete van  
 » algunas semillas y pepitas de las frutas  
 » de mis colaciones, con las simientes de  
 » toda suerte de árboles, que en mis ratos  
 » de recreación he podido recoger en el  
 » jardín y bosque de este colegio; y al  
 » mismo tiempo la grana de violetas,  
 » margaritas, azucenas, coqulicos y es-  
 » cabiosas, que he cogido en los campos.  
 » En los prados de esta tierra hay flores  
 » más bellas que en los nuestros, pero  
 » aquí no se hace ningún aprecio de  
 » ellas.

» Estoy segura de que así vos, como  
 » mamá Margarita, recibiréis más gusto  
 » con ese saquito de simientes, que con  
 » aquel grande de pesos que ha sido la  
 » causa de nuestra separación y de mis  
 » lágrimas. Será para mí de la mayor  
 » satisfacción, el que tengáis mañana ú  
 » otro día la complacencia de ver á los  
 » manzanos crecer al lado de los bananos,  
 » y á las hayas entretejer sus ramas con

» las de los cocoteros. Así os parecerá  
 » que estáis en la Normandía, que tanto  
 » amáis.

» Me encargasteis al partir os escri-  
 » biera mis satisfacciones y mis pesares.  
 » Para mí no puede haber satisfacción ni  
 » contento, ausente de vos; y por lo que  
 » toca á mis penas, procuro dulcificarlas  
 » acordándome que estoy donde vos me  
 » habéis puesto por disposición de la  
 » providencia. Pero lo que aquí más me  
 » atormenta es que no oigo hablar de  
 » vos, ni puedo hablar con nadie de cosa  
 » vuestra; porque cuando procuro sacar  
 » la conversación sobre unos objetos que  
 » me son tan preciosos, me dicen mis  
 » doncellas, ó por mejor decir, las de mi  
 » tía, pues son más suyas que mías:  
 » Señorita, acordaos de que sois fran-  
 » cesa, y que debéis olvidar el país de  
 » los salvajes. ¡ Ah, antes me olvidaré de  
 » mí misma, que olvidar la tierra en que  
 » nací, y donde vos vivís ! Este sí que es

» verdaderamente para mí país de sal-  
 » vajes, porque vivo tan sola que ni aun  
 » tengo una persona á quien poder mani-  
 » festar el amor que invariablemente os  
 » conservará hasta la sepultura, mi más  
 » querida y adorada mamá,

» Vuestra más sumisa y amante hija,

» VIRGINIA DE LA TOUR. »

P. D. « Recomiendo á la bondad de  
 » vuestro corazón á María y Domingo,  
 » que se han esmerado tanto en cuidar  
 » de mi niñez : y haced por mí cuatro  
 » caricias á Leal, que me encontró en el  
 » bosque. »

Quedó Pablo muy admirado de ver que Virginia, acordándose hasta del perro, no hiciese mención de él en toda la carta; pero sin duda no sabía que por larga que sea la carta de una mujer, jamás pone la cosa que más tiene en la idea sino al fin. En efecto, después de la primera post-

data, hablaba á parte de Pablo, y le recomendaba particularmente las semillas de la escabiosa y de la violeta, explicándole sus propiedades, y dónde debían sembrarse. Acerca de lo cual hacía unas comparaciones muy análogas á la situación de entrambos, con respecto á los caracteres y propiedades de estas dos plantas. Quería que sembrase la violeta en los bordes de la fuente, al pie de su cocotero, porque requiere humedad; y la escabiosa, que crece siempre en parajes ásperos y combatidos de los vientos, en la peña donde se habían hablado la última vez; mandándole, que en memoria suya le pusiese el nombre de Peñasco de la Despedida.

La carta de esta sensible y virtuosa joven, hizo derramar muchas lágrimas á toda la familia. Su madre le respondió en nombre de todos, que permaneciera en Francia, ó volviera á esta isla, á su arbitrio, asegurándole que todos habían



perdido la mejor parte de su felicidad con su partida, y que ella particularmente estaba inconsolable.

Pablo la escribió una carta muy larga en que la prometía hacer todo lo que le prevenía; y al mismo tiempo la enviaba cocos de su fuente, bien sazonados y maduros. La ofrecía hermosear el jardín, y entreverar las plantas de la Europa con las del África, « agregándoles, decía él, » alguna otra semilla de esta isla, para » que el deseo de volver á ver sus frutos, » te estimule á dar prontamente la » vuelta. » Finalmente, concluía la carta suplicándole condescendiese cuanto antes con los ardientes deseos de su familia, y los suyos en particular, pues él no podría tener en adelante ningún gusto ausente de su vista.

Sembró Pablo con el mayor esmero las simientes europeas, y particularmente las de la escabiosa y violeta, cuyas flores parecían tener alguna analogía con el

carácter y situación de Virginia; pero fuese que se desvirtuasen en la travesía de Europa á aquí, ó más bien que el clima de esta parte del África no fuese favorable á su vegetación, salieron muy pocas, y aun éstas no llegaron á punto de madurez.



#### CAPÍTULO IV.

En este mismo tiempo, la envidia (la cual hasta se anticipa á las dichas de los hombres, sobre todo en las colonias francesas) difundió en la isla ciertos rumores que daban mucha inquietud á Pablo. La tripulación del buque que trajo la carta de Virginia, aseguraba que quedaba para casarse, y aun nombraban al señor de la corte que había de ser su esposo : propagándose algunos á decir, que la cosa era ya hecha, y que ellos mismos habían asistido al desposorio.

Pablo despreció al principio las noticias traídas por una embarcación de comercio, que regularmente las esparce falsas en todos los lugares de su tránsito, pero como muchos colonos de la isla se apresurasen á lamentarse de semejante caso,

por una compasión mal entendida, comenzó á dar algún crédito á la especie. Por otro lado, como en algunas de las novelas que había leído, veía la traición tratada de juguete y pasatiempo; y sabiendo que en semejantes libros se pintan fielmente las costumbres europeas, temió que la hija de madama de La Tour, pervertida en Francia con el ejemplo, olvidase sus promesas antiguas. Las ideas que había adquirido, le hacían ya infeliz.

Pero lo que acrecentó en extremo sus temores, fué que de cuantas embarcaciones llegaron á este puerto en el discurso de seis meses, ninguna trajese noticia de Virginia. En tan dolorosa situación, el infeliz Pablo, entregado á las agitaciones de su corazón, iba á verme á menudo para confirmar ó desechar sus recelos, por la experiencia que tengo del mundo. Yo vivo, como os he dicho, legua y media de aquí, á las orillas de un riachuelo que corre á la falda de la Mon-



taña Larga, donde paso mi vida, solo, sin mujer, sin hijos y sin esclavos.

Después de la rara felicidad de encontrar una compañera que sea bien acomodada al genio propio, el estado menos desgraciado de la vida, es, en mi opinión, el de vivir solo. Todo hombre que ha tenido muchos motivos para quejarse de las injusticias de los otros hombres, busca la soledad; y es cosa muy digna de notarse, que las naciones desgraciadas por sus opiniones, por sus costumbres ó por sus leyes, han producido clases numerosas de ciudadanos absolutamente consagrados á la soledad y al celibato, como en otro tiempo los egipcios en su decadencia, los griegos del bajo imperio, y en nuestros días los indios, los chinos, los griegos modernos, y la mayor parte de los pueblos orientales. La soledad restituye al hombre á la felicidad natural, alejándole de los males de la sociedad. En medio de tantos erro-

res y preocupaciones como dividen á los mortales, el alma está en perpetua agitación, volviendo y revolviendo continuamente dentro de sí misma mil opiniones turbulentas y contradictorias con que procuran sojuzgarse unos á otros los miembros de una sociedad ambiciosa y miserable. Pero en la soledad se desnuda de estas ilusiones extrañas que la perturban, y vuelve á adquirir el sentimiento íntimo de sí misma, de la naturaleza y de su autor; bien así como el agua cenagosa de un torrente que inunda los campos, derramándose en alguna hoya apartada de su curso, depona allí en el fondo sus impurezas, recupera su primera claridad, y volviéndose transparente, refleja sus propias márgenes el verdor de los campos y la luz de los cielos.

Además la soledad restablece la armonía del cuerpo, igualmente que la del alma. Entre los solitarios de todos tiempos se encuentran hombres de edad muy avan-

zada, por ejemplo, los Brahmanes de la India. En suma, yo la considero tan necesaria para la felicidad, aun en medio del mundo, que me parece imposible lograr en él ningún placer durable, de cualquiera clase que sea, ni que el hombre arregle su conducta conforme á algún principio estable, si no se forma dentro de sí mismo un retiro, del cual no salga sino muy rara vez su opinión, y donde la de otro tenga muy poca entrada.

No quiero decir con esto que el hombre haya de vivir absolutamente aislado y solo: está unido con todo el género humano por sus necesidades, y por consiguiente debe sus trabajos á los hombres, y se debe también él mismo á lo restante de la naturaleza. Quiero dar á entender únicamente, que habiéndonos dado Dios á cada uno órganos perfectamente proporcionados á los elementos del globo que habitamos, pies para la tierra, pulmones para el aire y ojos para la luz

(sin que podamos nosotros invertir el uso de estos sentidos) se ha reservado para sí solo, como autor de la vida, el corazón, que es el principal órgano de ella.

Paso, pues, mis días lejos de los hombres, á los cuales he querido servir, y me han perseguido. Después de haber corrido una gran parte de la Europa, y algunas provincias del África y América, me he fijado en esta isla poco habitada, seducido de la benignidad del clima y de sus soledades. Una cabaña que yo mismo he levantado al pie de un árbol, un huertecito desmontado y cultivado por mis manos, y un río que pasa por delante de mi puerta, es todo lo que me basta para mis placeres y mis necesidades.

Agrégase á estas satisfacciones la de tener algunos buenos libros que me enseñan á ser cada día mejor, haciendo por otra parte contribuir á mi felicidad



el mundo mismo que he dejado, con las pinturas que me presentan de las pasiones que tiranizan miserablemente á sus habitantes; y por el cotejo que hago de su



suerte con la mía, me proporcionan el deleite de gozar una felicidad negativa. Como un hombre que se ha salvado en un peñasco de los peligros de un naufragio, contemplo desde mi soledad las

borrascas que braman en lo restante de la tierra; y aun se aumenta mi serenidad en razón de la distancia de sus bramidos. Desde que no trato á los hombres, ni sus intereses se cruzan con los míos, los compadezco en lugar de aborrecerlos; y si encuentro á algún desgraciado, procuro ayudarle con mis consejos, bien como aquel, que pasando por las orillas de un río, y viendo ahogarse en él á otro infeliz, le tiende la mano para que se salve.

Pero yo no he encontrado sino á la inocencia atenta á mi voz. En balde llama la naturaleza á todos los hombres á la inocencia: cada uno se forma una imagen de ella, y la reviste con sus propias pasiones: persigue toda la vida á esta fantasma de su imaginación que le extravía, y se complace después en el cielo de las ilusiones que él mismo se ha forjado. Entre un número considerable de desgraciados á quienes algunas veces he intentado reducir al camino de la naturaleza, ni

uno solo he encontrado que no estuviera embriagado con sus propias miserias. Me escuchaban al principio con atención, esperando sin duda que mis lecciones les ayudarían á adquirir gloria ó riquezas; pero viendo que mi único fin era enseñarles á saber pasar sin estas dos cosas, me tenían á mí mismo por un miserable, porque no corría en pos de sus dichas cuitadas: vituperaban mi vida solitaria: pretendían persuadirme que sólo ellos eran útiles á los hombres, y se afanaban por arrastrarme al torbellino de sus proyectos vanos.

Pero aunque me comunico á todo el mundo, no me entrego á nadie, porque me basta la propia experiencia para servirme de lección en el estado en que me hallo. Repaso en la tranquilidad presente las agitaciones pasadas de mi propia vida, á que he dado tanta estima, las protecciones, la fortuna, la reputación, los placeres y las opiniones que se hacen la

guerra por toda la tierra. Comparo tantos hombres como he visto disputarse con furor estas quimeras que ya no existen, á las olas de mi río que se estrellan espumando contra las peñas de su canal, y desaparecen para no volver jamás. Por lo que á mí toca, me dejo llevar mansamente de la corriente del río del tiempo, hacia el Océano de la eternidad que no conoce playas; y con el espectáculo de las armonías actuales de la naturaleza, me elevo á su autor, y espero más venturosa suerte en la vida perdurable que nos aguarda.

Aunque desde mi cabaña, situada en el centro de un bosque, no se descubre tanta multitud de objetos como nos proporciona ver la elevación del sitio donde nos hallamos, hay sin embargo situaciones deliciosas, particularmente para el hombre que como yo, prefiere reconcentrarse en sí mismo, á disiparse hacia fuera. El río que corre por delante de mi puerta,



pasa en línea recta por medio del bosque, y presenta á la vista un largo canal sombreado de árboles de toda suerte de hojas. Allí hay tacamacos, olivos, ébanos, manzanos silvestres y árboles de la canela; sotos de palmeras elevan acá y allá sus troncos pelados, y de más de cien pies de elevación, que rematan en un ramillete de palmas, y figuran por encima de los otros árboles, como una floresta plantada sobre otra floresta. Á esto se juntan las lianas ó enredaderas de diferentes géneros de follaje, que enlazándose de un árbol en otro forman aquí galerías de flores, y más allá largos cortinajes de verdor. Es tal la fragancia que sale de la mayor parte de estos árboles, y tan pegajoso el olor aromático que exhalan, que el hombre que atraviesa la floresta, despide de sí un perfume agradable, algunas horas después de haber salido de ella. En la estación en que se visten de flor, diríase que estaban

medio cubiertos de nieve. Al fin del estío varias especies de pájaros extranjeros vienen, por un instinto incomprendible, de regiones desconocidas de la otra parte de los vastos mares, á recoger las simientes de los vegetales de esta isla, y oponen el brillo de sus colores al verdor de los árboles que comienza á pardear con la fuerza del sol. De este género son, entre otros, varias especies de papagayos y las palomas azules, llamadas aquí palomas holandesas. Los monos habitantes domiciliados de estas florestas, triscan y juguetean en sus sombrías ramas, de las cuales sólo se distinguen por su piel verdigrís y su cara enteramente negra: unos se suspenden de ellas por la cola, y se columpian en el aire, otros brincan de rama en rama con sus hijitos en los brazos.

La escopeta matadora nunca ha amedrentado con su estruendo á estos apacibles hijos de la naturaleza; ni se oyen

más que chillidos de alegría, trinos y gorjeos desconocidos de algunos pájaros de las tierras australes, que repiten á lo lejos los ecos de estos bosques. El río que corre borbotando sobre una madre de roca, por medio de los árboles, refleja acá y allá en las cristalinas aguas sus venerables masas de verdor y sombra, igualmente que los retozos y juguetes de sus dichosos moradores; y precipitándose á mil pasos de allí, por las diferentes alturas de un peñasco, forma una cascada ó tabla de agua tersa como el cristal que se divide al caer en cuajarones de espuma. Mil ruidos confusos salen de estas aguas tumultuosas, que dispersados por los vientos en la floresta, ora se alejan, ora se acercan todos á un tiempo y aturden los oídos, como el sonido de las campanas de una catedral. El aire continuamente renovado con el movimiento de las aguas, conserva en las orillas de este río, á pesar de los ardores del estío, una fron-

dosidad y frescura que rara vez se encuentra en esta isla, aun en la cumbre de las montañas.

Á cierta distancia de allí hay una roca bastante distante de la cascada para que el ruido de sus aguas no aturda los oídos, y bastante inmediata para deleitarse con su vista, con su frescura y su murmullo. Á la sombra de este peñasco solíamos ir á comer alguna vez en tiempo de los calores excesivos, madama de La Tour, Margarita, Pablo y yo; y como Virginia dirigía siempre sus acciones aun las más comunes, al bien de otro, jamás comía una fruta en el campo que no sembrara en la tierra su hueso ó su pepita, diciendo: « De aquí nacerán árboles que » darán sus frutas á algún caminante, ó » á lo menos á un pajarito. »

Un día, pues, que comió una papaya al pie de aquella roca, enterró según costumbre sus pepitas, de las cuales salieron de allí á poco muchos papayos,



entre ellos una hembra, que son las que llevan fruto. La altura de este árbol no excedía de la rodilla de Virginia, cuando se verificó su partida; mas como crece mucho en corto tiempo, tenía ya veinte pies de alto al cabo de dos años, y su tronco estaba coronado en la parte superior con varios órdenes de papayas, perfectamente sazonadas. Acercóse Pablo un día por casualidad á aquel sitio, y se llenó de gozo al ver un árbol tan crecido, producido por una pepita que él había visto sembrar á Virginia; y al mismo tiempo le entró una tristeza profunda con este testimonio de su larga ausencia.

Los objetos que vemos habitualmente no nos dan lugar á medir la rapidez de nuestra vida, porque envejecen con nosotros con una vejez insensible; pero los que vemos de repente después de algunos años de ausencia, nos advierten á primera vista la velocidad con que corre el río de nuestros días. La vista del papayo cargado

de fruta, causó en Pablo aquella sorpresa, que por lo común experimenta un viajero, cuando volviendo á su patria después de muchos años, no encuentra vivos á sus contemporáneos, y ve á los hijos de éstos, que él había dejado mamando, hechos padres. Ya le daban impulsos de cortarle por el pie, porque su vista le hacía demasiado sensible el largo tiempo que había pasado desde la partida de Virginia; y ya considerándole como un monumento de su beneficencia, besaba su tronco y le dirigía palabras dictadas por el amor y la tristeza.

¡ Oh árbol, cuya posteridad subsiste todavía en mi floresta, yo mismo te he mirado con más interés y respeto que á los arcos triunfales de la antigua Roma !  
 ¡ Permita el Autor de la naturaleza, que destruye cada día los monumentos de la ambición mundana, se multipliquen en nuestras florestas los de la beneficencia de una doncella pobre y malhadada !

Estaba yo seguro de encontrar á Pablo al pie de este papayo, cuando venia por mi posesión, y habiéndole visto un día penetrado de melancolía, tuve con él una conversación que voy á referiros, si no os son demasiado enojosas mis largas digresiones, perdonables á mi edad y á mis últimas amistades.

« Estoy muy pesaroso, me dijo luego » que me senté á su lado, porque hay » ahora dos años y dos meses que se » marchó Virginia, y se han pasado ocho » meses y medio sin que nos haya » escrito; como es rica y yo pobre, sin » duda me ha olvidado. Deseo embar- » carme y pasar á Europa, por ver si allí » hago fortuna por algún camino, para » pedírsela á su tía en matrimonio, y » vivir feliz en su compañía. »

« La Europa, hijo mío, le contesté, » está abismada en los vicios más contra- » rios á su felicidad, y á ti te falta dinero » y protección para poder hacer figura

» en ella; eres pobre y no tienes ningún » arrimo. »

« Es verdad, me replicó, pero quizá » hallaré algún poderoso que quiera pro- » tegerme y darme la mano. »

« Para lograr la protección del pode- » roso, le respondí, es necesario contri- » buir á su ambición ó á sus caprichos, » y tú á ninguna de estas dos cosas te » avendrias. »

« Tenéis razón, me dijo; pero portán- » dome yo como debo, siendo fiel á mis » palabras, exacto en mis obligaciones y » constante en la amistad, me haré » acreedor á que alguno de ellos me » adopte por hijo, como he visto se usa- » ba antiguamente en las historias de otros » tiempos que me habéis dado á leer. »

« No tiene duda, le respondí, que así » se usaba entre los griegos y romanos; » pero ya no estamos en aquellas edades, » en que el mérito merecía el respeto de » los poderosos. »



« Pues bien, me replicó, en defecto  
 » de un poderoso procuraré agregarme á  
 » algún cuerpo científico, cuyas opiniones  
 » adoptaré en un todo y me haré estimar  
 » de sus individuos. »

« En lugar de adquirirme estimación,  
 » le dije, te granjearás odio y envidia, á  
 » no ser que sofoques los gritos de tu  
 » conciencia por trepar á la cumbre de  
 » la fortuna. Por otra parte, los cuerpos  
 » se interesan muy fríamente en el des-  
 » cubrimiento de la verdad. Para los  
 » ambiciosos toda opinión es indiferente,  
 » con tal que á ellos les traiga utilidad y  
 » ventajas. »

« ¡ Eso no lo haré yo jamás ! exclamó  
 » entonces : todo mi conato será buscar  
 » siempre la verdad. Soy muy desgracia-  
 » do, continuó, pues se me cierran todos  
 » los caminos para llegar á la posesión  
 » de lo que más estimo, y me veo conde-  
 » nado á pasar mi vida en un trabajo  
 » obscuro, ausente de Virginia. » Y al

decir esto, dió un suspiro muy profundo.

« Sea Dios tu único protector, hijo  
 » mío, y el género humano tu cuerpo, le  
 » contesté con prontitud : ama á los dos  
 » constantemente, y desprecia la protec-  
 » ción de los particulares. Las familias,  
 » los cuerpos y los pueblos, tienen sus  
 » pasiones y sus preocupaciones que  
 » exigen vicios en quien las haya de  
 » contemplar. Dios y el género humano  
 » no nos piden sino virtudes.

« Pero, ¿ por qué quieres, proseguí,  
 » distinguirme del común de los hombres?  
 » Ese deseo no es natural, pues si lo  
 » fuese, cada hombre estaría en estado  
 » de guerra con su semejante. Conténtate  
 » con cumplir con tus obligaciones en el  
 » estado en que te ha colocado la pro-  
 » videncia : bendice tu suerte, que te  
 » permite obrar conforme á tu conciencia,  
 » y que no te precisa, como á los grandes,  
 » á poner su felicidad en la opinión de los  
 » inferiores, y como á los inferiores á

» cometer bajezas y adular á los grandes  
 » para tener qué comer. —Tú estás en un  
 » país y en una condición en que no  
 » necesitas para subsistir ni engañar, ni  
 » adular, ni envilecerte, como lo hacen  
 » la mayor parte de los que en Europa  
 » aspiran á la fortuna; en que no te ves  
 » precisado por razón de tu estado á  
 » ocultar la verdad; en que puedes ser  
 » impunemente bueno, veraz, sincero,  
 » instruído, sufrido, moderado, casto,  
 » indulgente y piadoso, sin que tu virtud,  
 » que todavía comienza á florecer, se  
 » marchite con alguna flaqueza que te  
 » haga ridículo á los ojos del mundo  
 » y de la posteridad. El cielo te ha con-  
 » cedido libertad, salud, una buena  
 » conciencia y amigos verdaderos: ¡harto  
 » menos felices son los grandes de la  
 » tierra, cuyo favor desees!»

« ¡ Ah, exclamó, todo me importa  
 » poco, faltándome Virginia ! Pero ¿ qué  
 » haré yo para lograr la posesión de lo

» que más amo ? Supuesto que su tía la  
 » quiere casar con un hombre de mérito  
 » y circunstancias, me pondré á estudiar  
 » para ser sabio y adquirir crédito : con  
 » el estudio y la sabiduría serviré útil-  
 » mente á mi patria, sin perjuicio de  
 » otro : me haré célebre por este camino,  
 » no dependeré de nadie, y me deberé á  
 » mí sólo esta gloria. »

« ¡ Ah ! hijo mío, le respondí : los  
 » talentos todavía son más raros que las  
 » riquezas; y no tiene duda que son de  
 » una naturaleza superior, por cuanto  
 » nadie nos los puede robar, y porque  
 » nos granjean además la estimación  
 » pública en toda la redondez de la tierra;  
 » pero cuestan muy caro. Es necesario  
 » privarse del sosiego y del reposo para  
 » adquirirlos, padecer las persecuciones  
 » de la envidia, y vivir en cierto modo  
 » fuera del mundo. Por otra parte, la  
 » celebridad de las letras es demasiado  
 » tempestuosa y difícil de adquirir.



» Acuérdate de la suerte que han tenido  
 » la mayor parte de los filósofos de la  
 » antigüedad. Homero, cuyos versos son  
 » tan divinos, anduvo pidiendo limosna  
 » de puerta en puerta. Sócrates que con  
 » sus palabras y ejemplo predicaba la  
 » moral á los atenienses, fué envenenado  
 » jurídicamente por ellos. Su discípulo  
 » Platón se vió reducido á la clase de  
 » esclavo por orden del mismo príncipe  
 » que le protegía; y anteriormente á  
 » ellos, el célebre Pitágoras fué quemado  
 » vivo por sus paisanos los crotonienses.  
 » ¡ Pero qué digo ! la mayor parte de es-  
 » tos nombres ilustres han llegado desfigu-  
 » rados hasta nosotros, por los mordaces  
 » tiros de la sátira, con que la ingratitud  
 » humana se complace en caracterizarlos,  
 » y si entre tantos como ha habido, la  
 » gloria de algunos ha llegado pura y sin  
 » mancha hasta nosotros, es porque  
 » vivieron lejos de sus contemporáneos  
 » en la abstracción y retiro de los nego-

» cios públicos, pareciéndose en esto á  
 » aquellas estatuas desenterradas en los  
 » campos de la Grecia y de la Italia, que  
 » por haber estado sepultadas en el seno  
 » de la tierra, se han libertado del furor  
 » de los bárbaros. Á vista de estos ejem-  
 » plares, ¿ quién se lisonjeará de ser útil  
 » á los hombres ilustrándolos ? ¿ quién  
 » se prometerá tener todas las calidades,  
 » todas las virtudes que son necesarias  
 » en la carrera de las letras, hasta estar  
 » dispuesto á sacrificar los bienes de la  
 » fortuna y aun la propia vida ? »

« Pero, bien, me interrumpió, vos que  
 » tenéis tanta sabiduría y experiencia de  
 » las cosas, ¿ no me diréis si Virginia y  
 » yo nos casaremos algún día ? Quisiera  
 » ser sabio para conocer lo venidero. »

« ¿ Quién querría vivir, hijo mío, le  
 » contesté, si conociera lo que está por  
 » venir ? Si una sola desgracia prevista  
 » nos causa tantas inquietudes vanas, la  
 » vista de una cierta emponzoñaría todos

» los días que la precediesen. No conviene  
 » profundizar demasiado lo que nos  
 » rodea; y aun por eso el cielo, que nos  
 » da la reflexión para prever nuestras  
 » necesidades, ha dado las mismas nece-  
 » dades para que pongamos coto á  
 » nuestra reflexión. »

« Pues ¿ qué haré yo, me preguntó,  
 » para obtener riquezas, y con ellas las  
 » dignidades y distinciones que puedan  
 » hacerme acreedor á la mano de Virgi-  
 » nia, según las ideas de su parienta ?  
 » Iré á enriquecerme á Bengala y después  
 » pasaré á París á pedirla en matrimonio  
 » á su misma tía. »

« ¡ Cómo ! exclamé: ¿ tendrías entrañas  
 » para abandonar á tu madre y á la  
 » suya ? »

« Vos mismo, me replicó, me aconse-  
 » jasteis que me embarcara para la  
 » India. »

« Entonces estaba aquí Virginia, le  
 » contesté; pero en el día eres el único

» apoyo de su madre y de la tuya. »

« Virginia, me replicó, las socorrerá  
 » por medio de su parienta rica. »

« Los ricos, Pablo, le dije, solamente  
 » reconocen por parientes á los que les  
 » dan honor y timbre en el mundo. »

« ¡ Qué país tan perverso la Europa !  
 » exclamó: ¿ qué necesidad tenía Virgi-  
 » nia de ir á buscar una parienta rica ?  
 » Aquí vivía feliz y contenta, y allá sabe  
 » Dios si será desgraciada. » Y diciendo  
 esto, comenzó á llorar con la mayor  
 amargura.

Volviendo en sí al cabo de un buen  
 rato, exclamaba como si la tuviera pre-  
 sente. « Torna, torna, Virginia, al país  
 » donde has nacido; abandona tus  
 » palacios, tu fausto y tu grandeza :  
 » vuelve á estas breñas, á la sombra de  
 » estas florestas y de nuestros cocoteros :  
 » deja esos trajes de señora, y vuelve á  
 » estas cabañas engalanada con tu vestido  
 » de algodón, tu pañuelo encarnado alre-



» dedor de la cabeza, y tus flores bellas  
 » cogidas por mi mano en estas prade-  
 » ras. »

Después de estas exclamaciones quedó como enajenado y en una especie de abatimiento de ánimo que á mí mismo me hizo enternecer; y saliendo de él repentinamente como quien despierta de un sueño inquieto y turbulento, se encaró á mí, y me preguntó con aire de sorpresa:

« ¿ Qué necesidad hay de ser rico, para  
 » casarse? ¿ no bastaba que hubiera unión  
 » de voluntades, conformidad de genios  
 » y disposición en el hombre para ganar  
 » de comer con el trabajo de sus manos?  
 » ¿ En qué se ocupan los ricos? »

« En vivir en la opulencia, le respondí,  
 » sin que hagan nada la mayor parte de  
 » los que poseen muchos bienes de fortu-  
 » na. El trabajo de manos no tiene en  
 » Europa todo el aprecio que merece, y  
 » que el mismo Dios le dió cuando con-  
 » denó al hombre á vivir del sudor de su

» rostro; y aun se le da el nombre de  
 » trabajo mecánico. Conforme á este  
 » modo de pensar, los europeos suelen  
 » apreciar más á un artista que á un  
 » labrador, sin embargo de que la agri-  
 » cultura es el arte que sustenta á los  
 » hombres. No es posible que comprendas  
 » tamaña contradicción, querido Pablo,  
 » opuesta á los principios de la razón, y  
 » consecuencia forzosa de la depravación  
 » del hombre civil. Es fácil formar una  
 » idea exacta del orden, mas no del  
 » desorden: la belleza, la virtud y la  
 » felicidad tienen proporciones; la feal-  
 » dad, el vicio y la infelicidad no tienen  
 » ninguna. »

« Según eso, me interrumpió, ¿ serán  
 » muy felices los ricos, no encontrando  
 » ningún obstáculo para el logro de sus  
 » caprichos, y pudiendo colmar de gustos  
 » y satisfacciones al objeto de su cariño? »

« No por cierto, le respondí: bien  
 » lejos de eso la mayor parte de los ricos

» no gozan de ningún placer, por lo  
 » mismo que no les cuestan la menor  
 » diligencia. ¿ No has experimentado que  
 » el placer del descanso se compra con  
 » la fatiga, el de comer con el hambre,  
 » y el de beber con la sed? Pues así  
 » sucede en el de amar y ser amado, que  
 » sólo se adquiere á costa de mil priva-  
 » ciones y sacrificios. Las riquezas privan  
 » á los ricos de todos estos placeres,  
 » porque se anticipan á sus necesidades.  
 » Al disgusto, compañero de su ahito y  
 » saciedad, se agrega el orgullo que nace  
 » de su opulencia, y que la menor priva-  
 » ción incomoda, al mismo tiempo que  
 » no los mueven, ni lisonjean las mayores  
 » satisfacciones. La fragancia de mil  
 » flores no agrada más que un instante;  
 » pero el dolor que causa una de sus  
 » espinas, dura mucho tiempo después  
 » de la picadura. Un mal en medio de  
 » las delicias, es para los ricos una espina  
 » entre las flores; y por el contrario, un

» bien en medio de los males, es para  
 » los pobres una flor entre las espinas,  
 » que ellos gozan con grande ansia y  
 » deleite. La naturaleza todo lo ha contra-  
 » pesado en este mundo, y los efectos de  
 » una causa se aumentan en porporción  
 » de su contraste. ¿ Qué estado, habiendo  
 » de escoger, te parece preferible, el de  
 » temer todos los males y no tener casi  
 » ningún bien que esperar, ó el de no  
 » tener casi ningún mal y esperar todos  
 » los bienes? Pues el primero es el de los  
 » ricos, y el segundo el de los pobres. Pero  
 » los hombres con dificultad pueden sopor-  
 » tar estos extremos; y así la felicidad con-  
 » siste en un estado de medianía y de vir-  
 » tud; el tuyo es de esta clase, pues man-  
 » tienes á tus padres con el trabajo de tus  
 » manos, por agradar á Dios únicamente.»

Con estas ideas quedaba tan complacido  
 y sosegado, que ya daba por hecho el  
 regreso de Virginia, y disculpaba su  
 dilación en escribir, suponiéndola ya en



camino para la isla. La vuelta le parecía que podría verificarse en poco tiempo con un viento fresco, y contaba las naves que habían hecho la travesía de tres mil y quinientas leguas de Europa á aquí, en menos de tres meses : ponderaba lo adelantado que estaba en este siglo el arte de la navegación, y la destreza de los marineros : hablaba de las disposiciones que iba á tomar para recibirla, y de la nueva cabaña que pensaba construir para habitación de los dos : me decía que en llegando Virginia rica y poderosa, ya podía yo vivir descansado y sin trabajar, sino para mi recreo, pues con su dinero compraría muchos negros que cultivarían la tierra para todos nosotros; y viviríamos juntos, sin tener yo otra cosa en qué pensar, más que en divertirme y recrearme á mi gusto. Y fuera de sí de contento con estas esperanzas, iba á comunicar á su familia la alegría de que estaba penetrado su corazón. En esta vida, los grandes temores

sucedan de un instante á otro á las grandes esperanzas, y las pasiones violentas ponen siempre al alma en extremos opuestos. Regularmente volvía Pablo al día siguiente á mi cabaña sumamente triste y pensativo, y me decía : « Virginia » no me escribe : si se hubiera embarcado » para esta isla, me hubiera avisado de » antemano el día de su partida de Euro- » pa. ¡ Ah, demasiado fundadas son las » noticias que han corrido ! Sin duda la » ha casado su tía con un gran señor, y » el amor de las riquezas la ha perdido á » ella, como á otras muchas. En estos li- » bros que pintan tan al vivo á las muje- » res europeas, la virtud no es más que un » asunto de novela. Si Virginia hubiera » sido virtuosa, no hubiera abandonado » á su propia madre y á todos nosotros. » Mientras yo paso la vida pensando en » su venida, y me afligo por su ausencia, » ella se divierte y me olvida. ¡ Ay de mí ! » ¡ este pensamiento me trastorna el jui-

» cio! Todo trabajo me fastidia, y la con-  
 » versación y trato con las gentes me es eno-  
 » joso. ¡ Ojalá se declarase la guerra en la



» India, para ir á exponer mi vida en ella!»  
 « Hijo mío, le contesté yo, el valor  
 » que nos lleva á la muerte, no es más  
 » que el valor de un instante comun-  
 » mente excitado por los vanos aplausos  
 » de los hombres. Otro hay más raro y  
 » necesario, que nos hace sobrellevar sin  
 » testigos ni aplausos los males ordina-

» rios de la vida: la paciencia, quiero de-  
 » cir. Ésta se funda, no en la opinión de  
 » otros, ó en el frenético furor de nuestras  
 » pasiones, sino en la conformidad con  
 » la voluntad de Dios. La paciencia, que-  
 » rido Pablo, es el valor de la virtud. »  
 « ¡ Ay de mí! exclamó á esto; ¡ con-  
 » que tampoco tengo virtud! todo con-  
 » tribuye á afligirme y llenarme de  
 » desesperación. »  
 » La virtud, le interrumpí, siempre  
 » igual, siempre constante é invariable,  
 » no es el patrimonio del hombre después  
 » de la caída original. En medio de  
 » tantas pasiones como nos agitan,  
 » nuestra razón se perturba y obscurece  
 » muchas veces; pero hay dos fanales  
 » donde podemos encender su antorcha:  
 » la religión y las letras. La religión,  
 » hijo mío, nos enseña á dirigirnos á Dios  
 » en nuestras aflicciones, y esperar de su  
 » mano el remedio por medio de la con-  
 » formidad y paciencia cristianas, que él



» mismo nos recomienda en su evangelio.  
 » Las letras son un don del cielo, y  
 » como un destello de aquella sabiduría  
 » que gobierna el universo : semejantes  
 » á los rayos del Sol, iluminan, alegran  
 » y calientan, y á manera de un fuego  
 » divino; y á imitación del fuego, hacen  
 » servir toda la naturaleza para nuestros  
 » usos. Por ellas reunimos alrededor de  
 » nosotros las cosas, los lugares, los  
 » hombres y los tiempos : ellas son las  
 » que nos enseñan á conformarnos á las  
 » reglas de la vida humana, las que  
 » calman las pasiones, reprimen los vi-  
 » cios y excitan á las virtudes por medio  
 » de los augustos ejemplos de los héroes,  
 » cuyas acciones celebran presentándonos  
 » la imagen y memoria de sus virtudes,  
 » siempre en veneración y acatamiento.  
 » En suma son las hijas del cielo que  
 » bajan á la tierra, para dulcificar los  
 » males del género humano; y en los  
 » tiempos de la mayor barbarie y depra-

» vación, siempre han aparecido grandes  
 » escritores inspirados por ellas para  
 » consuelo de sus semejantes. Las letras  
 » han consolado á una infinidad de hom-  
 » bres más desgraciados que tú; á Jeno-  
 » fonte desterrado de su patria, después  
 » de haber conducido á ella diez mil grie-  
 » gos victoriosos; á Escipión el Africano,  
 » cansado de las calumnias de los romanos;  
 » á Lúculo, de sus partidos é intrigas;  
 » á Calinat, de la ingratitude de su corte.  
 » Lee, pues, hijo mío. Los sabios que  
 » han escrito de nosotros, son como  
 » viajeros que habiéndonos precedido en  
 » las sendas del infortunio, nos alargan  
 » la mano, y nos convidan á que nos  
 » unamos á ellos, cuando todo nos  
 » abandona. Un buen libro es un buen  
 » amigo, cuya función augusta de hacer  
 » que resplandezca la virtud escondida,  
 » de consolar á los desgraciados, ilumi-  
 » nar al mundo, y decir la verdad á todos  
 » sin distinción, es siempre digna de su

» celestial origen, y el destino más  
 » sublime con que el cielo puede hon-  
 » rar á un mortal sobre la tierra.  
 » ¿ Qué hombre habrá que no se consuele  
 » de la injusticia ó desprecio de los que  
 » disponen á su arbitrio de la fortuna,  
 » cuando considere que sus obras irán  
 » de siglo en siglo y de nación en nación,  
 » para servir de barrera al error y á la  
 » corrupción de los mortales; y que del  
 » seno mismo de la obscuridad en que ha  
 » vivido, resaltará una gloria que borrará  
 » la de la mayor parte de los poderosos  
 » de la tierra, cuyos monumentos pere-  
 » cen en el olvido, á pesar de los adu-  
 » ladores que los elevan y ponderan ? »

Me oyó Pablo con toda la atención que yo deseaba, aunque daba de cuando en cuando tristes y profundos suspiros; y conociendo yo, que el continuar hablando seriamente de semejante asunto sería inhabilitarle cada vez más para que se dedicara al cultivo del campo, le distraje

todo lo posible, diciéndole, que cuando volviese Virginia extrañaría mucho no hallar el jardín bien cuidado, siendo así que ella no había pensado más que en hermostearle, á pesar de las persecuciones de su familia.

Este ardid y la idea del próximo regreso de Virginia, renovaron el valor de Pablo, y le estimularon á entregarse á sus ocupaciones campestres, las cuales divertían sus penas representándole el objeto de su pasión, como el término inmediato de sus fatigas; y mientras conservaba esta ilusión, era feliz trabajando.





## CAPÍTULO V.

Levantándose, pues, una mañana al rayar el alba, que era el 24 de Diciembre de 1744, vió tremolar una bandera blanca sobre la montaña de la Atalaya; lo cual era señal de que se descubría una embarcación en el mar, é inmediatamente que la avistó, corrió al puerto para saber si traía alguna noticia de Virginia. El práctico, que según costumbre, había ido á reconocer el buque, no volvió hasta por la tarde, y habiéndole esperado Pablo, supo que el navío señalado era *el San Gerando*, de porte de 700 toneladas, mandado por un capitán llamado M. Aubín; que estaba cuatro leguas mar adentro, y no fondearía en Puerto-Luis hasta el día siguiente por la tarde, si el viento soplaba favorable, pues á la sazón

reinaba una profunda calma. Entregó el práctico al gobernador las cartas que traía de Francia *el San Gerando*, entre las cuales había una con el sobre para madama de La Tour, de letra de Virginia. Apoderóse Pablo de ella al instante, besóla con una especie de enajenamiento, metiéndola en el seno, y corrió á la posesión sin detenerse un minuto; y desde lo más lejos que pudo avistar á los suyos, que le estaban esperando sobre el peñasco de la Despedida, levantó la carta en alto sin poder articular palabra.

Virginia decía en resumen á su madre, en dicha carta, « que había experimentado » muy malos tratamientos de parte de su » tía, la cual después de haberla querido » casar contra su voluntad, la había » desheredado por último, echándola de » casa en un tiempo en que no se podía » aportar á la isla de Francia, sino en la » estación de los huracanes; que ella » había procurado, aunque en balde,

» ablandar su dureza, representándole lo  
 » que debía á su madre, y á los dulces  
 » recuerdos de la niñez; pero que la tía  
 » la había tratado de loca y mentecata,  
 » añadiendo que tenía la cabeza perversa,  
 » con las novelas. Finalmente,  
 » concluía la carta diciendo, que á la  
 » sazón nada le interesaba tanto como la  
 » dicha de volver á ver y abrazar á su  
 » amada familia, cuyo ardiente deseo  
 » hubiera satisfecho aquel mismo día, si  
 » el capitán la hubiera permitido tras-  
 » bordarse á la lancha del práctico; pero  
 » que se había opuesto á ello, á causa de  
 » la distancia de la tierra y de la  
 » marejada, que no obstante la calma,  
 » comenzaba á correr en alta mar. »

Leída que fué esta carta, toda la familia  
 enajenada de gozo, comenzó á gritar :  
 « ; Conque ha llegado Virginia ! ; ha  
 » llegado Virginia ! » Y dándose mutuos  
 abrazos amos y criados, dispuso madama  
 de La Tour, que fuera Pablo á darme

parte sin tardanza de la venida de su  
 hija. En efecto, encendió Domingo una  
 hacha de viento, y se encaminaron los  
 dos á mi posesión.

Serían como las diez de la noche  
 cuando llegaron, á tiempo que yo aca-  
 baba de apagar la luz y acostarme; pero  
 al punto percibí á lo lejos el resplandor  
 del hacha por entre las rendijas de mi  
 cabaña, y de allí á poco oí la voz de  
 Pablo que me llamaba. Apenas me había  
 levantado y vestido, cuando Pablo, sin  
 aliento y fuera de sí, se me echó al cuello  
 diciendo : « Vamos, vamos, que ha  
 » llegado Virginia, vamos á prisa al  
 » puerto, donde fondeará la embarcación  
 » al apuntar el día. »

Inmediatamente nos pusimos en ca-  
 mino; y como atravesásemos el bosque  
 de la Montaña Larga, para tomar el  
 camino que va de las Pamplenas al  
 puerto, sentí pasos detras de mí, y vol-  
 viendo la cabeza, vi que era un negro que



venía hacia nosotros en mucha diligencia. Habiéndole preguntado ¿adónde iba con aquella apresuración? nos respondió, que le enviaban desde la punta de la isla, llamada los Polvos de Oro, á dar parte al gobernador de que un navío francés había anclado en la ensenada de la isla de Ámbar, y tiraba cañonazos pidiendo socorro, porque el mar estaba bastante alterado. Y sin detenerse más, prosiguió su camino con la misma celeridad.

Yo entonces mudé de dirección, y dije á Pablo que nos encamináramos á la punta de los Polvos de Oro distante de allí poco más de tres leguas, para salir al encuentro á Virginia; y en efecto, echamos á andar los tres hacia la parte del norte de la isla.

Hacia un calor bochornoso é inaguantable; y la Luna, que acababa de salir, tenía en rededor tres cercos negros. El cielo presentaba un aspecto triste y horroroso; y al continuo resplandor de

los relámpagos, se distinguían largas hileras de nubarrones espesos, negros y poco elevados, que se apiñaban hacia el centro de la isla, y venían de la parte del mar con extraña velocidad, aunque no se sentía en la tierra el menor aire. Yendo nosotros caminando nos pareció que oíamos tronar de cuando en cuando; conocimos que eran cañonazos á lo lejos, y el aspecto de un cielo tempestuoso, me llenaron de horror, no quedándome ya duda de que eran señales de socorro de alguna embarcación que naufragaba. De allí á media hora ya no oímos más cañonazos; y aquel silencio me pareció mucho más espantoso, que el lúgubre estruendo que le había precedido.

Nosotros acelerábamos el paso sin hablar palabra ni atrevernos á comunicarnos mutuamente nuestra zozobra; y á las doce de la noche, poco más ó menos, llegamos muy sudados á la ribera del mar, donde está la punta de los Polvos

de Oro. Las olas se estrellaban en la playa con horroroso estrépito, cubriendo las rocas y arrecifes de una espuma tan blanca que deslumbraba la vista, y despidiendo de sí chispas de fuego; de modo que en medio de las tinieblas distinguimos á favor de tantos fuegos fosfóricos, las piraguas de los pescadores retiradas por ellos tierra adentro.

A poca distancia vimos una hoguera en el bosque, alrededor de la cual se había juntado mucha gente, y nosotros fuimos á descansar allí mientras llegaba el día. Estando sentados cerca de la lumbre, nos contó uno de los concurrentes, que después de mediodía había visto en alta mar una embarcación, arrastrada por las corrientes hacia la isla, y que la obscuridad de la noche se la había ocultado por algún tiempo; que dos horas después de puesto el sol había oído cañonazos en demanda de socorro; pero que estaba el mar tan alborotado, que

ninguna lancha había podido salir del puerto: que de allí á poco le pareció que había visto encendidos los faroles de la nave, en cuyo caso me temo (decía él) que atraída por la corriente sobre la costa, se haya metido entre la tierra y la isleta del Ámbar, equivocando ésta con la punta de Mira, por donde pasan las embarcaciones que arriban á Puerto-Luis; y que si sus sospechas eran fundadas, lo que sin embargo no podía asegurar, el buque corría el mayor riesgo.

Tomó otro la palabra, y dijo que había atravesado muchas veces el canal que separa la isleta del Ámbar de la costa, y aun le había sondeado; y que teniendo un anclaje excelente, estaba libre el buque de peligro, y tan seguro como en el mejor puerto: « Yo depositaría en él, añadió, todo cuanto tengo, » dormiría á bordo con tanto sosiego » como en tierra. »

El tercero dijo que era imposible que



aquel buque hubiese entrado en el canal, donde apenas podían navegar las chalupas; y aseguró que le había visto dar fondo de la parte de allá de la isleta del Ámbar; de suerte que si se levantaba viento por la mañana, podría hacerse á la mar, ó tomar puerto como quisiese. Otros de la comitiva fueron de diferentes dictámenes, y mientras que altercaban entre sí, según la costumbre de los criollos ociosos, guardábamos Pablo y yo un profundo silencio.

Permanecemos allí hasta la punta del día. Pero el cielo estaba tan obscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos descubrir en él ningún objeto, y sólo columbramos á lo largo como una nube opaca, que nos dijeron era la isleta del Ámbar, situada á un cuarto de legua de la costa. En suma, el día era tan tenebroso, que no se percibía más que el extremo de la playa, donde nosotros estábamos, y algunos picachos de las

montañas de la isla, los cuales se dejaban ver de cuando en cuando por entre las nubes que giraban sin cesar en torno de ellos.

Á eso de las siete de la mañana, oímos en el bosque ruido de tambores, y de allí á poco vimos venir á caballo al gobernador M. de la Bourdonnais, con un destacamento de tropa armada, y seguido de un gran número de criollos y negros, y colocando á los soldados en la playa, les mandó hacer una descarga general de fusilería. Apenas se hizo la descarga, cuando advertimos en el mar una llamarada, seguida inmediatamente de un cañonazo, lo que nos hizo juzgar que el buque estaba á corta distancia de nosotros. Corrimos todos velozmente hacia el paraje donde se había oído el cañonazo, y descubrimos, por entre la niebla, el casco y arboladura de un gran navío, del cual estábamos tan cercanos, que, sin embargo del ruido de las olas,

oímos el pito del contramaestre, que mandaba la maniobra, y las voces de la tripulación, que gritó por tres veces : ¡ Viva el rey ! porque este es el grito de los franceses en los mayores apuros, igualmente que en los grandes regocijos.

Desde el punto que el navío *San Gerardo* nos vió en situación de poderle socorrer, no cesó de disparar cañonazos de tres en tres minutos. M. de la Bourdonnais hizo encender grandes hogueras de trecho en trecho por toda la playa, y envió á buscar á casa de todos los colonos de las inmediaciones, víveres, tablones, cables y toneles vacíos. Bien pronto vimos llegar una multitud de ellos acompañados de sus negros, con provisiones, y otros utensilios de esta naturaleza, que venían de las habitaciones de los Polvos de Oro, del arrabal del Frasco y del río del Baluarte.

Acercóse en esto uno de los más ancianos al gobernador, y le dijo : « Señor gobernador, toda la noche se ha oído

» un ruido sordo en las montañas : las  
 » hojas de los árboles se menean en los  
 » bosques, sin que se sienta ningún  
 » viento, las aves marítimas se refugian  
 » á la tierra : sin duda que todas estas  
 » señales anuncian un huracán. »

« ¡ Cómo ha de ser ! respondió el  
 » gobernador : venga lo que Dios quiera,  
 » que á todo estamos dispuestos, y los  
 » del navío también lo estarán por su  
 » parte. »

En efecto, todo presagiaba la próxima explosión de un huracán. Las nubes que se distinguían en el zenit, eran en su centro de un negro horrible, y de color de cobre en la circunferencia; y el aire resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos y de una infinidad de aves marítimas, que, á pesar de la obscuridad de la atmósfera, llegaban de todos los puntos del horizonte, á buscar asilo en la isla.

Cerca de las nueve de la mañana se



oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes de agua, acompañados de truenos, se despeñasen de la cima de las montañas. Todos gritaron á una voz: « ¡ El huracán ! ¡ el huracán ! » é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento dispó la niebla que cubría la isleta del Ámbar y su canal.

Descubrióse entonces claramente *el San Gerando*, con toda su tripulación encima de cubierta, bajadas las vergas y masteleros de las gavias, su pabellón ondeante y hecho jiras, con cuatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta del Ámbar y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circundan la Isla de Francia, por cuyo paraje ningún otro navío había pasado hasta entonces. Presentaba la proa á las olas que venían de mar á dentro, y á cada montaña de agua que entraba en el canal, se levantaba su proa de tal forma, que se descubría toda la

quilla; y zabulléndose con este movimiento la popa, desaparecía á nuestra vista hasta las galerías, como si hubiera sido sumergida en las aguas. En esta posición en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde había entrado, ó barar, picando cables, en la playa, de la cual estaba separado por grandes arrecifes. Cada ola que venía á estrellarse contra la costa, se adelantaba bramando hasta las rías y ensenadas de las inmediaciones, llevando los guijarros más de cincuenta pies tierra adentro; y retirándose después, dejaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacía rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar sublevado por el viento se embravecía por instantes, y todo el canal comprendido entre la isleta del Ámbar y esta isla, no era más que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas; aquellas

espumas se apiñaban en los recodos de las ensenadas hasta la altura de más de seis pies, y el viento, que barría su superficie, las llevaba por encima del repecho de la playa, á las tierras apartadas más de media legua de ella. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados horizontalmente hasta la falda de los montes, cualquiera diría que era una nevada que salía del mar. El horizonte ofrecía todas las señales de una tempestad duradera, y el mar parecía que estaba confundido con el cielo. Continuamente se veían desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesaban el zenit con la velocidad de las aves, mientras que otras permanecían inmóviles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningún lado se descubría el azul del firmamento, y sólo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una luz fúnebre y parada.

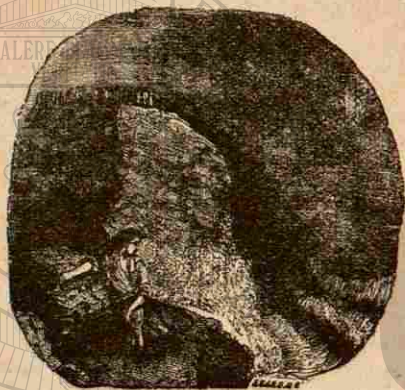
Con los terribles balances del navío,

sucedió lo que se temía. Faltáronle los cables de proa; y como quedó á una sola ancla, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la playa. No se oyó entonces más que un grito general de dolor entre nosotros. Á este tiempo iba Pablo á arrojarse al mar, cuando le detuve por el brazo, y le dije: « Hijo mío, ¿ quieres ir á perecer ? » Á lo que exclamó: « ¡ Muera yo mil veces antes que dejar de ir á socorrerla ! »

Como el sentimiento le privaba de la razón, discurrimos Domingo y yo, para evitar su muerte, atarle á la cintura una soga larga y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entonces Pablo hacia *el San Gerando*, nadando unas veces, y yendo otras á gatas por los peñascos, hasta tener en varias ocasiones valor para llegar á su bordo, pues el mar en aquellos movimientos irregulares, dejaba el navío casi en seco, de modo que se podía andar á pie todo alrededor:



de él. Pero volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, la cubría de enormes rollos de agua, que levantando hasta las nubes la proa del buque, arroja-



ban mucho más acá de la ribera al infelice Pablo, con las piernas todas ensangrentadas, magullado el pecho y casi sin aliento.

Apenas recobraba el miserable joven el uso de los sentidos, cuando se levantaba y volvía con nueva intrepidez hacia el navío, que los golpes de mar iban

abriendo por instantes con horribles crujidos. Toda la tripulación desauiciada ya de poder salvar la vida en el buque, se precipitaba en tropel al mar, los unos en los gallineros, los otros en las vergas; y la mayor parte en toneles y tablones.

Vióse entonces el objeto más digno de eterna compasión, que fué presentarse en la galería de popa *del San Gerando*, una joven con los brazos tendidos hacia aquel que hacía tantos esfuerzos por llegar á ella. Esta joven era la infeliz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo.

La vista de esta amable criatura, expuesta á tan inminente peligro, acabó de consternar á todos los espectadores, particularmente cuando advertimos que nos hacía señal con la mano, aunque con cierto aire de nobleza y tranquilidad, como diciéndonos, adiós para siempre. Todos los marineros se habían echado al agua, menos uno que se conocía inten-

taba persuadirla á que se desnudara y salvara la vida por este medio, arrojándose con él al mar; mas ella resistiéndolo con dignidad, levantó los ojos al cielo y huyó de allí. Gritaron entonces todos los concurrentes: « ¡ Sálvala, sálvala; no la desampares! » Pero en aquel mismo instante, una montaña de agua se introdujo entre la isleta del Ámbar y la costa, y se balanceó bramando hacia el navío, al cual amenazaba con sus flancos negros y sus cimas espumosas y encrespadas. A tan terrible aspecto el marinero se arrojó solo al mar; y Virginia, viendo la muerte inevitable, se ciñó con una mano los zagalejos, puso la otra sobre el corazón, y levantando al cielo sus ojos serenos, se mostró como un ángel que remonta su vuelo hacia el empuero.

¡ Oh, día espantoso! ¡ ay de mí! todo fué sumergido. La ola hizo retirar muy tierra adentro á una parte de los espectadores, que por un sentimiento de huma-

nidad se habian acercado á socorrer á Virginia, igualmente que al marinero que la quiso salvar á nado. Aquel hombre



caritativo, viéndose libertado de una muerte casi cierta, se arrodilló en la



arena, y exclamó: « ¡ Oh, Dios mío ! vos  
 » me habéis salvado la vida; pero la  
 » hubiera dado muy contento por esta  
 » modesta y virtuosa doncella que jamás  
 » ha querido desnudarse como yo. »

Domingo y yo retiramos de las aguas al desgraciado Pablo, privado de sentido, y arrojando sangre por boca y oídos. El gobernador mandó entregarle á los cirujanos; y entretanto nos pusimos á buscar por toda la playa el cuerpo de Virginia. Pero cambiándose repentinamente el viento como sucede de ordinario en los huracanes, tuvimos el dolor de creer que ni aun podríamos tributar á esta malograda joven los últimos honores de la sepultura. Con esta zozobra nos alejamos de aquel sitio llenos de la mayor consternación y pena, no sólo nosotros, sino todos los que fueron testigos de un naufragio tan lastimoso, en que perecieron muchas personas, y particularmente una muchacha como Virginia, digna de mejor

suerte por sus virtudes. Pero los decretos ocultos de la Providencia son siempre adorables para el hombre religioso.

En este intermedio fuimos á ver á Pablo que ya empezaba á recobrar el uso de los sentidos en una habitación inmediata, donde le depositaron mientras volvía en sí, y se ponía en estado de ser conducido á la de su madre. Pero yo tuve que volverme desde allí con Domingo, á fin de preparar á la madre de Virginia y á su amiga, á recibir la primera noticia de un fracaso tan inesperado como infausto.

Cuando llegamos á la entrada del valle del río de los Lataneros, nos dijeron unos negros que el mar arrojaba muchos despojos del *San Gerando* en la playa de enfrente. Bajamos al instante á ella y uno de los primeros objetos que descubrí en la ribera, fué el cuerpo de Virginia medio enterrado en la arena, y en la misma actitud en que acabábamos de verla perecer. Sus facciones no estaban

sensiblemente alteradas: los ojos los tenía cerrados, aunque resaltaba todavía en su frente la serenidad, y solamente se veían confundidas en sus mejillas las pálidas violetas de la muerte, con las rosas del pudor. Tenía una mano sobre su ropa y la otra sobre el corazón; pero tan fuertemente apretados los dedos, que me costó mucho trabajo quitarle una cajita que tenía en ella. Mas; cuál fué mi sorpresa cuando vi que era el retrato de Pablo, á quien había prometido no desprenderse de él hasta la muerte! Con este último testimonio de la constancia y amor de la infeliz Virginia, lloré amargamente; y Domingo golpeándose el pecho, penetraba el aire con dolorosos ayes. Llevamos el cadáver á una choza de pescadores, y se lo dimos á guardar entretanto á unas pobres mujeres de la costa de Malabar, que cuidaron de lavarle.

Mientras ellas se ocupaban en tan triste ministerio, subimos nosotros tem-

blando á la cabaña de madama de La Tour, á quien encontramos rezando con Margarita, y esperando noticias del San



*Gerando.* Luego que me avistó madama de La Tour exclamó: « ¿Dónde está mi » hija, la hija querida de mis entrañas? » « ¿dónde está mi Virginia? » Y no pudiendo dudar de su desgracia, por mi silencio y mis lágrimas, le asaltó repentinamente una mortal congoja, que



embargándole la voz, no le permitía más que sollozar. Margarita exclamó al mismo tiempo: « ¿Dónde está mi hijo? ¡yo no veo á mi hijo! » y en esto se acongojó. Corrimos á socorrerla y habiendo contribuido por nuestra parte á que volviera en sí, la aseguré que Pablo vivía, y quedaba al cuidado del gobernador con cuya noticia recuperó sus sentidos, y sólo se ocupó en la asistencia de su amiga, á quien asaltaban largas congojas. Por fin, madama de La Tour pasó toda la noche en aquellas crueles agonías, que por su mucha duración me acabaron de confirmar que no hay dolor igual al dolor materno. Cuando recobraba el conocimiento, fijaba sus ojos turbios y desconsolados en el cielo; y por más que su amiga y yo la apretábamos las manos entre las nuestras, dándola los nombres más cariñosos y tiernos, se mostraba insensible á estos testimonios de nuestra antigua amistad, y sólo salían

de su pecho oprimido sordos gemidos. Por la mañana fué conducido Pablo á la habitación de su madre, recuperados



ya sus sentidos, aunque sin poder preferir una palabra. La primera vista con su madre y madama de La Tour, que tanto temía yo al principio, produjo mejor efecto que todas las precauciones tomadas por mí hasta entonces. Un rayo de consuelo se dejó ver en los semblantes de

aquellas infelices madres, las cuales arrojándose á él, le besaron y dieron muchos abrazos comenzando á correr abundantemente sus lágrimas, que el exceso del dolor había tenido embargadas hasta aquel momento. No tardó Pablo en mezclar las suyas con las de ellas; y habiéndose desahogado así la naturaleza en aquellas tres víctimas de desgracia, un largo sopor sucedió al estado convulsivo de su pena, y les proporcionó una especie de reposo letárgico, semejante en cierto modo al de la muerte.

M. de la Bourdonnais me envió á decir reservadamente, que el cuerpo de Virginia había sido conducido por orden suya á Puerto-Luis, desde donde pensaba trasladarlo á la iglesia de las Pamplemusas. Bajé al instante al puerto, donde hallé congregados colonos de todos los puntos de la isla para asistir al entierro, como si todo el país hubiera perdido la prenda de más subido precio. Las naves de la

había con la vergas cruzadas, y los pabellones tremolantes disparaban cañonazos de tiempo en tiempo, los granaderos abrían el camino del acompañamiento lúgubre con los fusiles á la funerala: sus tambores, cubiertos de arriba abajo de crespón negro, sonaban sorda y melancólicamente, y se veía retratada la imagen de la tristeza en los semblantes de aquellos guerreros, que tantas veces habían arrostrado la muerte en la pelea, sin inmutárseles el color. Ocho doncellas de las más principales de la isla, vestidas de blanco y con palmas en las manos, llevaban el cuerpo de su virtuosa compañera cubierto de flores. Seguías un coro de niños que entonaban himnos y cánticos de alabanzas; y en pos de ellos iban las gentes más distinguidas de la isla, y el estado mayor de la plaza, presidido por el gobernador que cerraba el acompañamiento, con una infinidad de personas del pueblo. Esto fué lo que el gobernador dispuso



para tributar los debidos honores á la virtud de Virginia; pero cuando llegaron con el cuerpo al pie de esta montaña, y á la vista de estas cabañas (que tanto tiempo había hecho felices con su presencia, y ahora después de su muerte causan mi mayor tormento), toda la pompa fúnebre se desordenó: los himnos y cánticos cesaron repentinamente, y no se oía más que los gritos y lamentos de todos los concurrentes. Las madres pedían á Dios una hija como ella; las hijas una modestia y obediencia igual á la suya; los pobres una amiga tan tierna; los esclavos una ama tan bondadosa y benéfica: finalmente todos, todos, jóvenes, ancianos, padres é hijos, ricos y pobres, grandes y pequeños lloraban sobre su féretro la suerte de Virginia.

Cuando llegó al lugar de su sepultura, las negras de Madagascar y las cafres de Mozambique, presentaron en su entierro canastillos de frutas, y colgaron de los

árboles cercanos telas y estofas de diferentes géneros, según la costumbre de su país; y las indias de Bengala y de la costa de Malabar, llevaron jaulas con muchos y diversos pajarillos, á los cuales dieron libertad sobre la misma tumba de Virginia. ¡Cuán cierto es que todas las naciones se interesan en rendir homenaje á la virtud desgraciada, reuniéndose de común acuerdo alrededor de su sepulcro!

Fué enterrada cerca de la iglesia de las Pamplermusas, al pie de un grupo de bambúes, donde gustaba descansar, sentada al lado de aquel que ella llamaba hermano, cuando iba á misa con su madre y Margarita.

Acabada la pompa fúnebre, M. de la Bourdonmais subió á estas cabañas, acompañado de una parte de su numerosa comitiva, y ofreció á madama de La Tour y á su amiga todos los auxilios que estuviesen de su parte, expresándoles en breves, pero enérgicas palabras, la indig-

nación que le había causado el proceder de su inhumana tía. Después se dirigió á Pablo y le dijo cuanto juzgó más oportuno para consolarle en tan lastimosa situación. Y animándole á que se embarcara cuanto antes para Francia, donde le prometía toda su protección en la corte, y cuidar entretanto de su madre, como de la suya misma, le alargó la mano de amigo; mas Pablo retiró la suya, y volvió la cara á otro lado por no mirarle.

Yo, pues, en semejantes circunstancias determiné quedarme para hacer compañía á mis desgraciadas amigas, y darles, igualmente que á Pablo, todos los consuelos que me fuesen posibles. Pasadas tres semanas se halló Pablo en estado de poder andar; pero parecía que se aumentaba su tristeza á medida que su cuerpo iba adquiriendo vigor. Mostrábase insensible á todo; sus ojos estaban amortiguados, y no respondía á nada de lo que se le preguntaba. Madama de La

Tour, más muerta que viva, le decía muchas veces: « Hijo mío, jamás te veo » que no me parezca ver á mi amada » Virginia. » Al oír Pablo el nombre de Virginia se estremecía y se alejaba de ella á pesar de las voces é instancias de su madre para que no se apartara de allí, y encaminándose al jardín se sentaba al pie del cocotero de Virginia, y fijaba los ojos en su fuente.

El cirujano del gobernador, que con el mayor esmero le había asistido, nos dijo un día, que para quitarle la negra melancolía que le atormentaba, era necesario dejarle hacer todo lo que quisiera, sin contradecirle en nada; y que éste era el único medio que había de vencer el silencio en que se obstinaba: cuyo consejo resolví seguir en lo sucesivo.

En efecto, luego que Pablo se sintió más restablecido, lo primero que hizo fué alejarse de la posesión; mas como yo no le perdía de vista, le fui siguiendo, y



dije á Domingo que nos acompañara y llevara provisiones para algunos días. Á medida que Pablo bajaba esta montaña, parecía que renacían sus fuerzas y alegría. Tomó desde luego el camino de las Pamplemusas, y cuando llegamos cerca de la iglesia y del grupo de bambúes, se fué en derechura al paraje donde vió la tierra recientemente movida: arrodillóse allí, y levantando los ojos al cielo, hizo una larga oración.

Este paso me pareció de muy buen agüero para el recobro de su razón, pues semejante señal de confianza en el Ser supremo, manifestaba que su alma comenzaba á recuperar el ejercicio de sus funciones naturales. Domingo y yo nos arrodillamos, á ejemplo suyo, y oramos con él; después se levantó y se encaminó hacia la parte del norte de la isla, sin hacer mucho caso de nosotros. Como yo estaba cierto de que ignoraba dónde se había depositado el cadáver de

Virginia, y aun si le habían sacado del mar, le pregunté ¿por qué había ido á rezar al pie de los bambúes? y me respondió suspirando: « ¡Hemos estado » allí tantas veces Virginia y yo! »

Continuó caminando hasta la entrada del bosque, donde nos cogió la noche. Allí le excité con mi ejemplo á tomar un poco de alimento, y después nos recostamos sobre la hierba al pie de un árbol, persuadido yo de que al día siguiente resolvería volverse á casa. En efecto, luego que amaneció, estuvo mirando bastante tiempo hacia la llanura de la iglesia de las Pamplemusas, y aun hizo algunos movimientos como para retroceder; pero de allí á un instante se internó repentinamente en el bosque, dirigiendo siempre sus pasos hacia el norte. Conociendo yo su intención, procuré distraerle de ella; pero fueron inútiles mis esfuerzos. Llegamos finalmente cerca de mediodía á la punta de los Polvos de

Oro, y bajó precipitadamente á la playa del mar, enfrente del paraje donde naufragó *el San Gerardo*, y á vista de la isleta del Ámbar y de su canal, entonces terso y apacible como un cristal, exclamó: « ¡Virginia! ¡amada Virginia!» y en esto se desmayó.

Domingo y yo le condujimos en hombros á lo interior del bosque, donde nos vimos muy apurados para hacerle volver en sí; y habiéndolo conseguido, se empeñó de nuevo en volver á las orillas del mar, hasta que habiéndole suplicado que no renovara nuestro dolor y el suyo con tan crueles memorias, tomó otra dirección. Finalmente, por espacio de ocho días, no cesó de andar de una parte á otra, recorriendo uno por uno los lugares donde había estado con la compañera de su infancia; la senda por donde había ido á pedir el perdón para la esclava de Río Negro; las márgenes del río de los Tres Pechos, donde Virginia se sentó

por no poder andar, y la parte del bosque donde los dos se extraviaron. Todos los sitios que le recordaban las inquietudes, los entretenimientos, los banquetes, la beneficencia de su querida Virginia; el río de la Montaña Larga, mi cabaña, la cascada inmediata, el papayo plantado por su mano, los cruceros de la floresta donde ella se complacía en cantar, la era ó explanada inmediata á su casa donde gustaba correr: todos estos sitios, repito, le hicieron derramar sucesivamente lágrimas de aflicción; y los mismos ecos que tantas veces habían resonado con los gritos comunes de su mutua alegría, no repetían entonces más que estos acentos doloridos: « ¡Virginia!... ¡amada Virginia!»

Con aquella vida errante y salvaje, se le hundieron los ojos, cubrió su rostro una mortal palidez, y su salud se deterioró considerablemente. Persuadido yo de que el sentimiento de los males pre-



sentes se duplica con el recuerdo de los placeres pasados, y que las pasiones crecen y se fortifican con la soledad, resolví apartar á mi infeliz amigo de los lugares que renovaban la memoria de la pérdida de la prenda de su amor, y trasladarle á otro paraje de la isla, donde encontrase más distracción y variedad de objetos.

Á este efecto le llevé á las alturas habitadas del distrito llamado de Williams, donde no había estado nunca, y en cuya parte de la isla, la agricultura y el comercio estaban á la sazón en su mayor auge y actividad; pues por todas partes había cuadrillas de carpinteros que cortaban maderas, y otros que las serraban en tablones; carretas que iban y venían de una parte á otra, por todos sus caminos; grandes manadas de bueyes y de caballos, que pastaban en su fértil campiña; y una infinidad de casas distribuidas por los campos. Por otro lado, la elevación del suelo permite plantar allí

en muchos parajes, diversas especies de vegetales de la Europa; y se veían aquí y allí mieses doradas en la llanura, verdes tapetes de fresales en los descampados de los bosques, y á lo largo de los caminos setos de rosales. Además de esto, la frescura del aire que allí se respira, dando tensión á los nervios, es, por consiguiente, favorable á la salud, aun de los mismos blancos.

Desde aquellas alturas, situadas casi en el centro de la isla, y rodeadas de grandes bosques, no se descubre ni el mar, ni Puerto-Luis, ni la iglesia de las Pamplemusas, ni otro objeto que pudiera excitar en Pablo la memoria de Virginia. Las mismas montañas que se presentan á la vista en diferentes graduaciones por el lado de Puerto-Luis, no ofrecen miradas desde las llanuras de Williams más que un promontorio en línea recta y perpendicular, en el cual sobresalen varios picachos muy elevados, donde se apiñan las nubes.

Á aquellas llanuras, pues, conduje yo á Pablo, trayéndole en continuo movimiento de una parte á otra, de noche y de día, al agua y al sol, y aun extraviándole de propósito en los bosques, prados y campos, con el fin de distraer su ánimo con la fatiga del cuerpo, y de hacerle muda de reflexiones con la ignorancia del lugar donde nos hallábamos, y del camino que habíamos perdido. Pero el alma de un amante encuentra en todas partes los vestigios del objeto amado: la noche y el día, el bullicio y la soledad, el tiempo mismo, que se lleva tras sí tantas memorias, nada puede apartarle de él, bien así como la aguja magnetizada, que por muchas agitaciones que padezca, se vuelve hacia el polo que la atrae, inmediatamente que la dejan en reposo. Y así, cuando yo le preguntaba á Pablo, extraviado en medio de un bosque: « ¿ Adónde iremos ahora? » se volvía hacia el norte, y me decía: « Allí están

» nuestras montañas, volvámonos á ellas. »

Bien pronto conocí que todos los medios discurridos por mí para distraerle, eran inútiles, y que no me quedaba otro recurso que combatir su pasión con sus mismas armas, valiéndome para esto de todas las fuerzas de mi débil razón; y así le respondí: « Sí, aquellas son las » montañas donde vivía tu querida Virginia, y este el retrato que le diste » junto á la fuente de los cocoteros, y » que ella conservó hasta el último » instante de su vida. » Al punto que Pablo vió el retrato, me le arrancó de las manos con una especie de furia, comenzó á temblar, y se le inflamaron los ojos, detenidas en ellos las lágrimas, sin poder correr. Yo entonces viéndole tan inmutado, le hice las reflexiones siguientes: « Escucha mis razones, querido Pablo, » que soy tu amigo, y lo he sido igualmente de Virginia; no ignoras que he » procurado siempre, en medio de vues-



» tras esperanzas, fortificar vuestra razón  
 » contra los accidentes imprevistos de  
 » la vida. ¿ De qué te lamentas con tanta  
 » amargura? ¿ de tu desgracia, ó de la  
 » de Virginia?

» ¿ Te lamentas de tu desgracia? sin  
 » duda que es muy grande, pues has  
 » perdido la mejor de las mujeres, que,  
 » habiendo sacrificado sus intereses á los  
 » tuyos, te prefirió á los bienes de la  
 » fortuna, como el único premio digno  
 » de su virtud. Pero ¿ qué sabes tú, si el  
 » objeto de quien podías esperar una  
 » felicidad tan pura, tal vez sería para ti  
 » la causa de una infinidad de males?  
 » Virginia era pobre y estaba deshere-  
 » dada; y únicamente la podías mantener  
 » con el trabajo de tus manos. Habiéndose  
 » criado con más delicadeza que tú, y  
 » adquirido más valor con su misma  
 » desgracia, la hubieras visto desmejo-  
 » rarse de día en día, esforzándose en  
 » partir contigo el peso de tus fatigas.

» ; Cuánto no se acrecentarían tus penas y  
 » las tuyas, si teniendo hijos mañana ú  
 » otro día, os vierais precisados á mante-  
 » ner, con sólo tu trabajo, á vuestras an-  
 » cianas madres, y á una dilatada familia!

» Tú me dirás que el gobernador os  
 » ayudaría, pero ¿ quién sabe si, en una  
 » colonia, donde se mudan tan á menudo  
 » los gobernadores, hallaríais otro como  
 » M. de la Bourdonnais? ¿ quién te  
 » asegura á ti, que el que venga des-  
 » pués de él, no sea hombre de malas  
 » costumbres, y peor modo de pensar? Y  
 » en este caso, ó vivirías pobre toda tu  
 » vida, ó te expondrías á las asechanzas  
 » de su corrupción por conservar tu  
 » honor y el de tu esposa, siendo perse-  
 » guidos por aquellos mismos de quienes  
 » esperabais protección y amparo.

» Me podrás decir que á lo menos  
 » gozarías de la felicidad independiente  
 » de la fortuna, esto es, de proteger al  
 » objeto amado, que se estrecha con nos-

» otros en proporción de su misma debi-  
 » lidad; de consolarle con tus propias  
 » inquietudes; de alegrarle con tu misma  
 » tristeza, y de aumentar el amor con  
 » vuestras penas mutuas. No hay duda  
 » que la virtud y el amor, en los matri-  
 » monios bien avenidos, gozan de estos  
 » placeres amargos. Pero Virginia ya no  
 » existe, y te quedan los dos objetos,  
 » que después de ti ha amado más en este  
 » mundo, que son su madre y la tuya, á  
 » quienes tu dolor inconsolable hará des-  
 » cender al sepulcro. Pon, pues, tu dicha  
 » en ayudarlas, como la tenía puesta ella  
 » misma. La beneficencia, hijo mío, es la  
 » felicidad de la virtud, y no hay otra  
 » mayor ni más segura que ella sobre la  
 » tierra. Los proyectos de placeres, de  
 » tranquilidad, de delicias, de abundan-  
 » cias y de gloria, no están hechos para  
 » el hombre débil por naturaleza, y pasa-  
 » jero en esta vida. Observa cómo un  
 » paso dado hacia la fortuna, nos ha pre-

» cipitado á todos de abismo en abismo.  
 » Verdad es que tú te opusiste al viaje de  
 » Virginia; pero ¿quién diría que no  
 » había de ser para su mayor bien y el  
 » tuyo? Las instancias de una parienta  
 » anciana y rica, los consejos de un  
 » gobernador prudente, los aplausos de  
 » una colonia, las exhortaciones y auto-  
 » ridad de un ministro de Dios, han  
 » decidido de la suerte de Virginia. Así  
 » regularmente corremos á nuestra per-  
 » dición, deslumbrados con las espe-  
 » ranzas de un mundo engañoso. Pero  
 » al cabo, de tantos hombres como vemos  
 » tan afanados en estas llanuras, de tantos  
 » como van á buscar fortuna á las Indias,  
 » ó que sin salir de su casa disfrutan  
 » tranquilamente en Europa de los su-  
 » dores de éstos, ni uno solo hay que no  
 » esté destinado á perder un día lo que  
 » más estima, grandeza, fortuna, mujer,  
 » hijos y amigos. La mayor parte tendrán  
 » que añadir á esta pérdida la memoria



» de su propia imprudencia; mas tú,  
 » entrando dentro de ti mismo, nada  
 » tienes de qué reprenderte, pues siempre  
 » has tratado á Virginia con las miras  
 » más legítimas, más puras y más desin-  
 » teresadas. Es verdad que la has per-  
 » dido; pero no ha sido por impru-  
 » dencia, avaricia ú otra falta tuya, sino  
 » porque Dios ha querido valerse de las  
 » pasiones ajenas, para quitarte el objeto  
 » de tu amor : Dios, digo, de quien tienes  
 » todo lo que eres; que ve todo lo que te  
 » conviene; y cuya sabiduría no te deja  
 » ningún lugar á la desesperación y al  
 » arrepentimiento, compañeros insepara-  
 » bles de los males de que nosotros  
 » hemos sido los autores.

» Te lamentas de la desgracia de Vir-  
 » ginia, de su triste fin y de su estado  
 » presente; ¿ y por qué ? Ella ha pade-  
 » cido la suerte reservada á la grandeza,  
 » á la hermosura y á los imperios mismos.  
 » La vida del hombre, con todos sus

» proyectos, se eleva como una torre,  
 » cuyo coronamiento ó remate es la  
 » muerte. Estaba condenada á morir  
 » desde el instante de su nacimiento.  
 » ; Dichosa ella en haberse desatado de  
 » los lazos de la vida, antes que su  
 » madre, que la tuya y que tú mismo :  
 » quiero decir, en no haber muerto  
 » muchas veces antes de la última !

» La muerte, hijo mío, es un bien para  
 » el hombre justo; es la noche de este  
 » día inquieto que se llama vida, y el  
 » término de las enfermedades, pesares,  
 » aflicciones y temores que continua-  
 » mente agitan á los míseros mortales.  
 » Sondea á los hombres que parecen más  
 » dichosos, y verás cuán caramente han  
 » comprado su pretendida felicidad; la  
 » opinión pública á costa de mil males  
 » domésticos; las riquezas á costa de la  
 » pérdida de la salud, el placer tan raro  
 » de ser amado á costa de continuos  
 » sacrificios : y regularmente al fin de

» una vida sacrificada á los intereses de  
 » otro, no ven alrededor de sí, más que  
 » amigos falsos y parientes ingratos.  
 » Pero Virginia ha sido feliz hasta el  
 » último momento: lo fué en nuestra  
 » compañía con los bienes de la natura-  
 » leza, y lejos de nosotros con los de la  
 » virtud; y aun en el instante terrible en  
 » que la vimos perecer, fué igualmente  
 » feliz; porque ya echase los ojos sobre  
 » toda una colonia, en cuyos habitantes  
 » causaba una desolación universal; ya  
 » las echase sobre ti, que con tanta  
 » intrepidez volabas á su socorro; tuvo  
 » el consuelo de ver cuán amada era de  
 » todos. Fortificada en aquel momento  
 » con el testimonio de la inocencia de su  
 » vida, recibió entonces el precio que el  
 » cielo reservaba á su virtud, un valor  
 » superior á los riesgos: en una palabra,  
 » presentó á la muerte un rostro sereno.  
 » Dios, hijo mío, da en qué merecer á  
 » la virtud en los varios lances de la

» vida, para manifestar que ella sola es  
 » la que puede hallar felicidad y gloria  
 » en los acontecimientos más terribles.  
 » Cuando le reserva una reputación ilus-  
 » tre, la eleva sobre el gran teatro del  
 » mundo y la pone en combate con la  
 » muerte, entonces su valor sirve de  
 » ejemplo, y la memoria de sus desgra-  
 » cias recibe para siempre un tributo de  
 » lágrimas de la posteridad. Ve aquí el  
 » monumento inmortal que está reservado  
 » para la virtud, en una tierra en que  
 » todo pasa, y hasta la memoria de la  
 » la mayor parte de los grandes, es  
 » sepultada en eterno olvido.  
 » Pero Virginia vive todavía. El mismo  
 » Dios que la crió la hace feliz, pre-  
 » miando sus virtudes. Ya sabes, hijo  
 » mío, que hay un Ser supremo, á quien  
 » toda la naturaleza anuncia y cuya exis-  
 » tencia te dicta tu mismo corazón,  
 » penetrado de la grandeza de sus obras,  
 » que están á la vista de todos. Él es el



» que premia las virtudes, ó castiga  
 » severamente los vicios, sin que ningún  
 » mortal pueda frustrar los decretos de  
 » su justicia. La religión te lo enseña,



» y no necesito detenerme ahora en  
 » probarte una verdad de que estás bien  
 » convencido. ¡ Ah ! si Virginia ha sido  
 » feliz con nosotros, lo será actualmente  
 » mucho más con la posesión de su  
 » criador. Así es de esperar de la infinita  
 » bondad de Dios, y de la justicia con  
 » que juzga á sus criaturas. Vuelvo á

» repetir : Virginia es feliz en el cielo :  
 » y si desde la morada de los ángeles  
 » pudiera comunicarse á ti, te diría como  
 » por última despedida : ¡ Oh, Pablo !  
 » la vida no es más que una continua  
 » prueba. Yo atravesé los mares por  
 » obedecer á mis padres : renuncié las  
 » riquezas por conservar mi fe, y preferí  
 » la muerte á la violación del pudor. El  
 » cielo me ha libertado en premio, de la  
 » pobreza, de la calumnia y de todos los  
 » males que afligen al linaje humano en  
 » ese globo de miserias, donde la vida  
 » está en continua lucha con la muerte,  
 » y la inocencia con la injusticia ; ¡ y tú  
 » me lamentas ! Aquí gozo de una dicha  
 » eterna é inefable, sin mezcla de dis-  
 » gustos ni zozobras que la perturben.  
 » Sufre, pues, el estado de prueba, en  
 » que te ha puesto la Providencia en ese  
 » mundo, para ser feliz conmigo en  
 » este por toda una eternidad. Aquí  
 » tendrán fin tus penas, y se enjugarán

» tus lágrimas. ¡ Oh, Pablo ! ¡ Pablo !  
 » eleva tu alma á lo infinito, para  
 » soportar los trabajos de un instante. »

Al llegar aquí, mi propio acaloramiento puso fin á mi discurso. Pero Pablo, mirándome de hito en hito, exclamó :  
 « ¡ Pero ella no vive ! ¡ ella no vive ! » y una larga congoja se siguió á estas dolorosas expresiones. Después, volviendo en sí, me dijo : « Ya que la muerte » es un bien, y Virginia feliz, quiero mo- » rir cuanto antes para juntarme con » ella. » De modo que las mismas razones con que yo procuraba consolarle, sólo sirvieron para fomentar más su pena : y me vi entonces en el mismo caso de un hombre que intenta salvar á su amigo, que se sumerge en un río, sin querer nadar. El dolor tenía sumergido á Pablo. ¡ Ay de mí ! las desgracias de la primera edad disponen al hombre para la entrada de la vida ; y Pablo no había experimentado ninguna.

Volvimos, por fin, á su cabaña, donde

encontré á su madre y á madama de La Tour en peores estado que antes de nuestra salida ; pero particularmente Margarita era la que se hallaba más abatida de ánimo. Los genios vivos, en los cuales hacen poca mella las penas ligeras, son los que menos resisten á las grandes pesadumbres.

Consolélas del modo posible, y Margarita me contó lo siguiente : « Sabed, » vecino, como esta noche me pareció » ver á Virginia vestida de blanco, en » medio de florestas y jardines deliciosos, » que me decía : Yo gozo de una felicidad » digna de envidia. Después se acercó » á Pablo con semblante muy risueño, » y se le llevó consigo ; y como yo hiciese » esfuerzos para detener á mi hijo, experi- » menté que yo misma dejaba la tierra, y » le seguía con un gusto indecible. Quise » entonces despedirme de mi amiga, mas » vi que nos seguía con Domingo y María. » Pero lo que me parece más extraño » (continuó), es que madama de La Tour



» ha tenido un sueño esta noche, acompañado de las mismas circunstancias. »

Como ellas no eran supersticiosas, me persuadí desde luego, que el sueño podría tener alguna analogía con otros de que nos hablan las historias, que han sido mirados como inspiraciones del cielo. Pero, sea como quiera, lo cierto es que el de estas infelices mujeres, tardó bien poco en realizarse. Pablo murió dos meses después de su amada Virginia, cuyo nombre no cesaba de pronunciar. Margarita vió acercarse su fin ocho días después de la de su hijo, con una alegría que sólo la virtud es capaz de experimentar; despidiéndose con la mayor ternura de madama de La Tour, y con la esperanza, como ella decía, de una dulce y eterna reunión en la otra vida.

El gobernador se encargó de la subsistencia de Domingo y María, que ya no se hallaban en estado de servir, y no sobrevivieron mucho tiempo á sus amas.

El pobre Leal también murió de pura vejez, casi al mismo tiempo que su amo.

La que se sostuvo, en medio de tantas desgracias, con increíble grandeza de alma, fué madama de La Tour á quien yo llevé en mi compañía. Esta valerosa mujer, después de haber consolado á Pablo y Margarita, como si ella no tuviese otros males que llorar más que los de éstos, me hablaba todos los días de ellos, como de unos amigos estimados que vivían en las inmediaciones. Pero tampoco les sobrevivió sino un mes.

Por lo que mira á la tía de París, lejos de atribuirle madama de La Tour sus males, pedía á Dios la perdonara y libertara su espíritu de las horribles inquietudes, que, según supimos después, la agitaron desde que tuvo la inhumanidad de despedir de su casa á Virginia. Pero esta tía desapiadada, no tardó en experimentar el castigo de su dureza, pues por varias embarcaciones que pos-

teriormente llegaron á esta isla se supo que estaba poseida de una especie de melancolía, que le hacía igualmente insoportables la muerte y la vida. Tan pronto se achacaba á sí misma el fin prematuro de su sobrina, y la muerte de su madre, que á ella se había seguido; como se aplaudía de haber desterrado de su vista á dos infelices que por su bajo modo de pensar, como ella decía, habían deshonorado su casa y familia. Á veces volviéndose furiosa á vista de tantos pobres como hay en París: « ¿ Por qué » no los envían, exclamaba, á estos » haraganes á perecer en nuestras colonias? » Á temporadas daba en ser devota, y otras por el extremo opuesto, sin acertar jamás á guardar el justo medio de una virtud sincera y constantemente seguida. En suma, lo que más aceleró el término de su miserable vida, fué el remordimiento que la devoraba de haber sacrificado los sentimientos natu-

rales de la sangre, á la avaricia de su corazón y á la vanidad de su familia, y aun tuvo el desconsuelo de ver pasar sus bienes á unos parientes que aborrecía. Y habiendo intentado, en venganza, enajenar lo más pingüe de su patrimonio, porque no recayera todo en ellos, los mismos parientes, aprovechándose de la especie de manía á que estaba sujeta, la hicieron encerrar como loca, y pusieron sus bienes en administración. Así que sus mismas riquezas fueron la causa de su perdición; y como ellas habían empedernido el corazón de la que las poseía, por la misma razón endurecieron el de los que las deseaban. En suma, para colmo de su desgracia, murió con bastante conocimiento para verse despojada y ultrajada por aquellos que la habían dirigido durante su vida.

Cerca del sepulcro de Virginia, al pie del grupo de bambúes ó cañas, fué enterrado su amigo Pablo; y alrededor



de ellos sus tiernas madres, y los fieles criados Domingo y María. Sobre sus humildes sepulturas no se elevaron mármoles, ni se grabaron inscripciones en loor de sus virtudes; pero en recompensa de estos vanos aparatos, ha quedado indeleble su memoria en los corazones de aquellos á quienes tenían obligados con beneficios. Sus sombras no tienen necesidad del esplendor, de que huyeron cuando vivían; prefieren al contrario, andar errantes debajo del pajizo techo de las humildes chozas donde habita la virtud laboriosa, consolando á la pobreza no contenta con su suerte é inspirando á todos el gusto de los bienes naturales, el amor al trabajo y el temor de las riquezas.

La voz del pueblo, que calla sobre los monumentos elevados á la gloria de los potentados y conquistadores de la tierra, ha dado nombres á algunos parajes de esta isla que eternizarán la pérdida de Virginia. Se ve cerca de la isleta del

Ámbar, en medio de los arrecifes, un sitio llamado el paso *del San Gerando*, del nombre del navío en que naufragó Virginia. La extremidad de aquella larga punta de tierra que veis, á tres leguas de aquí, medio cubierta con las olas del mar, y que *el San Gerando* no pudo doblar la víspera del huracán para entrar en el puerto, se llama el Cabo Desgraciado; y ved allí enfrente de nosotros, en los confines de ese valle, la Bahía del Sepulcro, donde se encontró entre la arena el cadáver de Virginia, como si el mar hubiese querido restituírle á su familia, y tributar los últimos homenajes á su pudor, en las mismas playas que ella había honrado con la inocencia de su vida.

¡ Jóvenes tan tiernamente unidos!  
¡ madres desgraciadas! ¡ amadas familias!  
estos bosques que os daban su sombra,  
estas fuentes que manaban para vosotros,  
estos oteros donde reposabais todos juntos,  
lloran todavía el haberos perdido. Nadie,

después acá, se ha atrevido á cultivar esta tierra desolada, ni á reedificar estas humildes cabañas. Vuestras cabras se han hecho montaraces; vuestros verjeles están destruidos; vuestros pájaros han huido; y sólo se oyen los silbidos de los gavilanes y aves de rapiña que vuelan en torno de este recinto de peñascos. Yo, desde que no os veo, soy como un amigo que ya no tiene amigos, como un padre que ha perdido á sus hijos; como un viajero que anda errante sobre la tierra, donde ha quedado solo, triste y afligido.

Al acabar estas palabras, echó á andar el buen anciano, derramando abundantes lágrimas, y las mías habían corrido más de una vez durante esta funesta relación.



10  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.

10678

NO. CLAS.

N

S149p

AUTOR 1737-1814

Saint Pierre, Ja

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

10678

"ALFONSO REYES"

N

S149p

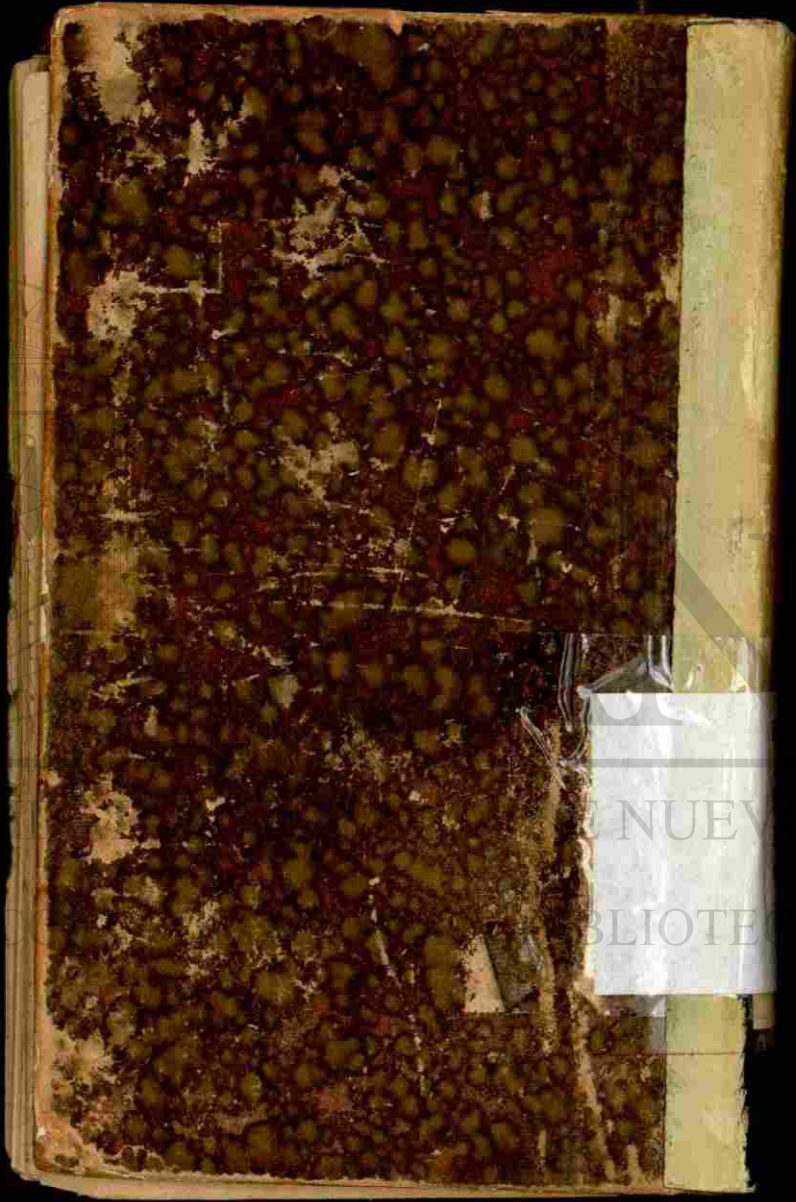
Saint Pierre, Jacques Henri Bernandín -

de, 1737-1814

Pablo y Virginia.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA  
NUEVA